

Alonso Ibarrola

Tahiti

y sus islas

Alonso Ibarrola

Tahití

y sus islas

Alonso Ibarrola

Tahití

y sus islas



© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 978-1-909929-06-7

Edita: Tantamount

Créditos de las imágenes:

Tahiti Tourisme, Tim McKenna, Patxi Úriz, Blanca Berlín, Carlos Pascual, Concha Gómez-Miguel, P. Pedro Antonio Martínez Parra, Ismael Quintana

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A Juani, que nos dejó demasiado pronto y
no pudo conocer el paraíso terrenal del que
tantas veces le hablaba...*

Preámbulo

El presente libro se estructura en tres apartados: el primero, Una visión de Tahiti y sus islas, les introduce en el mundo tahitiano y les ayudará a entender la Polinesia francesa a través de su población, geografía, historia, fauna y flora, festivales folclóricos, cultura, gastronomía y deportes.

El segundo apartado, Tahiti y sus islas, les proporcionará una mayor comprensión geográfica de la Polinesia Francesa. Hemos creído conveniente ofrecer una relación de sus islas más visitadas distribuidas por archipiélagos. Después, en cada archipiélago escogido, se detallan cada una de las islas.

El tercer apartado está dedicado a los grandes mitos y en el mismo se incluyen los mitos que a través de los siglos hicieron famosa a Tahiti y sus islas. Desde la llegada de los españoles hasta la odisea de la Kon-Tiki.

Contenido

[PREÁMBULO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[UNA VISIÓN DE TAHITÍ Y SUS ISLAS](#)

[**Geografía**](#)

[**Breve Historia**](#)

[**Población y sociedad**](#)

[Los chinos en Tahití](#)

[El Tercer Sexo](#)

[**Flora**](#)

[**Fauna**](#)

[**Cultura**](#)

[Religión](#)

[Arte y artesanía](#)

[Principales manifestaciones festivas](#)

[Gastronomía](#)

[Deportes](#)

[TAHITÍ Y SUS ISLAS](#)

[**Tahití: El Tour Iniciático**](#)

[**Archipiélago de la Sociedad**](#)

[Moorea](#)

[Huahine](#)

[Raiatea y Tahaa](#)

[Bora-Bora](#)

[Tetiaroa](#)

[Maupiti](#)

Archipiélago de las Tuamotu

[Rangiroa](#)

[Manihi](#)

[Fakarava](#)

[Tike-hau](#)

Archipiélago de las Marquesas

[Nuku Hiva](#)

[Hiva Oa](#)

[Tahuata](#)

[Fatu Hiva](#)

[Ua Pou](#)

[Ua Huka](#)

GRANDES MITOS

El Lago Español

Álvaro de Mendaña e Isabel Barreto

El Tesoro de Bonechea: la leyenda

Máximo Rodríguez y el umete de piedra

San Lesmes: La Carabela Perdida

La cruz de Anaa

El Motín de la Bounty

Robert Louis Stevenson

Paul Gauguin

La Kon-Tiki

Los Hombres-Nature

Marlon Brando

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la contribución de TAHITI TOURISME y de DO IT, su agencia de comunicación y marketing. A lo largo de estos últimos veinte años siempre me han facilitado mi trabajo e invitado a visitar las islas. En varias ocasiones acepté esta invitación y gracias a ello he podido conocerlas a fondo.

Casi todo lo que he aprendido en torno a Tahití y sus islas me ha sido posible también gracias a la ayuda y amistad de dos historiadores e investigadores: Annie Baert y Francisco Mellén. Annie reside en Tahití y es la gran especialista de la presencia española en el Pacífico. Por su parte, Mellén es autor de una importante bibliografía en torno a Tahití y la presencia española y es referencia obligada en todos los trabajos sobre este tema, como en el caso del presente libro, donde su presencia es notoria.

Asimismo, otros dos historiadores españoles y buenos amigos, Isabel Valcárcel y Juan María Gárate, con sus sugerencias y correcciones mejoraron los contenidos. La escritora y periodista Elisa Blanco, autora de numerosas guías de viajes, ha diseñado la portada.

Por último, recordar a mis amigos y colegas que viajaron conmigo a las islas o lo hicieron por su cuenta pero que siempre tuvieron un recuerdo para mi paisano Domingo Bonechea y para mí. De todos ellos tengo su testimonio, escrito a veces y gráfico siempre. Estos son sus nombres: Luis Pancorbo, Lola Heras, Jose María de Juana, Kris Ubach, Elena Del Amo, Blanca Berlín, Concha Gómez-Miguel, Francisco Guerrero, Pedro Antonio Martínez Parra, Carlos Pascual, Ismael Quintana y Patxi Uriz. Casi todos ellos han puesto sus colecciones a mi disposición, especialmente el fotógrafo navarro Uriz, el primero en organizar dos exposiciones antológicas sobre Tahití y sus islas en Madrid y Pamplona. Y, por supuesto, la inestimable portación de Tahiti Tourisme y su valiosísima fototeca.

Prólogo

Tratando de no caer en la edulcorada literatura de las guías turísticas al uso, debo decir, en honor a la verdad, que Tahití y sus islas ofrecen todo lo que el visitante añora, sueña y desea: sol, temperatura agradable todo el año, sosiego, paz, aire refrescante por la noche, playas de arena blanca, aguas transparentes y limpias, posibilidad de surf y buceo, pesca abundante, palmeras y cocoteros, y una tupida vegetación.

Hay ausencia casi total de animales dañinos, molestos o peligrosos. Los tiburones están fuera de los “lagoon”, es decir, de ese terreno que media entre tierra firme y los arrecifes coralinos. Hay maravillosos y carísimos hoteles, con sus bungalows, sostenidos sobre palafitos, en las lagunas, diseñados para parejas en busca de soledad. Por la noche, el silencio total, sin que medie el molesto televisor, tomando una copa, en el salón, se pueden encender las luces de la mesa de centro de cristal. Y observar abajo, como por arte de magia, se ven los peces de increíbles colores paseando tranquilamente atraídos por la luz. Por la mañana, tahitianas sonrientes y con sus collares de flores, ofrecen el desayuno, traído sobre frágiles piraguas.

Decir Tahiti es referirse a un “mito” creado por los primeros navegantes españoles. Ese mito del paraíso terrenal, del Edén que no lo inventaron ni crearon franceses ni ingleses ni estadounidenses porque La Nouvelle Cythère de Bougainville que tanto “estrágos” causó en Europa entre Émile Rousseau y sus seguidores, ya había sido soñada por Álvaro de Mendaña y Pedro Fernández de Quirós. El primero buscaba las minas del Rey Salomón en forma de islas y el segundo soñaba con un nuevo continente que realmente existía y se llama Australia. Aquí nació el mito y así lo sostiene valientemente la escritora francesa Annie Baert en el propio Tahití contra la opinión de muchos detractores.

Otras veces los mitos surgen de una casualidad. Si Van Gogh no hubiese regalado a Paul Gauguin una novela de Pierre Loti, a aquel no le hubiesen entrado los deseos de emigrar a Tahití. Si la British Royal Army no hubiese tenido la ocurrencia de enviar a La Bounty a Tahití en busca del árbol del pan, el Uru, jamás se hubiera producido una rebelión. Años

más tarde surge de nuevo el mito de Tahití cuando Thor Heyerdahl y sus compañeros de viaje llegan en una balsa la Kon-Tiki al archipiélago de las Tuamotu, tratando de demostrar, lo indemostrable.

El turismo que afluye en la actualidad, ya no lo promueven esos escritores que describían un paraíso que no existe y que quizás nunca existió. El escritor Henri Adams, en sus “Cartas de los Mares del Sur”, escribe: “Tahití es la belleza de un alma perdida”. Y arremete con los que le deformaron la realidad con la que se encontró cuando llegó.

Debemos reconocer que nos alimentamos de mitos y Tahití y sus islas los han proporcionado a través de la literatura, la pintura y el cine. Escritores como Pierre Loti, Herman Melville, Jack London y Robert Louis Stevenson acrecentaron este mito. Pero es obligado añadir a la lista dos mediocres escritores estadounidenses -Charles Nordhoff y James Norman Hill- que con sus tres libros dedicados a la rebelión del buque británico “Bounty” suscitaron gran interés y expectación por Tahití y sus islas. De la obra literaria se pasó al cine y se rodaron cinco versiones. Me contaba el ya fallecido escritor australiano Robert Langdon que se habían escrito mil doscientas tesis universitarias en torno al tema de los marinos que se resistieron a dejar el “paraíso” y volver a Inglaterra con el “uru”, es decir, con el árbol del pan. Pero por encima de libros y tesis, se creó el “mito” por antonomasia con la película “Rebelión a bordo”, que protagonizara el inolvidable Marlon Brando en una de sus más geniales actuaciones. En nuestro país, curiosamente hay cierta literatura en torno al “mito”, uno de estos libros se titula “Islas de ensueño” y su autora es una catalana, Aurora Bertrana, que vivió tres años con los indígenas de Tahití, Huahine y Bora Bora. Lo escribió en los años treinta del siglo pasado. También Guillermo Díaz Plaja habla de Tahití en “Las ínsulas extrañas”; y otro catalán, Josep María Segarra, en “La ruta azul” describe maravillas. El canario Benito Pérez Galdós, en sus “Episodios Nacionales”, en el titulado “Numancia”, ofrece una curiosa visión del mundo de Tahití y dado que, don Benito no viajó a aquellas islas, algún oficial del buque debió contárselo o leyó sus diarios personales. También los Mares del Sur han provocado en la historia del Cine decenas de películas, centenares de documentales y miles de reportajes televisivos. Son escasas, sin embargo, las películas rodadas en escenarios naturales de la Polinesia.

Me caen muy bien los tahitianos. Son muy suyos, pero hay que tratar de comprenderles. Tienen sus días malos, de depresión. Ellos dicen entonces que tienen el “fiu”, que es otra palabra clave como “tabú”. Cuando un tahitiano está “fiu” es inútil obligarle a hacer nada. Es la “depre” isleña. Pero la depresión puede afectar a cualquiera. Los europeos siempre miramos el mundo desde nuestro ombligo, y lo que nos rodea es circunstancial. Pero los habitantes del Pacífico se ven como puntitos minúsculos en medio del gran mar y todo queda muy lejos. Durante medio año, la diferencia horaria entre Europa y Tahití es de doce horas, y es que son casi las antípodas. Pero merece la pena el viaje, merece la pena el esfuerzo. La Polinesia es una pasión, mejor dicho, puede ser una pasión. Quizás, hasta el momento, no haya escrito el nombre del personaje que más admiración me ha suscitado siempre al referirme a estas islas: Paul Gauguin.

Tengo la convicción de que fue el único que no deformó la realidad tahitiana. Y es que Gauguin sólo reflejaba lo que veía... Y esas cosas que veía todavía están vigentes en Tahití, siguen vivas. “Si ves rojo, pinta rojo”, aconsejaba. Y los rojos que se ven en Tahití son de muerte súbita. Esos atardeceres en Moorea, vistos desde Tahití, no pueden describirse a través de la literatura. Solamente sirve la pintura de Gauguin, que fue feliz y desgraciado en estas tierras casi al mismo tiempo.

Papeete es insufrible, con su caos de tráfico y calor, condensado por tantos acondicionadores de aire. Pero es obligado dar una vuelta a la isla - a fin de cuentas solamente son 150 kilómetros - para irse luego de estampida a otras. Enfrente está Moorea, que es una maravilla de isla, pero que comienza a poblarse en demasía. En los más de veinte años que llevo siendo testigo del devenir de estas islas, constato con preocupación que la “civilización” avanza inexorable. Quizás donde más estragos se han cometido es en Bora-Bora, la más conocida de todas ellas, la más cosmopolita. Todos los turistas complimentan una vuelta que conduce invariablemente a las islas de Moorea, Huahine, Raiatea-Tahaa y Bora-Bora. Y más alejadas, en el archipiélago de las Tuamotu, Rangiroa, uno de los atolones más grandes del mundo, y Manihi. En los folletos que proporcionan las agencias de viajes y en las guías al uso, están incluidas las inevitables recomendaciones. Tras el collar, vendrá la compra y puesta en uso de los pareos. Luego, una noche, hay que asistir

a un festival folklórico. Todos los hoteles de categoría tienen el suyo. Otra noche hay que degustar el “Tamaraaa”, pescado, pollo, carne de cerdo generalmente envueltos en hojas de plátano e introducidos bajo tierra entre piedras porosas basálticas, luego todo cocido en el “horno tahitiano”.

Y luego a bailar el “tamouré”. Es inútil negarse. Todos han de bailarlo y si no se tiene valor, bebiendo la cerveza nacional de estas islas, la “Hinano”, se puede afrontar el ridículo. Los tahitianos abusan de la cerveza. Beben en exceso, muchas veces para combatir el “fiu”. Por desgracia, hace años que se introdujo en las islas el cannabis, que aquí llaman “pakalolo”. Con la cerveza es una combinación ideal para romperse la crisma en las madrugadas de los viernes y sábados, en el circuito que constituye la isla de Tahití. Han llegado también a Papeete las grandes superficies. El turista se asombrará de los precios, excesivamente caros. Pero es que en la Polinesia francesa todo hay que importarlo. Ellos sólo tienen los peces, la copra, es decir, el aceite de coco, los cochinillos, el atún - exquisito por cierto - y las perlas negras cultivadas, que alcanzan precios astronómicos.

Si Tahití es un mito que se hace realidad al conocerlo, con las tahitianas sucede lo mismo. Pero pocos sabrán nada más acerca de ellas. A lo sumo, adornando algún calendario folclórico. Son las profesionales del turismo, al igual que las danzarinas, inevitables en todo festejo montado para los turistas. Sus típicos bailes, con ese movimiento de caderas pronunciado, sin mover el busto, sólo se logra con un aprendizaje que comienza en la niñez. La tahitiana es la “vahine”, la mujer, que ya a los trece años asombra a los turistas por su grácil figura y su manera de bailar las danzas típicas. Es libre por naturaleza y púdica por educación... impuesta. Los tabúes ancestrales fueron sustituidos por otros tabúes importados por los misioneros protestantes y sacerdotes católicos posteriormente. La tahitiana es una mujer muy seria y respetuosa.

Aseguran que los tahitianos eran muy felices antes de que llegaran los religiosos de cualquier índole. Es una exageración. Porque en los marae, es decir, en esos recintos sagrados que en todas las islas se muestran a los turistas, se celebraban ceremonias con sacrificios humanos y

practicaban el canibalismo. Las agencias de turismo han incorporado a sus circuitos la asistencia a una función religiosa protestante o católica. Son espectaculares. Los feligreses compiten con sus blancos trajes y sombreros espectaculares. Cantan a su manera a voz en grito y a varias voces, pero resulta emocionante escucharlos.

Los bailes tradicionales no son lo que eran, pues hace siglos que pasaron por el cedazo de la decencia, y esos medios cocos que hacen de sujetador en las bailarinas no son precisamente una invención tahitiana. Pero, lo que sí inventaron los tahitianos fue el surf, aunque los hawaianos no estén muy conformes. Este deporte se practica mucho en las islas. Hay otro deporte menos peligroso y también muy gratificante: el buceo. Bucear en Tahití y sus islas es uno de los mayores espectáculos acuáticos que la vida puede ofrecernos. Peces de todos los colores, con los tiburones cercanos, pero que jamás atacan.

Ni en Tahití ni en ninguna de sus islas se han construido grandes rascacielos, como sucede en Hawai, por ejemplo, que rompen el paisaje. Si esto es el “paraíso” es debido no solamente a su gratísima temperatura media, a su flora, a su fauna, a su cielo, a los colores del agua, del “lagoon”, del mar profundo, sino a la ausencia de todo animal peligroso. Aquí no hay serpientes, ni víboras, ni alacranes, ni escorpiones, ni fieras. Nunca los hubo. Hay caballos que corren y trotan en las orillas de las playas, esos caballos quizás descendientes de los que retratara Gauguin. Solamente hay un peligro: los mosquitos, implacables como en todos los lugares del mundo. Y sobre todo, uno en particular: el “nono”, que se ensaña con los turistas y que ataca al atardecer, especialmente en las playas de arena blanca coralífera.

Los turistas que llegan al aeropuerto de Faaa -en Papeete, la capital de Tahití reciben somnolientos, habitualmente tras una paliza de avión de mucha consideración, un “hei”, un collar de flores. Las flores son para la llegada. Los collares de conchas para la salida. Suelen venir de dos en dos, agarraditos de la mano, porque el turismo imperante en la actualidad es de luna de miel sobre todo. Generalmente son parejas que han decidido en estos tiempos de crisis “invertir en su amor” (Invest in your love) en una promoción muy original que está llevando a cabo Tourisme Tahiti. También llegó a estas islas una pareja española, el

Príncipe Felipe y Letizia, en una escapada “secreta” en su luna de miel. Llegaron a la isla de Tahaa en un vuelo privado con un escolta y se alojaron de incógnito en un hotel maravilloso. Más reciente ha sido la luna de miel de la Princesa Victoria de Suecia y su marido. Pero, no todo son parejas enamoradas. Cada día llegan más surfers, buceadores y senderistas, que tras disfrutar de sus deportes favoritos regresan a sus respectivos países con la impronta de un tatuaje que más tarde, quizás el láser borrará.

El mundo tahitiano está tomando conciencia de su cultura autóctona y de los destrozos que causó el colonialismo europeo. El término “Polinesia Francesa” intentan utilizarlo los “nacionalistas” lo menos posible, prefieren denominar a la región: Tahití y sus islas. Se habla el francés, idioma oficial, pero cada vez se escucha más el tahitiano y, en las Marquesas, el marquesano, que es muy diferente. Presiento y presumo que las cosas se van a complicar en Tahití Nui. Es así como denominan ahora los tahitianos a Tahití y sus islas. De todos modos no creo que lleguen jamás a pedir la independencia total porque no les conviene y no podrían sobrevivir. Para Francia, Tahití y sus islas han sido una especie de amante cara y lo sigue siendo. Francia cometió el inmenso error de llevar a cabo unas explosiones nucleares entre 1966 y 1974 en este paraíso terrenal y desde entonces intenta hacerse perdonar, aunque el “victimismo nacionalista” siempre resulta insaciable. Pero existe ya una conciencia nacional imparable con un claro peligro: que inventen una “cultura” falsa, artificial y exportable, eliminando la memoria histórica y justificándolo con la condena de un colonialismo mal entendido.

Quienes auguraban que el Pacífico está llamado a constituirse en el ombligo del mundo de cara al tercer milenio parecen estar en lo cierto. El continente americano y asiático con Australia y Nueva Zelanda en medio, confieren a esta inmensa región terráquea un poderío económico y cultural sin límites. La cultura americana y la oriental se enfrentan, pacíficamente ahora, en una lucha de influencias y mercados. Europa mantiene un reducto, la Polinesia Francesa. Ese paraíso, ese edén de los Mares del Sur se mantiene todavía intacto, sin haber sido dañado todavía por un turismo masificado. Contribuye a ello las grandes distancias, que encarecen los costes del viaje. No sería de extrañar que

en el último reducto de la cultura latina en el Pacífico, ésta sea reemplazada por la cultura anglosajona que alienta, soterradamente, el movimiento independentista, sobre todo a partir de las tristemente célebres explosiones nucleares de Mururoa. Quizás, en venganza, Hollywood rodó una película con un monstruo, Godzilla como protagonista, al que hacían resurgir como consecuencia de las explosiones nucleares francesas.

Existen en el mercado editorial guías escritas en francés e inglés, originariamente, pero ninguna en castellano. Todas ellas, por supuesto, ofrecen informaciones e indicaciones elaboradas y dirigidas a sus compatriotas, dando especial énfasis a sus antepasados respectivos, que discurrieron por los Mares del Sur ignorando, o queriendo ignorar, que también los españoles ya estuvieron presentes, antes que nadie. Yo empecé a saberlo tras mi primer viaje, que llevé a cabo en el año 1988.

El 23 de octubre del citado año, visitaba el Museo de Tahití, cercano a Papeete, y de repente, en una de las salas, mi vista se detuvo en un cuadro al óleo. Era el rostro de un marinero y el rótulo decía: “Domingo de Bonechea. Natural de Guetaria”. Realmente fue esta referencia al lugar de nacimiento, lo que provocó que reparara en el cuadro, porque mi abuela era natural de la citada localidad vasca, que también viera nacer a Juan Sebastián de Elcano, el primer navegante que dio la vuelta al mundo. Me pregunté que hacía un marinero guetariano en aquel Museo y por las prisas que llevaba, ni tan siquiera tuve la oportunidad de leer el rótulo explicativo.

Días más tarde me encontraba en un mercado del atolón de Rangiroa y su dueño me preguntó de dónde era y qué hacía por allí. Al responderle que era español y tomaba notas para unos reportajes, me preguntó: “¿Han encontrado ya el tesoro?”. “¿Qué tesoro?”, le pregunté. “El de Bonechea”, me respondió. Y sonrió. Desde ese momento, Bonechea y su leyenda entraron de lleno en mi vida, pues en el transcurso de la misma he tenido la oportunidad de llevar a cabo siete maravillosos viajes.

Durante mi estancia posterior en la isla de Bora-Bora, surgiría el tema de la carabela perdida. El director de relaciones públicas del hotel en que me hospedaba, que se apedillaba Antoñanzas, me contó que su padre

era natural de Donibane, Pasajes de San Juan en castellano; (efectivamente en dicho pueblo, según información facilitada por el Ayuntamiento, hay varias personas con dicho apellido) y que había huido tras la guerra civil a Bayona. Me habló de la leyenda de un barco español perdido hace siglos, cuya tripulación decían había vivido el resto de sus días en estas islas.

De regreso a España, me puse a investigar y las lecturas pertinentes no hicieron más que avivar aún más mi curiosidad. Sabía que Juan Sebastián Elcano, en su segunda expedición a las Molucas - la primera significó la primera circunnavegación terráquea - murió nada más atravesar el estrecho que tomara el nombre de su jefe, Magallanes. Pero ignoraba que los cinco buques supervivientes que componían la expedición corrieron muy diversa suerte y uno de ellos -la carabela "San Lesmes"- desapareció con toda su tripulación sin que jamás se supiera nada de la suerte que corrieron.

El escritor mexicano Carlos Prieto, en su libro *El Océano Pacífico: navegantes españoles del siglo XVI* (Alianza), me proporcionó una curiosa información a pie de página, refiriéndose a la próxima aparición del libro *The Lost Caravel* (La carabela perdida), escrito por el periodista e investigador australiano Robert Langdon, y que exponía una atrevida teoría en torno a la suerte del barco. Gracias al embajador de Australia en España conseguí un ejemplar del libro de Robert Langdon. Lo leí, lo devoré, mejor dicho, me apasioné y terminé escribiendo al autor a Australia. Me contestó, nos carteamos y cuando vino a Madrid para firmar el contrato de la edición castellana y dar una charla en el Instituto Español de Estudios del Pacífico, aproveché la ocasión para entrevistarle para la revista *Historia 16* en el Museo Naval del Madrid, en marzo de 1990.

Afable, hierático, solemne, con andares de marino y unos ojos ávidos de vida y aventuras. Así lo vi y describí a Robert Langdon cuando lo conocí en persona. Escritor, historiador, investigador, su especialidad era "la influencia española en el Pacífico". En 1980 le fue concedida por el Gobierno español, la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica. Desgraciadamente falleció el año 2003 sin haber conseguido publicar su libro en castellano. De haber sabido años más tarde, la

popularidad que adquiriría en todo el mundo el Robert Langdon de ficción, protagonista de El Código da Vinci, seguramente hubiera recurrido a su segundo nombre, Robert Adrian Langdon. Reconozco que fue un soñador. Sus intuiciones carecían de valor científico, pero a mí, personalmente, me hizo soñar, aunque luego los historiadores acaben poniendo las cosas en su sitio. Curiosamente añadiré que la entrevista que llevé a cabo con él, la escribí de puño y letra en veinticinco largos folios. Ahora se encuentran en los archivos de la Universidad de Canberra. Los doné como un pequeño homenaje a un soñador.

Tendremos ocasión más adelante de hablar de estas leyendas y misterios. Ahora, sólo quiero subrayar el hecho de que el Océano Pacífico, fuera conocido durante siglos como “el lago español”, gracias a una pléyade de marinos y navegantes como Magallanes, Elcano, Loaísa, Saavedra, Grijalva, Villalobos, Legazpi, Urdaneta, Mendaña, Quirós, Váez de Torres, González de Haedo, Bonechea (así figura en su partida de bautismo, aunque la mayoría de manuscritos y documentos de la época nombran al comandante como Boenechea, y así firmaba también él), Tomás de Gayangos, Mourelle, Malaspina y un largo etcétera. Con el transcurso de los siglos, todas aquellas islas descubiertas y bautizadas en su gran mayoría por navegantes españoles perdieron su denominación original.

Si en los Estados Unidos hablan siempre de la epopeya que vivieron los pioneros en busca del Far West, los españoles, cuatro siglos antes, también tuvieron un “lejano Oeste” que les empujó, a partir de Cristóbal Colón, a la conquista de un Nuevo Mundo plagado supuestamente de riquezas. En el Océano Pacífico, castellanos, extremeños, gallegos, vascos, andaluces, cántabros... es decir, españoles, vivieron aventuras y peligros sin cuento. Y todavía quedan sus huellas, sus recuerdos, aunque otros que llegaron mas tarde, hayan querido ignorarlos o despreciarlos.

Obviamente las comparaciones son odiosas y aunque el Tahití que se muestra hoy día no es el mismo que acogió a los navegantes españoles, a Cook, a los marinos de la Bounty, a Gauguin, a Loti, a Melville y a Stevenson, sigue siendo el escenario más bello del mundo.

Quizás todo lo dicho no sea “políticamente correcto”, pero resulta

intolerable que la Historia haya ocultado y olvidado la presencia española en Tahití y sus islas. Este libro lo reivindica, pero sobre todo pretende ser la guía de un viaje maravilloso que resultaría fallido si el lector busca solamente sol, playas y palmeras. La Polinesia es algo más, mucho más. Me sentiría feliz y satisfecho si mi pasión por Tahití y sus islas, pudiera transmitirla a los lectores.

José Manuel Alonso Ibarrola

www.alonsoibarrola.com

Una visión de Tahití y sus islas

Geografía

El término “Polinesia” fue introducido en geografía en 1756 por el escritor francés Charles de Brosses (del griego polys, numeroso, y nesos, isla), para indicar los numerosos grupos de islas situadas en el océano Pacífico. En 1831, Jules Dumont d’Urville, tras una revisión de la Sociedad Geográfica de París, introdujo los términos Micronesia y Melanesia.

La Polinesia francesa se sitúa en medio del Océano Pacífico y a unos 18.000 km. de la España peninsular. Su extensión abarca un territorio de más de 5.000.000 km², casi en su totalidad marítimo. Su superficie es equivalente a la de Europa sin contar Rusia.

La isla de Tahití se encuentra situada a 17° 32 de latitud sur y 149° 34 de longitud oeste. Situada entre California (6.520 km.) y Australia (5.390 km.), está a 9.500 km. de Tokio y a 8.000 km. de Santiago de Chile.

Las 118 islas, que componen la denominada Polinesia Francesa, se reparten en cinco archipiélagos, de características muy diferentes.

El archipiélago de la Sociedad (constituido por las islas de Barlovento y las islas de Sotavento) es un conjunto de islas altas tropicales rodeadas por lagunas, cuya isla principal es Tahiti, la más grande de las islas polinesias, cuya capital administrativa es Papeete. Este archipiélago incluye, entre otras, Moorea, Huahine, Raiatea, Tahaa y Bora Bora.

El archipiélago de las Tuamotu es un conjunto de islas bajas, o atolones, universo particular situado entre el cielo y el océano. Cada uno de ellos está encerrado en su laguna por un cinturón de coral. Llueve muy pocas veces. Es un lugar apropiado para el cultivo de los nácares perlíferos.



Lagoon y barrera de coral. Isla de Bora Bora

El archipiélago de las Marquesas lo componen unas islas de gran altura, cercanas al Ecuador, con montañas escarpadas y pobladas por caballos, cabras y cerdos salvajes, sin ninguna laguna.

El archipiélago de las Australes, situado en el extremo sur, consta de islas elevadas, salvajes. Su clima, donde crecen a la vez plantas tropicales y plantas de regiones templadas, es propicio para el cultivo de hortalizas.

El archipiélago de las Gambier, formado por la elevada Mangareva y su cinturón de islotes, restos de los bordes desprendidos de su antiguo y gigantesco cráter, está situado en el extremo este del territorio polinesio. Escasamente visitado, es propicio para el cultivo de nácar y cuenta con importantes granjas perlíferas.

Breve historia

Hacia el 4.000 antes de Cristo: pueblos navegantes del sudeste asiático que habían realizado una primera migración a las islas y tierras del norte de Australia, Nueva Caledonia y Fiji arribaron a las islas de lo que hoy identificamos como Polinesia. Tonga y Samoa son los archipiélagos donde se mantuvieron estos pueblos durante más de mil años antes de proseguir sus viajes a las islas del Océano Pacífico central. En diferentes migraciones estos navegantes polinesios se asentaron en una gran mayoría de las islas incluidas entre los vértices del triángulo de la hoy llamada Polinesia, correspondientes a Hawai (1000 d.C.), Nueva Zelanda (1100-1300 d.C.) y Pascua (Rapa-Nui) 1100-1200 d.C., según los datos más recientes.

Aproximadamente 500 años antes de Cristo: presunto comienzo de las grandes migraciones de los antiguos grandes navegantes maorís desde Asia a las islas que serán más tarde la Polinesia.

1513: Vasco Núñez de Balboa descubre el Océano Pacífico y lo bautiza de esta manera.

1521: Magallanes descubre Pukapuka (Tuamotu)

1568: El español, Álvaro de Mendaña descubre las islas Salomon.

1595: Álvaro de Mendaña descubre las islas Marquesas.

1606: Pedro Fernández de Quirós descubre Marutea, Hao, Raroia y otras.

1767: Un oficial británico de la Royal Navy, Samuel Wallis, pasará a la historia como el descubridor de Tahití. El capitán Wallis al mando de la “Dolphin”, atravesó a duras penas el estrecho de Magallanes, para lo cual empleó nada menos que cuatro meses con la tripulación atacada por el escorbuto y lamentando la pérdida de otro barco, el “Swallow”. Con una tripulación de 90 hombres tuvo la fortuna de dar, en el mediodía del 18 de junio de 1767, con las montañas de Taiarapu, montañas que años más tarde divisaría también el capitán español Bonechea. Wallis remontó la costa oeste y cinco días más tarde, el 23 de junio, decidía

atracar en Matavai, no sin antes chocar con un arrecife de coral sumergido que, desde entonces, se llama “el banco del Dolphin”.

Curiosamente, Wallis en su diario de a bordo jamás mencionó que los isleños llamaban a esta isla Tahití y él siempre la designó con el nombre de “Isla del rey Jorge III” o “Isla de San Jorge”. Hoy en día nadie recuerda esto y tampoco nadie sabe que a la Bahía de Matavai él le puso el nombre de “Port Royal”. No mostró, al parecer, ningún interés por Tahití y la abandonó el 27 de julio.

1768: Antoine de Bougainville llega a Tahiti ocho meses después que Samuel Wallis y la bautiza con el nombre de “Nouvelle Cythère” (“Nueva Citerea”), al parecer en honor a la isla -en la actualidad Chipre-, donde según la mitología Afrodita surgió del mar. Según otros, debido a la generosa actitud de las isleñas.

1769: El 13 de abril llega a la bahía de Matavai el barco “Endeavour”, comandado por un joven oficial, James Cook. Nada más llegar, preguntara: “¿Cómo se llama esta isla?” - Y le respondieron: “O’Tahiti”. Es decir: “Es Tahití”. Y el escribió: “Se llama Otahiti”. Oficialmente, el Almirantazgo británico había enviado el navío de 368 toneladas para observar el paso de Venus ante el disco solar, hecho que se produciría el 3 de junio de 1769. Este fenómeno se había producido por última vez en 1761 sin que hubiese podido ser estudiado. El Gobierno británico sabía, por sus astrónomos, que no se presentarían otras ocasiones hasta el 9 de diciembre de 1874 y el 6 diciembre de 1882. Con el estudio del paso de Venus se podría determinar la distancia de la Tierra al Sol junto a otras observaciones hechas en el hemisferio norte. De ahí la importancia de la misión, complementada también con la presencia de unos científicos que se proponían estudiar la flora y la fauna de estas islas.

Cook atracó y se instaló en el mismo lugar que lo había hecho Wallis, aprovechando las informaciones suministradas por éste. Como hombre prudente que era rápidamente construyó, en menos de tres semanas, un fuerte muy bien protegido con ocho cañones. Precauciones inútiles. Los tahitianos no atacaron, pero sí las tahitianas se mostraron acogedoras y seductoras con los soldados y marineros. Comenzaba una experiencia que años más tarde se adquiriría tintes dramáticos con la llegada de la “Bounty”. Algunos marineros desertaron decididos a quedarse para

siempre en la idílica isla con sus mujeres tahitianas que, curiosamente, transmitieron a los marineros del “Endeavour” las enfermedades venéreas que ya habían sido introducidas en la isla dos años antes por la tripulación del “Dolphin”.

Curiosamente, Cook tenía a sus órdenes al fiel Bligh. ¿Quién le iba a decir a éste que, casi veinte años más tarde, en 1788, volvería a esta bahía con la “Bounty” en busca del “árbol del pan”. Nueve años antes había intentado salvar la vida de Cook en Hawai, muerto y en parte devorado por los indígenas en 1779.

1772: Domingo de Bonechea descubre Tatakoto, Tahanea (Tuamotu) y desembarca en Tautira (Tahití) adonde regresará en 1774. El 1 de enero de 1775 por el Pacto de Tautira se reconoce la soberanía española sobre la isla. Fallece Domingo de Bonechea y es enterrado en Tautira. Surge la leyenda de “El Tesoro de Bonechea”.

1788: Llegada a Tahiti de la “Bounty”. Al regreso, parte de la tripulación se amotina.

1790: Tu, jefe de un pequeño clan, se convierte en rey con el nombre de Pomare I. Su dinastía se extinguirá con la reina Pomare (tras 50 años de reinado) en 1877.

1797: Llegada del barco Duffy con los primeros misioneros protestantes que, en 1836 provocarán la expulsión de los misioneros católicos franceses de la isla.

1880: Tahiti y las islas de la Sociedad (seguidas por las Australes) se convierten en colonias de la República francesa.

1958: las colonias francesas de Oceanía pasan a denominarse Polinesia Francesa.

1961: inauguración del aeropuerto internacional de Faa’a. Este mismo año se rueda la película “Rebelión a bordo”.

1966: Inicio de las explosiones nucleares en el atolón de Mururoa.

1977: Polinesia Francesa obtiene el estatuto de autonomía de gestión.

1984: Gaston Flosse es elegido primer Presidente del Territorio.

1992: F. Mitterand anuncia el cese de las pruebas nucleares.

1995: Chirac reanuda las pruebas nucleares en el Pacífico. Se producen protestas internacionales, también en España.

1996: desmantelamiento de la base nuclear de Mururoa. Fin de las explosiones nucleares.

2004: el 23 de mayo Flosse, “el hombre de Chirac”, pierde las elecciones ante el independentista Oscar Temaru. Impugnación de elecciones.

2008: Gaston Flosse, elegido de nuevo Presidente, en las elecciones del 1 de mayo de 2008.

Población y sociedad

Según el último censo llevado a cabo el 20 de agosto de 2007 la población de la Polinesia Francesa alcanza la cifra de 259.596 habitantes. Esto supone un incremento de más de un 6% con respecto al anterior recuento censal.

El 75% de la población se concentra en Tahití, en su capital Papeete y en las comunidades vecinas con 178.133 habitantes, 8.800 más que en el censo de 2002.

El 83 % de los habitantes de Polinesia Francesa son de raza maohi, el 12% son de origen europeo y el 5% asiáticos. Una de las particularidades de la sociedad polinesia es la cohabitación de estas tres etnias.

La isla de Tahití ofrece una imagen de una sociedad que entremezcla esquemáticamente por un lado tradiciones y folclore maohi y por otro, educación, lengua y administración francesas y en medio una actividad económica y comercial marcadamente china.

El principal lazo de unión de los primitivos clanes era la consanguinidad que se remontaba a un común antecesor emparentado, según las tradiciones, con los dioses. La sociedad primitiva se regía por un jefe o ari'i de régimen hereditario, con una autoridad de origen divino (mana) al cual se le consideraba sagrado o tapu.

En un breve esquema se puede dividir la sociedad antigua tahitiana en tres clases: Los ari'i, grupo aristocrático donde estaba incluido el Ari'i rahi el jefe supremo; los Raatira, mandatarios de menor importancia, verdaderos jefes de poblado, y los Manahune, en donde estaban los pescadores, agricultores, servidores, esclavos y prisioneros de guerra. Era una casta inferior cuya salida más honrosa era para ser sacerdote o arioi. Los Arioi, era una especie de secta o comunidad religiosa originaria de Bora Bora a la cual podían pertenecer todas las clases sociales pero conservando su mismo estado social en el grupo. Por medio de un examen se probaba su bravura en la guerra y buenas cualidades para la danza. Una condición indispensable del candidato es que no podía tener

hijos y en el caso de que los tuviere los tenía que matar.

Actualmente es una sociedad pluriétnica. El hecho de que una población que estaba en vías de desaparición en el siglo XIX haya pasado a 260.000 habitantes hoy día, ha despertado mucho interés entre los demógrafos internacionales. El archipiélago de la Sociedad concentra un 87% de la población; las Tuamotu-Gambier el 6%; las Marquesas 4% y las Australes un 3%. Las migraciones internas son uno de las causas de los desequilibrios humanos entre los archipiélagos. Las islas de la Sociedad, en especial Tahití, son las grandes receptoras de estos movimientos migratorios, que a su vez dejan despobladas numerosas islas de los otros archipiélagos.

Hoy día el mestizaje “demi”, es decir los descendientes de la unión entre nativos y europeos, principalmente franceses, es el que va a asumiendo puestos políticos y administrativos en grado creciente.

Los Chinos en Tahití

Un escocés emprendedor, William Stewart -que había sido un tiempo comerciante de vinos en España y Portugal durante la década de los 50 del siglo XIX- amplió sus actividades comerciales a las islas del Pacífico. Era un hombre muy ambicioso, por lo que adquirió en 1864 unos grandes terrenos en Tahiti en lo que hoy se conoce como Golf d 'Atimaono. Sus vastos dominios los bautizó como Tierra Eugenia, en honor de la Emperatriz francesa, pero española de nacimiento, Eugenia de Montijo.

Pensaba que Europa necesitaría algodón en grandes cantidades, ya que en América, con la Guerra de Secesión en los Estados Unidos (1861-1865), los nordistas habían bloqueado todos los puertos sudistas. Como necesitaba mano de obra barata llevó a la isla a mil trabajadores chinos. Pronto comenzaron las divergencias entre los tahitianos y la comunidad china que se rebelaba contra sus penosas condiciones de trabajo. Un suceso casual provocó que muriera un chino en una reyerta entre jugadores, intervinieron las autoridades francesas y amenazaron con expulsar a todos los chinos de Tahití, si no aparecía el culpable. Chim Siou Kung se autoinculpó para evitar la deportación. El 19 de mayo

de 1869 fue ejecutado con la guillotina que había sido importada desde Francia. Sería el primero y último. La comunidad china le considera un mártir y en su tumba no faltan flores en el aniversario de su ejecución. Años más tarde, en 2002, lo contó detalladamente en un libro el que fuera el último verdugo al servicio del Estado francés, Fernand Meysonnier, que tras jubilarse, se instaló en Papeete, regentado un bar durante 30 años hasta 1992. Al parecer tuvo tiempo de localizar la guillotina que acabó con la vida de Chim Siou Kung y de casarse con una tahitiana. El francés se empeñó en recuperar tan macabro instrumento y lo consiguió, pero luego le impidieron exhibirlo por las presiones de la comunidad china. Se trasladó a la Provenza en 1992 y cuando le fue diagnosticado un cáncer decidió escribir un libro de memorias, ya que con sus manos -según él “las manos de la justicia”-, acabó con la vida de más de 200 personas. Falleció el ocho de agosto de 2008.

El sueño del algodón acabó cuando terminó la Guerra de Secesión estadounidense y en 1874 la plantación de Atimaono quedó abandonada, Stewart no pudo sobrevivir al desastre y murió a los 48 años de edad. Los chinos estaban por contrato obligados a regresar a Hong-Kong, pero trescientos decidieron quedarse. Así se inició la implantación de una colonia china que hoy día es muy importante y respetada. Los antiguos campos de algodón fueron cultivados en los años 20 del siglo XX por un grupo de chinos como plantaciones de caña de azúcar, que abastecieron de azúcar y de ron a la población. Pero fueron abandonados tras la II Guerra Mundial, cuando un consorcio de la metrópoli compró Tierra Eugenia. En los años 50 se pensó en aprovechar el terreno para construir el aeropuerto internacional, que finalmente se situaría en Faaa. En la actualidad los terrenos se han aprovechado en parte como campos de golf, a la espera de una utilización más productiva.

El Tercer Sexo

Antes de la llegada de los primeros europeos a estas islas del Pacífico, se mantenía la costumbre en las familias tahitianas de educar al primogénito, si era varón, como mujer. Su finalidad era la crianza del

resto de los hermanos y hacerse cargo de las ocupaciones del hogar, y para ello se le educaba y vestía como mujer.



Tereva Tomita (Raerae)

De esta manera se da a conocer el origen del tercer sexo y del fenómeno mahu en Polinesia, pero esta tradición secular genera ciertas dudas sobre su orientación sexual, en cuanto a su origen natural o cultural.

Hoy en día la presencia del mahu en Tahiti y sus islas es absolutamente aceptada en la sociedad. Es fácil encontrarlos en los hoteles y restaurantes, o caminando por las calles con absoluta

normalidad, incluso acompañados de sus parejas. Son en general amables y serviciales, de fácil conversación y siempre dispuestos a una fotografía, posando por supuesto. Son tremendamente presumidos.

La presencia de éste género intermedio se ha venido a definir en los últimos veinte años en Tahiti como el “tercer sexo”. Pero, se impone aclarar ciertas diferencias entre una variante del mismo, que a diferencia del mahu, es producto del progreso, al que se le denomina raerae.

La sociedad occidental equipara con evidente frivolidad la figura del mahu con el sodomita europeo. La realidad no es tan sencilla y existe mucha confusión al respecto. Traducir mahu por un homosexual es un ejercicio excesivamente simplista. El mahu es un hombre afeminado pero, con pareja mujer mientras que el raerae es un travestido que desde muy joven hormona su cuerpo y acude a la cirugía plástica para modelarlo y se prostituye. Generalmente, el raerae pertenece a una clase social más desfavorecida que el mahu y no mantiene culturalmente la relación de pertenencia que tiene el mahu en la historia de la tradición de la sociedad maohi.



Tiaré y Vainilla, dos símbolos tahitianos.

Flora

En la Polinesia Francesa la flora cambia de un archipiélago a otro. En los atolones se pueden distinguir tres tipos de vegetación: la zona costera, donde abundan los arbustos, representados principalmente por el miki miki (*Pemphis acidula*); los árboles del interior, predominando los bosques de fara (*Pandanus*) y sobre todo los cocoteros, y por último los arbustos que están sobre la playa de la laguna interior. Sin embargo, en las islas altas la vegetación es más abundante y de tipo tropical, sobresaliendo los árboles de varias especies, entre los que destacan principalmente el uru, o árbol del pan, y el cocotero.

El fruto del uru sirvió desde tiempos remotos en la alimentación de los polinesios. Fue transportado en sus canoas de unas islas a otras durante sus grandes viajes colonizando las islas del Pacífico y era una de los elementos indispensables en su dieta alimenticia. Los españoles lo llevaron a Perú antes que el famoso motín de la Bounty intentara recolectar suficiente carga para transportarlo como alimento para los esclavos de las Antillas. Es conocido también por *maiore*, y el jugo de su corteza se sigue empleando en algunas islas en los emplastes de lesiones de huesos, torceduras o esguinces. Una de las comidas polinesias elaboradas con dicho fruto es el *popoi*.

El cocotero ha sido el árbol más representativo de las islas de los mares del Sur. Los polinesios aprovecharon desde sus hojas hasta sus raíces. El tronco todavía hoy es empleado como material de construcción. Las hojas de palma trenzadas son utilizadas en la composición de cestos, sombreros y esteras. El agua de la nuez y su carne han jugado un importante papel en la alimentación de los habitantes de las islas. El aceite de nuez de coco sirvió de moneda de cambio con los primeros europeos que llegaron a la Polinesia. Ha sido utilizada en perfumería y es la principal materia del *monoi* y de varios jabones de tocador.

Los bosques de fara o *Pandanus* son abundantes en las islas bajas y existen distintas especies. Las hojas son muy resistentes y sirven para construir los techos de las cabañas y casas y esteras. Las flores de

pétalos blancos reciben el nombre de hinano, igual que la famosa cerveza tahitiana.

Otros árboles que son aprovechados por los polinesios y conocidos por los turistas son: el tamanu (*Cataphyllum inophyllum*), que crece próximo al mar, de fruto comestible y con una madera de color rojo empleada antiguamente en la construcción de ídolos y de los umete o cuencos de madera. Hoy se emplea también por su gran resistencia en la construcción naval. El purau (*Hibiscus tiliaceus*), de cuya corteza raspada y elaborada salen las fibras (more) de que están hechas las faldas y adornos de las bailarinas polinesias. La madera del purau, por ser más ligera que otras maderas se utiliza en la construcción y también para fabricar piraguas. El toa o también llamado aito (*Causirina equisitifolia*), un gran y bello árbol, conocido también por su “madera de hierro”. Al principio la madera es de color salmón cambiando más tarde a un tono más oscuro. Era la madera utilizada por los guerreros, con ella se hacían mazas, lanzas y tallas de las deidades polinesias.

El miro (*Thespesia populnea*), abundante al borde de la costa, su madera de color rosa, se usa en tallas y trabajos de artesanía. El auteraa (*Terminalia catappa*), muy frecuente en todas las islas, su fruto es una especie de almendra con buen sabor. Tiene una madera blanda y fácil de trabajar, se emplea principalmente en construcción de embarcaciones. El mape, (*Inocarpus fagifer*), de madera blanca que casi siempre están presentes junto a los marae. Su fruto es conocido como la castaña tahitiana y se come después de cocinarlo. La papaya, aunque de origen mexicano es abundante en muchas islas, en tahitiano se denomina iita; el pamplemousse, un tipo autóctono de pomelo; el ahí o ti, (*Cordyline terminalis*), del que existen una docena de variedades. De las raíces del ti se extrae un alcohol de alta graduación. Según cuenta la tradición, durante el reinado de Pomare II los hawaianos enseñaron a los tahitianos a elaborar esta fuerte bebida, denominada O-kole-hao. Otro de los árboles introducidos en la mitad del siglo XIX ha sido el mango, vi poppa, de fruto sabroso y azucarado. Del tronco de este árbol se fabrican pequeñas piraguas.



La vainilla se cultiva principalmente en Huahine, Raiatea y Tahaa

Es preciso incluir el plátano o banano, del que existen numerosas variedades, tanto por su sabor como por su tamaño. Generalmente se le denomina meia y las hojas se utilizan para envolver los alimentos que se van a cocer en el horno subterráneo tahitiano. De los diversos tipos de plátanos merece señalar el llamado fe'i (*Musa troglodytarum*) que se halla en una altitud de unos 600 metros. En los valles se encuentra el mati, una variedad de *Ficus* rico en resina. Con el jugo de sus pequeños frutos, de color rojo, los polinesios tiñen las esteras de tapa.

Uno de los símbolos de la Polinesia Francesa es la tiare (*Gardenia taitiensis*), la flor nacional de las islas de la Sociedad, de la que existen diferentes variedades. Otro emblema de Tahití es el maire (*Polypodium pustulatum*), un helecho que se utiliza para la confección de coronas.

No hay que olvidar a la vainilla, una especie de orquídea, cuyo fruto ha sido fecundado artificialmente por el hombre. En las islas de Huahine, Raiatea y Tahaa existen importantes plantaciones de esta delicada

planta que visitan generalmente los turistas.

En algunas islas crece la planta aromática de kava o ava, una variedad de pimienta (*Piper methysticum*). Con las raíces de ella, después de ralladas o raspadas y maceradas en agua, se elabora una bebida de sabor amargo. Antiguamente para liberar la celulosa de la planta se filtraba sobre esteras de *Hibiscus*. En sus raíces se encuentra el alcaloide mesticina y la avaina, kavaina o yaqonina, según la denominación en Polinesia o Melanesia. En Tahití el suministro de ava desde tiempos atrás nunca fue abundante, su uso estaba restringido a los jefes, estando presente en las fiestas y en algunas ceremonias hechas en los marae.

El ava no es una bebida fermentada como muchos libros indican; apenas tiene alcohol y es apta para su consumo cuando está recién preparada. Bebida con moderación calma la sed y produce en muchas personas una sensación de vigor y satisfacción, como hacen el té o el café; pero si se bebe en exceso o por hábito, el ava produce una especie de embriaguez con sueño, llegando a la hiperanemia cerebral, acompañada también de lesiones renales graves. Los síntomas son ojos enrojecidos, sensación de mareos, apatía y rechazo al trabajo diario, etc. Con la llegada de los europeos a Tahití, en el siglo XVIII, los jefes Hinoi y Vehiatua, al parecer, fueron adictos al ava, que en la actualidad se conoce como kava. La mayoría de los extranjeros encuentra el modo de preparación de la bebida repulsivo, y el sabor del ava muy nauseabundo. A pesar de esto, se sigue consumiendo en muchas islas del Pacífico, y hoy, su comercio mueve muchos millones de dólares.

Una de las plantas medicinales que goza actualmente de mayor popularidad en todo el mundo es el Noni (*Morinda citrifolia*), que según el idioma tahitiano significa “planta sagrada”. Está elaborada con un fruto tropical y se le considera un analgésico natural para las migrañas y los trastornos reumáticos.

Entre las plantas que consumían los primitivos polinesios estaban, además del uru, el taro (*Colocasia esculenta*), del que existe una treintena de variedades, es un tubérculo comestible y nutritivo que una vez cocinado tiene un sabor agradable; el ñame, denominado uhi o ufi (*Dioscorea alata*); la patata dulce umara, que en Tahití hay seis

variedades y la caña de azúcar o to (*Saccharum officinarum*).

La vegetación varía significativamente de un archipiélago a otro. En los atolones, la vegetación de arbustos y los cocoteros es predominante. Mientras en las islas altas la gama de plantas es más diversa y varía según la altitud. En general la vegetación de las islas es típicamente tropical y destacan los árboles de mango, las papayas, los aguacates, los pomelos, las piñas, los naranjos, los cocoteros, los bananeros, el taro y el ñame.

Fauna

La fauna comparada con otros países del Pacífico es pobre. El perro o uri y el cerdo puaà maohi son dos de los mamíferos que los primeros colonizadores polinesios transportaron en sus canoas a las nuevas islas descubiertas. El ratón polinesio y después la rata, introducida esta última por los barcos del viejo continente fueron otras de las primeras especies que se criaron en las islas. Entre los reptiles hay cuatro especies de geco, animal similar a la salamandra, inofensivo e insectívoro, y tres tipos de lagartijas. No existen reptiles ni insectos venenosos. Hay también caracoles, aunque las especies autóctonas han sufrido pérdidas irreparables por la introducción de otras foráneas como la Euglandina rosea que ha diezmado la población autóctona, la cual servía a los polinesios para hacer sus collares.

Entre las aves, existen más de cien especies de pájaros, veintisiete de las cuales corresponden a aves marinas. Destacan entre estas últimas la fragata (*Fregata minor*), con la hermosa garganta inflada de color rojo; los petreles, distinguiéndose el Petrel de Murphy, típico en las islas de la Polinesia y la garza verde.

Las plumas de colores desde tiempos antiguos fueron signos de poder. El cinturón de los jefes, el maro'ura, se componía principalmente de plumas rojas obtenidas del pájaro a'a (*Cyanoramphus zealandicus*), hoy prácticamente desaparecido en la Polinesia. Las plumas de otras pájaros se utilizaban para adornar los sombreros y collares. Entre las aves terrestres está el loro de las Marquesas, de bellas plumas azules, la paloma marquesana (*Ducula galatea*), las tórtolas, cotorras, garzas, sin olvidar el gallo y la gallina, introducidos por los colonizadores polinesios.



Los tiburones, protagonistas de la fauna marina.

Entre los crustáceos están, las afamadas langostas oura miti, especialmente las de las islas Marquesas; además de diversos tipos de cangrejos, destacando el célebre y grande cangrejo de los cocoteros, el kaveu. Son numerosos y de bellas formas los diversos caracoles marinos. Recomendamos la visita del Museo de las conchas en Papara (Tahití). Es necesario recordar también los cultivos de la ostra de nácar (*Pinctada margaritifera*), trabajada con esmero por los artesanos polinesios y la ostra perlífera con su afamada perla negra.

La fauna marina es muy variada, destacando los peces tropicales de bellos colores. La estructura de las colonias de corales permite que dentro del lago exista un particular ecosistema donde conviven más de 700 especies, de las que sólo enumeraremos algunas de ellas. Los peces mariposa de bellos colores, los peces-payaso siempre unidos a las anémonas, los peces-loro, el pez llamado Napoleón, de color verde, conocido también por mara, los sabrosos mero, el pez erizo que cuando se infla enseña sus afiladas espinas, o las peligrosas morenas. De vez en cuando pueden verse tortugas, especie en peligro de extinción.

El turista que practique el submarinismo debe tener mucha precaución con algunas especies, dado que el contacto con corales, anémonas y

medusas, o los pinchazos de erizos, espinas de ciertos peces o el aguijón de la manta raya, pueden producir consecuencias desagradables.

Mención aparte, merece la ciguatera, intoxicación producida por comer peces que se han alimentado a su vez de ciertos organismos microscópicos que viven sobre algunas algas en los arrecifes de coral. La cadena de la contaminación comienza por los peces herbívoros y algunos crustáceos que se alimentan de estos organismos y después son comidos por los peces carnívoros. Cualquiera de estas especies puede servir de alimento al hombre, que será intoxicado al comer su carne. Desde tiempo del descubrimiento de América, los españoles fueron los primeros europeos que ya sufrieron envenenamientos por la ciguatera en las costas del Golfo de México.

Una de las actividades de los polinesios ha sido siempre la pesca en alta mar. Cerca de las costas de sus islas pescan el bonito, el atún o a'ahi, la barracuda, ono, el sabroso paru, de color rojo, que habita en las profundidades y una especie de dorada denominada mahi mahi. También en sus aguas viven los delfines, peces espada, rayas, peces voladores y varias especies de tiburones, destacando el tiburón tigre, el limón y el gris.

Cultura

Religión

El paganismo imperaba en la Polinesia cuando llegó a las islas Marquesas Alvaro de Mendaña. Según la cronología de Paul Hodée, entre el 27 de julio al 5 de agosto de 1567, la expedición de Mendaña celebró la primera misa católica en tierra del Pacífico en Vaitahu, en la isla Tahuata. Casi dos siglos más tarde, el 1 de enero de 1775, la expedición de Domingo de Bonechea celebraba la primera misa católica en la isla de Tahiti, en Tautira.

Pero estos hechos o momentos históricos, a cargo de las expediciones españolas, no tuvieron mayor relevancia, por lo que se refiere a la expansión del catolicismo en Tahiti y sus islas, ya que la experiencia de los dos misioneros franciscanos españoles en Tautira resultó un fracaso. Tras un año de permanencia, pidieron ser relevados en su misión ya que no consiguieron ninguna conversión, fueron incapaces de aprender el idioma de los nativos y tenían terror al canibalismo imperante.

Sería el 5 de marzo de 1797 cuando el velero “Duff” depositaba en la bahía de Matavai, en Tahiti, a un grupo de predicadores protestantes enviados por la London Missionary Society (LMS), desde Inglaterra. El velero prosiguió rumbo a Australia con un cargamento de presidiarios. Tampoco los protestantes pueden alardear mucho de su trabajo de apostolado inicial, ya que durante los primeros quince años de estancia tampoco consiguieron conversión alguna.



Iglesia Católica Maria No te Hau de Tautira

La lucha entre católicos y protestantes es una historia triste y lamentable en la que se mezclan intereses políticos y económicos entre ingleses y franceses. Merece la pena leer el primer capítulo del libro del escritor londinense Norman Lewis, "Misioneros", en el que denuncia la destrucción a cargo de los misioneros protestantes de la cultura indígena, que en la actualidad parece reverdecer. Pero como ocurre con frecuencia, no deja de tener sus connotaciones de marketing y de atracción turística.

A pesar de todo, hoy día el protestantismo y el catolicismo son las dos religiones principales. El budismo es practicado por una importante comunidad de origen chino. Otros cultos minoritarios están también presentes. Desde hace veinticinco años las proporciones confesionales no han variado: 50% de protestantes, 34% católicos, 3,2% mormones, 2,9% de sanitos, 2,5% adventistas, 1,4% diversas confesiones y 4% ateos.

Arte y Artesanía

De los primitivos habitantes quedan importantes restos de las construcciones artísticas en piedra en casi todas las islas habitadas. Por una parte están los recintos sagrados o marae, que son plataformas rectangulares de piedra donde se rendía culto a los dioses, los atua, y se

organizaban sacrificios humanos y por otra están las esculturas de piedra de tipo humanoide denominadas tī'i o tiki (en marquesano). Las más bellas representaciones de estas figuras se encuentran en las islas Marquesas, en Nuku Hiva en el valle de Taipivai; en Hiva Oa en el centro ceremonial de Puamau donde se encuentra también la extraña y célebre escultura en piedra Maki Taua Pepe. En Tahití se pueden ver en el Museo de Tahiti y de las Islas y en el Museo Gauguin, en cuyo jardín se conservan tres grandes tiki de las islas Australes.

Los artesanos polinesios para desarrollar su arte utilizaron, además de la piedra, la madera, el hueso, las conchas de madreperla y las fibras vegetales.

Existen también réplicas en madera de los tiki y figuras representativas de los dioses polinesios conservadas en los principales museos de las islas, así como cuencos, remos y mazas ceremoniales magistralmente talladas pertenecientes a las islas Marquesas y Australes. Los artesanos de las Tuamotu destacan por el trabajo del nácar. Son dignos de ver los vestidos ceremoniales de los jefes y sacerdotes adornados con grandes conchas de madreperla, plumas, y fibras vegetales. Fatu Hiva es la isla por excelencia de telas, hechas de corteza de árbol, conocida por tapa, que asimismo las decoran con dibujos típicos marquesanos.

Actualmente en el Centre des Métiers d'Art de Papeete reagrupa a los artesanos de los diferentes archipiélagos donde reproducen antiguas tallas y también diseñan nuevos trabajos del arte polinesio.

Tampoco se debe olvidar el tatuaje, verdadero arte sobre la piel donde los polinesios son expertos maestros en desarrollar múltiples dibujos y figuras de todo tipo, cuya representación se pierde en las leyendas maohi. Actualmente, tanto en Tahití y Moorea como en Nuku Hiva, Hiva Oa y Ua Pou hay artesanos que realizan con esmero este trabajo.



Las famosas perlas negras

Principales manifestaciones festivas

ENERO

Ceremonia del Tere. Celebración tradicional del día de año nuevo en la isla de Rurutu durante tres días.

Celebración del Año Nuevo en todas las islas.

Kaina Tour. El primer domingo del mes de enero. Turismo de Tahití organiza una celebración que incluye un circuito guiado por la isla con música, juegos, deportes, danzas y otras manifestaciones tradicionales.

Torneo ATP Internacional del Pacífico de Tenis.

Se celebra en Tahití.

Hinano Surf Tour. A finales de enero en Tahití.

FEBRERO

Día de San Valentín. El 14 de febrero se celebra con actos especiales en todas las islas.

Maratón Tahiti Nui.

Año Nuevo Chino. La Comunidad china de Tahití celebra el Año Nuevo con una ceremonia de apertura en el Ayuntamiento de Papeete, seguida de un gran baile y un numerosas actividades: música, danzas, artes marciales y cocina etc.

Hinano Cup Va'a. Competición de piraguas en Tahiti.

MARZO

Llegada de los Primeros Misioneros. Celebración anual en la Islas Marquesas que conmemoran la llegada de los primeros misioneros cristianos europeos, el 5 de marzo de 1797.

La llegada del Gospel. Ceremonia conmemorativa de la llegada de los primeros misioneros protestantes a Tahití.

Festival de la Perla Cultivada. En la plaza To'ata de Papeete en Tahití.

ABRIL

Semana de los tejidos Tifaifai. Se celebra en Tahiti en el ayuntamiento de Papeete.

Competición de Kayak Heineken. Se divide en dos mangas a lo largo de Tahití, Huahine y Raiatea.

Ceremonia "Me". La iglesia evangélica celebra un evento de caridad.

MAYO

Maratón de la Tierra de Hombres. 11 de mayo. Maratón sui géneris por su situación geográfica y el ambiente que se celebra en Ua Pou en las Islas Marquesas.

Raid Moorea. carrera individual o por equipos que se celebra en Moorea en torno a tres pruebas: kayak, VTT y senderismo.

JUNIO

Heiva I Tahiti. El festival cultural más importante de Tahití. Se celebra en la plaza To'ata en Papeete.

Competición de Surf Horue. En Tahití

Celebración de la Autonomía de Hiva Vae'vae.

En la plaza To'ata.



Fiesta folclórica con tamuré incluido

JULIO

Tahiti - Heiva Nui. Acoge la reunión de artistas de toda la Polinesia Francesa en Pirae, Tahití, bajo el marco del Heiva of Arts & Crafts; el Festival de canto y danza; los juegos Tahiti Nui y Competiciones de Canoa.

Bora Bora - Heiva I Bora Bora

AGOSTO

Internacional Golf Open. Se celebra en Tahití.

Noche de Guitarra & Ute. Los músicos locales acuden a Papeete para participar en este certamen, basado en la improvisación de canciones satíricas tradicionales.

Tahiti Agricultural Fair. A Tahití llegan los entusiastas de la agricultura, floricultura y los artesanos desde todas las islas.

Te Ora e Te Mana. Reconstrucción histórica en el Marae Arahuru en Paea (Tahití).

SEPTIEMBRE

Día Mundial del Turismo. Similar al Heiva, con manifestaciones artísticas, culturales, musicales y competiciones deportivas.

Exposición Anual de Arte y Artesanía de Tahiti-Iti. Se celebra en Taravao.

OCTUBRE

Competición individual de Canoas Super "Aito". Moorea-Tahití.

Competición de Triatlón. En Moorea.

Certamen Mister Tahiti. En Tahití.

Hawaiki Nui Va'a. Competición Internacional de Canoas desde la isla de Huahine a Raiatea, Tahaa y Bora Bora.

Carnaval de Tahiti. Papeete se llena de fólklora y ritmos internacionales y polinesios.

Exposición Anual de Arte y Artesanía de las Islas Australes. Se celebra en la plaza de Vaie en Papeete.

NOVIEMBRE

Maratón Tahiti Nui. Se celebra en Tahití.

Competición de Resistencia Internacional.

Competiciones deportivas que se celebran en varios atolones de las Tuamotu.

Día de Todos los Santos. "Turamaraa". El mercado de Papeete se transforma en un jardín botánico. Por la noche, los cementerios son adornados con velas y las familias cantan salmos y rezan oraciones a sus seres queridos.

Rugby en Moorea y Tahití.

Festival de las Islas Australes. La oficina de turismo Manava en Papeete ofrece actividades culturales, artísticas o culinarias, típicas de las Islas Australes.

Día de la flor "Tipanie". En Tahití se celebra esta jornada que incluye la decoración floral de muchos edificios.

Te Tuhuka O Te Henua Enana. Exposición y venta de arte y artesanía de las Islas Marquesas.

Exposición Anual de Arte y Artesanía de las Islas Australes. En la plaza de Vaie en Papeete.

Exposición Anual de Arte y Artesanía de las Marquesas. En la plaza de To'ata en Papeete.

Tetralón de Raiatea.

DICIEMBRE

Días de la Tiare. En Tahití se rinde homenaje a esta popular flor durante tres días. Los edificios son decorados con estas flores.

Festival de la Piña. Es el símbolo de la isla de Moorea y durante este día se organizan degustaciones y espectáculos alrededor de esta fruta.

Festival de las Islas Marquesas. La oficina de turismo organiza actividades culturales, artísticas o culinarias, típicas de las Islas Marquesas en Papeete.

Exposición Anual de Arte y Artesanía de las Marquesas. En la plaza To'ata en Papeete.

Gastronomía

La cocina polinesia es muy diversa y se basa principalmente en productos locales como el pescado, cerdo, pollo, mariscos, arroz y frutas tropicales. Generalmente los pescados, mariscos y crustáceos, acompañados de zumo de limón, se comen crudos. A veces se les suele agregar una salsa de leche de coco fermentada: el mitihue. Hay que degustar también el “maa”, mezcla de pescado, pollo y carne de cerdo, generalmente envueltos en hojas de plátano e introducidos bajo tierra entre piedras porosas basálticas, luego todo cocido en el “horno tahitiano”.

La gastronomía polinesia se ha visto influida enormemente por la cocina china (“ma’a tinito”), muy extendida por el territorio y por la francesa que, también constituye una elección a la hora de degustar una comida en las islas.

Las frutas tropicales, plátano, papaya, piña, mango, melón, se sirvan endulzadas con vainilla, lo que da un sabor muy peculiar. Existen diversas variedades de plátanos, entre las cuales destacan los rio y hamao, especies muy sabrosas que se comen crudas cuando están suficientemente maduras.

Entre las bebidas destacan los cócteles, que suelen tener como base la nuez del coco, la piña, el plátano y las frutas frescas. Entre los más famosos cócteles tahitianos se encuentra el Maitai, el Pina Lagoon, el Banana Coralia y el Maeva (sin alcohol). En Polinesia también se consume mucha cerveza (pia), una de las más famosas es la Hinano.

Deportes

En el último domingo del mes de abril se celebran en Tahití una serie de competiciones deportivas, que sirven de ensayo para las fiestas competitivas del mes de julio. El levantamiento de piedras, recuerda las pruebas que se les hacían a los jefes y guerreros en la antigüedad. Las piedras pesan entre 80 y 100 kilos y su origen proviene de las islas Australes, pero hoy día es práctica común en casi todas las islas polinesias.



Levantamiento de piedra, una tradición que los vascos también practican.

El lanzamiento de jabalina (pata) se hace más competitivo al tener que lanzarla a una nuez de coco, previamente marcada con varios círculos, colocada sobre un mástil. Los atletas lanzan las jabalinas desde una distancia de 30 m y gana aquel que consigue clavar la jabalina en el círculo más alto. También hay competiciones de tiro de arco, llamado te'a, que desde tiempos remotos era considerado deporte de los dioses.

Otro espectáculo local, incluido como deporte, es la subida lo más rápido posible a un cocotero, donde el participante se ayuda por una liana atada a sus pies para encontrar el apoyo necesario en su rápida

ascensión. Asimismo hay demostraciones de habilidad y fuerza en el corte de cocos.

El deporte rey y la distracción favorita de los polinesios es sin duda alguna la competición de piraguas. En ella participan en diversas series y pruebas tanto mujeres como hombres y niños en diferentes categorías. Los participantes pueden ser de a uno a seis u ocho remeros. En el mes de julio en la bahía de Tautira, entre otros lugares se celebran diversas competiciones entre los diversos clubs de las islas. También hay campeonatos de natación.

Uno de los deportes preferidos por los polinesios es el surf, denominado por los tahitianos como hure o faee hee. En la Polinesia se pueden practicar todos los deportes acuáticos, cuna del surf, y con lugares maravillosos para practicar el buceo. Tahiti, y específicamente el archipiélago de las Tuamotu, está considerado dentro de los cinco mejores lugares del mundo para bucear. Existen 41 clubes y escuelas repartidos en 14 islas, que facilitan equipos completos. También hay cruceros especializados en las islas Tuamotu. En Tahití cuentan con un magnífico campo de golf en Mataiea, denominado Olivier Breaud. Ocupa los terrenos de los antiguos campos de algodón (Ver Población y Sociedad). Se practica también la equitación, el squasch, tenis, bolos, tiro con arco, ciclismo, ala delta, excursiones a pie y en vehículos 4 x 4. Asimismo se puede alquilar motonaves y veleros para recorrer las islas.



Surfeando en Teahupoo-Tahiti. Templo mundial en la práctica de este deporte.

Tahití y sus islas

Tahití y sus islas se componen de cinco archipiélagos distantes que acogen a 118 islas y atolones. El archipiélago de la Sociedad está constituido por las islas de Du-Vent (Barlovento) y las islas de Sous-le Vent (Sotavento), es un conjunto de islas tropicales rodeadas de lagunas cuya isla principal es Tahití, la más grande de todas y que acoge a la capital Papeete. Este archipiélago incluye las islas más visitadas como: Moorea, Huahine, Raiatea, Tahaa y Bora-Bora.

El archipiélago de las Tuamotu situado al este de Tahití está constituido por 84 islas bajas y atolones. Cada uno de los atolones recoge en su interior a una laguna. La isla más grande de este archipiélago y más visitada es Rangiroa y también Manihi por sus granjas de perlas negras.

El archipiélago de las Marquesas situado al nordeste de Tahití, lo componen 14 islas montañosas, divididas en dos grupos: el grupo norte con las tres principales islas de Nuku Hiva, Ua Pou y Ua Uka, y las del grupo sur, descubiertas por Mendaña, en las que destacan Nuku Hiva, Tahuata y Fatu Hiva.

El archipiélago de las Australes, al sur de Tahití, está formado por un grupo de seis islas. Rurutu y Tubuai son las más importantes.

El archipiélago de las Gambier comprende una serie de islas e islotes. La principal isla es Mangareva donde habita casi toda la población, está situada a 1.800 Km. al sudeste de Tahití.

Tahití: El tour iniciático

Tahití es la más grande de las 118 islas que conforman la Polinesia Francesa. Algunos folletos promocionales la llaman “la isla del amor”, pero al turista que se instala en Papeete pronto le asalta el “síndrome Gauguin”, es decir, unos deseos irreprimibles de ir a la búsqueda de otras islas menos pobladas y sin tráfico automovilístico.

Pero no conviene exagerar ese síndrome, como hacen algunas agencias de viajes, que nada más llegar al turista lo trasladan desde el mismo aeropuerto de llegada a un avión mucho más reducido rumbo a una de las innumerables islas o al muelle del puerto para cumplimentar un crucero. Tahití bien se merece unas jornadas de disfrute, aunque en Papeete, su capital, parece haberse dado cita todos los coches del territorio. Los atascos son infernales sobre todo a la hora del trabajo, ya que de todos los puntos de la isla, incluso de la vecina Moorea acuden funcionarios y empleados a Papeete.

Tengo un maravilloso libro ante mis ojos, titulado “Papeete 1818-1990”, escrito por Bengt Danielsson, con la ayuda de su mujer, y que es un exponente claro - por su rico material gráfico de la degradación de esta ciudad, que ya no soportaba Gauguin. Y eso que en su época, Papeete eran cuatro casas de tipo colonial y unos chamizos donde se agolpaban los indígenas del lugar. a falta de higiene era absoluta y la salubridad dejaba mucho que desear. El año 2008, Papeete celebró su 190º aniversario de su fundación, pues fue en 1818 cuando un pastor protestante inglés, William Crook, eligió unos terrenos para edificar un templo, una escuela y una casa, la suya.

Cuando en 1820, la reina Pomare decidió establecer su corte en Papeete, la ciudad comenzó a crecer. Pero esa ficción de reino independiente, lo que escondía realmente era un protectorado que se formalizó en 1842 cuando los franceses ocuparon Tahití sin más miramientos, poniendo fin así a los devaneos de la reina con los amigos de los ingleses. A partir de entonces, Papeete sufrió un grave incendio en 1884. Luego un ciclón en 1906 y, por último, un bombardeo naval, en 1914, a cuenta de dos buques de guerra alemanes, el “Scharnhorst” y el

“Gneisenau”, con el almirante Von Spee al frente. Querían volver a sus bases en Alemania y en Samoa no encontraron facilidades para obtener carbón. Ante la resistencia de franco-tahitianos, los dos cruceros acorazados bombardearon durante horas Papeete, sin piedad. Estaban rabiosos porque la autoridad militar había decidido quemar los depósitos de carbón para que no cayeran en manos de los alemanes. Pero el bombardeo destruyó Papeete y pocos edificios se salvaron, entre ellos el Ayuntamiento ahora renovado se muestra tal como era, y la Misión Católica donde tantas veces me he hospedado, gracias a la cortesía de Monseñor Coppenrath. Como dato curioso añadiré que los dos barcos alemanes fueron avistados en las islas Falkland el 8 de diciembre de 1914 por una escuadra inglesa. Fueron hundidos, pereciendo toda la tripulación del primero de los citados. Del “Gneisenau” se salvaron 187 marinos.

Durante la II Guerra Mundial, nada ocurrió por estas islas francesas. Bora-Bora fue utilizada como base militar por las tropas USA, como ya tuve ocasión de comentar. La “revolución” sobrevino con la construcción del aeropuerto de Faaa en 1961.

El impulso turístico de Tahití y sus islas surgió con la construcción del aeropuerto de Faaa en 1961. Hasta ese año, todo el mundo llegaba en buques de todo tipo aunque también la rada de Papeete acogía a los hidroaviones que unían las islas más importantes. A decir verdad, el primer aeropuerto de la Polinesia francesa en funcionamiento fue el de Bora-Bora, construido por las tropas americanas durante la II Guerra Mundial y después regalado a la Francia liberada de De Gaulle, que vino por aquí en loor de multitudes en 1956.

Pero habría que esperar cinco años para que se produjera otro impulso turístico en la isla. Fue la llegada de Marlon Brando, con la “troupe” cinematográfica, que iba a rodar “Rebelión a bordo”. Los dólares empezaron a fluir porque muchísimos habitantes de la isla fueron contratados como figurantes.

Papeete se ha ido transformando y “modernizándose”. Horribles edificios funcionales y atascos de tráfico por doquier. La ciudad da cobijo a 131.695 habitantes (según el censo de 2007).

Poco hay que ver en la capital tahitiana. Desde luego, es obligado un paseo por todo el boulevard Pomaré, recorriendo el malecón. En la rada interior están atracados buques, yates, boniteros y grandes cruceros venidos de todo el mundo. Por la noche, el espectáculo es vivo y festivo, porque funcionan los chiringuitos móviles, es decir, unas “roulottes” que durante el día desaparecen para dar paso a unos tranquilos jardines. También los ferries provenientes de Moorea se dan cita durante todo el día. En el malecón se encuentra la primera iglesia protestante y el Parque Bounghaville, así como el Centro Comercial Vaima. Su Café Le Rétro es punto de cita y encuentros. También es obligada la visita al Mercado Municipal (recomendada la visita tempranera). Muy cerca se encuentra la Catedral católica de Notre Dame y más al interior, en los terrenos de la Misión católica, la iglesia de Maria no te Hau, moderna y de gran capacidad. Los domingos, tanto en la iglesia católica como en la protestante, acuden los turistas para escuchar los cánticos religiosos, que los tahitianos entonan con gran fervor y entusiasmo.

Además de los edificios administrativos, oficiales, bancos, hospitales y otras edificaciones modernas, Papeete acoge un Museo de la perla y muchos establecimientos comerciales, gestionados por la colonia china.

Es aconsejable dar la vuelta a la isla en el sentido de las manecillas del reloj. La elección ofrece una ventaja y una tranquilidad, ya que llevándolo a cabo en el sentido indicado y en coche, se efectúa de esta manera por la derecha, es decir, siempre pegados al lado interior de la isla y no bordeando la orilla del mar. Un consejo en pro de la seguridad.

La excursión se puede llevar a cabo en una sola jornada, aunque lo lógico sería emplear dos por lo menos. Respecto al aprovisionamiento de gasolina no hay que tener ningún temor ni reparo, ya que se encuentran gasolineras con gran frecuencia a lo largo del recorrido. Lo mismo ocurre con los restaurantes. Atención a los PK (punto kilométrico). Los PK se refieren a los mojones kilométricos blancos con un casquete rojo que jalonan la carretera de circunvalación de la isla. Están siempre colocados del lado de la montaña. Punto de referencia: la Catedral de Notre Dame de Papeete. En el recuadro se indican los PK más interesantes:



Lagoon y arrecife- Bora Bora

Costa este

2.5 Km. Monumento a Loti
 4.7 Km. Mausoleo Real
 5.3 Km. Tumba de los Pomare
 5.4 Km. Casa de James Hall
 8.1 Km. Colina Tahara'a
 10.0 Km. Punta Venus
 41.8 Km. Valle Fa'atautia
 53.0 Km. Taravao

Istmo (Taravao-Tautira)

18 Km. Tautira

Istmo (Taravao-Teahuupoo)

3.0 Km. Urbanización de Puunui
 7.5 Km. Puerto de Vairao
 18.0 Km. Teahuupoo

Costa sur

52.0 Km. Papeari
 51.2 Km. Jardín Botánico
 51.2 Km. Museo Gauguin
 46.5 Km. Casa de Gauguin
 44.0 Km. Casa de Rupert Brooke
 41.0 Km. Campo de golf d'Atimaono

39.2 Km. Ruinas de Mahaiatea 36.0 Km. Museo de las Conchas de Papara Costa oeste 28.5 Km. Gruta de Mara'a 15.1 Km. Museo de Tahití y de las Islas 14.8 Km. Valle de Punaru'u 12.8 Km. Residencia de Gauguin 11.5 Km. Lagonarium 7.8 Km. Autopista hacia Papeete 5.5 Km. Aeropuerto de Faa'a

Nada más dejar Papeete se llega a la ribera de Fautaua. Los admiradores del escritor francés Pierre Loti –pseudónimo de Julien Viaud- acuden a conocer su busto, inaugurado el 16 de julio de 1934. Pierre Loti contribuyó mucho a la mitificación de Tahití. Llegó a la isla el 22 de enero de 1872 y conocido a la reina Pomare que le apodó Loti en referencia a una flor autóctona del lugar. Diez años más tarde obtuvo un extraordinario éxito con su novela “El matrimonio de Loti”, ambientada en Tahití, ya firmaba como Pierre Loti y con este pseudónimo ha pasado a la historia. Precisamente, esta novela es la que marcaría el destino de Paul Gauguin. Quizás algunos lectores ignoren que Loti vivió y murió en Hendaya a escasos kilómetros de la frontera con España. En el chalet donde residió, una placa recuerda su estancia.

El último barrio periférico de Papeete es Arue, zona residencial. La carretera a la derecha muestra, en una colina próxima, el cementerio chino. En la carretera un rótulo indica “Tumba de Pomare V” permitiendo el giro a la izquierda, tras el obligado stop. A un kilómetro escaso nos encontraremos junto al mar y ante el mausoleo real, donde reposa Pomare V. El monumento es un homenaje al mal gusto y, según la maledicencia popular, la urna griega que lo corona es realmente una botella de licor Benedictine. Paul Gauguin, que asistió a los funerales de Pomare V, al parecer se quedó de piedra cuando vio este monumento, al que califica de “indescriptible” en su libro “Noa Noa”.

De todas maneras la visita también merece la pena porque el escenario natural es precioso. Aquí atracó, concretamente en la ensenada de To'aroa, la “Bounty”. Precisamente aquí en Arue se

encuentra la que fue residencia del escritor estadounidense James Norman Hall, fallecido el año de 1951, y autor, junto a Charles Nordhoff, de la mítica trilogía “Rebelión a bordo”, la casa que estuvo muchos años abandonada, se muestra ahora totalmente rehabilitada tras haber recibido una considerable subvención por parte del gobierno de Estados Unidos.

Cumplimentadas estas visitas, de nuevo afrontamos la carretera Este hasta llegar a la colina llamada Taharaa´a donde se ubicaba un moderno hotel, hoy día, clausurado. James Cook denominó la colina como One Tree Hill, en homenaje al árbol, un precioso atae (*Erythrina indica*), que aún se yergue en este emplazamiento.

Es un lugar maravilloso y las vistas desde lo alto de la colina son espléndidas: enfrente se ve la isla de Moorea, a nuestras espaldas las grandes montañas verdosas de Tahití y a nuestros pies, por el lado derecho, la bahía de Matavai y Punta Venus. Por el lado izquierdo, al fondo, Papeete y su aeropuerto.

El próximo destino es la mítica Punta Venus. El coche desciende en curva la colina hasta que llegamos a la orilla del mar y nos situamos en la playa de Matavai. En este punto es donde la tradición indica que 700 años a.C. llegaron los primeros polinesios en sus piraguas dobles. Tendrían que pasar muchos años para que un europeo, un oficial británico de la Royal Navy llamado Samuel Wallis, pusiera pie en tierra y pasara a la historia como el descubridor de Tahití. Dos años después, llegó a esta bahía otro barco, el famoso “Endeavour”, comandado por un joven oficial llamado James Cook.

El circuito conduce, luego, a las cascadas del valle Fa’atautia, lugar obligado para la foto y donde John Houston quiso rodar, en 1957, “Typee”, basada en la novela de Melville. Pero tras el fracaso comercial de “Moby Dick”, nadie quiso arriesgarse con otra obra del mismo autor.

Al llegar a Taravao, recomendamos tomar una desviación que conduce a Tautira, donde muere la carretera. Tautira es un idílico pueblo ajeno a la tradicional ruta turística y donde se refugian algunos habitantes de la capital los fines de semana. En el atrio de la iglesia católica de Maria no te Hau hay una lápida en memoria del capitán de fragata Domingo de

Bonechea. Antes en la entrada del pueblo, se puede ver la “Cruz del Jubileo”, renovada en madera gracias a la colaboración generosa y desinteresada de dos españoles residentes en la isla. En Tautira vivió dos meses Robert Louis Stevenson. Llegó en su precioso yate, el “Casco”. (Ver “Grandes mitos: Robert Louis Stevenson”).



La que fuera mansión de James Norman Hall, convertida en Museo en la actualidad

Dejando Tautira y volviendo de nuevo al cruce de Taravao, prosiguiendo por la izquierda, nos espera la preciosa bahía de Faetón; Papeari, con su Jardín Botánico y muy cerca el Museo Gauguin que vende a los turistas todos los recuerdos imaginables: bolígrafos, camisetas, ceniceros, reproducciones de sus cuadros, láminas, llaveros y demás inventos del consumismo... pero no exhibe ninguna pintura original.

Siguiendo la carretera nos encontraremos con otra encrucijada, la de la izquierda nos conducirá primero a Toahotu donde en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado existió una gran estación turística en Punuui. En la actualidad es una zona residencial. Después nos aguarda el puerto natural de Tapuaeraha que sirve de refugio a los portaviones franceses y grandes cruceros que por sus dimensiones no pueden atracar en el puerto de Papeete. Luego nos encontramos con Vairao y por último en el kilómetro 18 Teahuupoo, famosa por dos razones: haber albergado a los últimos hommes-nature y sus

gigantescas olas que suscitan la pasión de los surfistas del todo el mundo. Cuando acaba la carretera, atravesando un pequeño puente se penetra en la vegetación y con guías especializados se puede llevar a cabo un apasionante y peligroso recorrido que nos conduciría a Tautira a través de acantilados. Las cuevas y cavernas existentes en ellos albergaron a los llamados en francés *hommes-nature*. Pero, como ya hemos dicho, la localidad es famosa en todo el mundo por sus olas y los surfistas que, en gran número, acuden a este lugar para participar o presenciar este peligroso espectáculo. Teahupoo es sede fija de una de las pruebas correspondiente al ASP World Tour desde 1999. En la edición de 2000, el surfista local Briece Taerea murió tras ser golpeado y quedar atrapado en una ola de 5 metros. El 20 de mayo de 2009, el surfista vasco, Aritz Aranburu quedó en tercera posición en Billabong Pro Tahiti.

Retrocediendo de nuevo hasta la encrucijada, abandonamos el istmo para recuperar la carretera que circunda Tahiti, nos aguarda Mataiea, donde Gauguin vivió de 1891 a 1893 y donde no queda vestigio alguno. En 1914 el poeta inglés Rupert Brooke vivió en la localidad. Alquiló una casa y trató de localizar obras de Gauguin para adquirirlas. Fracasó en el intento pero, por lo menos, se enamoró apasionadamente de una tahitiana, Mamua, hija del propietario de su casa y la inmortalizó en el bello poema “Tiare Tahiti”. En 1916 el escritor Somerset Maugham tuvo más suerte, localizando una puerta-vidriera pintada por Gauguin.

Después nos aguarda el club de golf d’Atimaono emplazado en un terreno llano y fértil, donde dos siglos antes vivió la experiencia del cultivo del algodón, con mano de obra importada de China, y que terminaría siendo un gran fracaso. La comunidad china decidió no volver a su país.

Siguiendo la ruta en Papara está el Museo de las Conchas con una importante colección, así como hermosos peces de acuario. Después, en Paea, la atracción se encuentra en Mara’a, en la gruta natural de Paroa, en la que se bañó Paul Gauguin, por lo menos una vez. Lo cuenta el pintor en su famoso libro “Noa Noa”. Sin embargo, para Bengt Danielsson, Gauguin exageró al referirse al tiempo que tuvo que emplear para llegar al fondo de la gruta: una hora. Y es que la gruta es famosa

por el efecto óptico que produce, pues resulta más grande de lo que a simple vista parece cuando se la contempla desde la entrada. Gauguin la descubrió de sus amigos tahitianos cuando vivía en Mataiea y habla de una gruta “casi enteramente ocultada por los guayabos, a través de un simple accidente de las rocas, una fisura un poco más abierta que las otras”. Cuenta que su compañera Tehura se opuso rotundamente a que nadara en su interior, pero Gauguin no la hizo caso y nadó hasta el final de la gruta. El pintor termina confesando en su libro que la ilusión óptica era cierta y aseguró a Tehura que no pasó miedo porque “era francés”. En la actualidad la gruta está cerrada por razones de seguridad y posibles desprendimientos.

Llegando a Punaauia, no se conservan recuerdos del pintor que vivió en esta localidad desde 1897 a 1901, pero curiosamente, en los terrenos de la casa de Gauguin existe una escuela bautizada con el insólito nombre de “Dos más dos son cuatro”, por voluntad de un excéntrico Jean Souvy, que donó el terreno para la escuela con la condición de que se denominara así. Punaauia fue la última residencia de Gauguin en Tahití, luego partió para las islas Marquesas y allí pintó su cuadro más famoso, ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?, actualmente en el Museo de Boston.

En Punaauia hay dos interesantes lugares que ver: el Museo de Tahití y de las Islas y el Lagonarium. En el primero se hallan expuestos multitud de objetos etnográficos y bien merece una visita atenta y prolongada por su gran importancia histórica y cultural. Existe un espacio dedicado a la presencia de los españoles en el siglo XVIII y un cuadro de Domingo de Bonechea. En el segundo hay maravillosos peces de la fauna marina polinesia, incluidos los tiburones.

Después aguardan los lujosos hoteles cercanos al aeropuerto de Faa'a y de nuevo, el bullicio de la capital. Pero, las islas esperan...



El marae Taputapuātea en la isla de Raiatea.



Belvedere de la isla de Moorea.

Archipiélago de la Sociedad

Moorea: la isla de enfrente

Diecisiete kilómetros separan a Moorea de Tahití. Isla bellísima, muy bien comunicada por mar y aire, es para muchos tahitianos su residencia habitual. En avioneta se llega en siete minutos desde el aeropuerto de Faaa, en Papeete. Hay también servicio rapidísimo de catamaranes y ferries. Alquilando un coche en el mismo puerto de la pequeña bahía de Vaiare, se puede llevar a cabo la vuelta de la isla en un solo jornada.

Arrancando por la derecha pronto se llega al Belvedere (panorámica) de Toatea y a los pueblecitos de Tehae y Maharepa. La carretera, rodeada de vegetación y flores, pronto nos conduce a la hermosa bahía de Cook, donde atracan los grandes cruceros de lujo. Al llegar al fondo de la ensenada, en Paopao, una empinada carretera en curvas conduce al impresionante Belvedere de Titiroa. Quizás la visión más impresionante de todas las islas tahitianas sea ésta, porque se abarca desde la mencionada bahía de Cook a la derecha, hasta la bahía de Opunohu, a la izquierda. En medio, la impresionante montaña Rotui (899 m.). Tras esta emoción contemplativa, el viaje continúa por la orilla de la isla, atravesando Papetoai. En esta costa oeste se encuentran la mayor parte de los hoteles. Más adelante, se llega al Tiki Village, una reconstrucción de un poblado maohi con sus costumbres y espectáculo folclórico incluido. Sus empleados fueron contratados para trabajar en Port Aventura, en Tarragona, cuando se inauguró el parque temático en 1995.

La ruta prosigue por lugares muy atractivos, muy exóticos desde nuestro punto de vista, y se hace inevitable la visita a dos “maraes” (altares sagrados): el de Nuupere y el de Umarea. Finalmente, se llega de nuevo a Vaiare donde esperan de nuevo los rápidos catamaranes.

Huahine

Situada a 170 km al noroeste de Tahití. Por su belleza, su riqueza de

monumentos y el importante papel que ha jugado en la historia de la Polinesia merece ser visitada. Fare es la villa principal. Al nordeste está Maeva, construida sobre el lago Fauna, es un verdadero museo al aire libre con numerosos sitios arqueológicos.

Huahine está en realidad formada por dos islas enlazadas por un canal natural que puede ser atravesado a nado cuando hay marea baja. En cualquier caso un puente asegura el paso entre ambas.

Cuenta la leyenda que el dios Hiro al chocar con su piragua sobre Huahine la partió en dos y dio así lugar a Huahine Nui, la grande, coronada por el monte Turi (669 m), y a Huahine Piti, la pequeña, con su monte Puhueri (462 m). Las «Huahines», verdes y accidentadas, albergan magníficas bahías. Y como corresponde a cualquiera de las islas de Polinesia, Huahine está rodeada de un gran arrecife de coral en el que destacan pequeños islotes, los motu.

Hua-Huataaru, «coral partido», nombre del cual procede Huahine, tiene un especial significado para los polinesios, y muchos la escogerían como su isla más amada. Los huahinianos son orgullosos y defienden sus tradiciones y la singularidad de estas tierras coralinas. En Huahine nació el líder nacionalista más carismático de la historia contemporánea de Polinesia, Pouvanaa a Oopa, quien en 1958 llegó a proponer, sin éxito, la independencia de Tahití de la República Francesa.

Cuando en 1818 los primeros misioneros protestantes desembarcaron en Fare, encontraron un pequeño asentamiento de «casas comunales». En dichas casas los indígenas dormían juntos, tumbados sobre esteras (llegaban a ser hasta 60) por temor al poder de los malos espíritus. Los misioneros fueron los artífices de las primeras casas individuales de la zona.

Hoy en día, Fare se ha convertido en la capital de esta isla. Su pintoresco puerto -en donde desde 1830 hacían escala los balleneros en su ruta hacia el norte- y sus calles con poco tráfico, se llenan de animación los días de mercado, que coinciden con la llegada de los «ferrys» de Papeete. Desde Fare parten también las furgonetas («trucks»), que comunican entre sí los distintos rincones de la isla (Parea, Maeva...). A pocos kilómetros, elevado sobre un motu y frente a

la laguna de Fauna Nui se encuentra el aeropuerto, 45 minutos de vuelo enlazan Fare con Tahití, y tan sólo a 20 minutos de Bora Bora.

Maeva ha sido el centro político tradicional de Huahine. Las ocho familias reales de la isla residían entre Maeva y Faie, cerca de sus marae (templos) y de sus viveros, donde el pescado les pertenecía. El fare TOA (casa TOA) o plaza del Consejo, servía de lugar de concentración. Un sistema de defensa protegía los alrededores de Maeva y su acceso por Faie.

El esfuerzo paciente de los misioneros consiguió, en 1820, abrir Maeva a los habitantes de los valles. La elite local se desplazó entonces hacia Fare. Los campesinos que ocuparon los alrededores de Maeva mantuvieron siempre cierta reserva y temor hacia el lugar de culto.

En Maeva se pueden visitar hasta 16 marae restaurados. En la laguna próxima, Fauna Nui, funcionan todavía las antiguas trampas para pescar, construidas en piedra y que han sido restauradas. Al pie de Maeva se eleva la colina de Matairea, con el famoso marae de Matairea-Rahi.

Parea es uno de los poblados más bellos de la isla. Situado frente al motu de Araara, conserva un «paso» para piraguas. Sus casas se levantan sobre pilares y están construidas con muros de bambú y recubiertas de palmas. Tefrerii fue la residencia de la rama de los Marama, que no aceptó ni el control de la isla por los Pomare ni el protectorado francés. Durante el período conflictivo de fin del siglo XIX, jugó el rol de capital insular.

Tanto la costa de Maeva, como la “colina del viento agradable” esto es, Matairea, que protege Maeva, están repletas de marae. Los marae de la costa fueron construidos en su mayoría en el siglo XVI. Cada jefe tenía su propio marae para orar. En la colina de Matairea se encuentra uno de los “maraes” más importantes de las islas Sociedad. Matairea-Rahi, tan sólo desbancado en su fama por el “marae” Taputapuatea de la isla de Raiatea.

Raiatea y Tahaa

Situadas a 192 km al noroeste de Papeete y a 40 km al oeste de

Huahine, Raiatea y Tahaa, “islas hermanas”, están aprisionadas por el mismo anillo y comparten la laguna que se forma en su interior. Cuenta la leyenda que en sus orígenes Raiatea y Tahaa constituían una sola isla. En aquel entonces una anguila gigante engulló a una muchacha. Poseída por el espíritu de la joven, la anguila empezó a hundirse con furia en la tierra. Pero el mar tiró de ella con tal fuerza que la partió en dos. Así nacieron las islas.

Raiatea y Tahaa poseen una orografía accidentada y un litoral recortado por profundas bahías, con lo cual el acceso a las mismas o la circulación en el interior no resulta en ocasiones tan sencilla.

Raiatea es la isla más grande de Sotavento. En una superficie de 190 km cuadrados se distribuyen sus habitantes, existiendo un punto de concentración importante en la capital, Uturoa. La isla está flanqueada por numerosos motu, algunos de los cuales son de propiedad privada. El arrecife de coral que la rodea presenta varios pasos navegables. Asimismo en Raiatea se encuentra el único río navegable, Pa Faaroa, de toda la Polinesia francesa. También son características de Raiatea sus rías -Rías Faaroa, Opea, Faatemu...-, en las que el mar penetra varios kilómetros hasta alcanzar los ríos. El interior de la isla es abrupto -dos sistemas montañosos la atraviesan de norte a sur, desde la meseta de Temehani hasta los montes Tepaturahi (945 m) y Tefatoaiti (1017 m) y otro transversalmente dirección suroeste-noreste. La isla es en realidad un volcán apagado hace unos dos millones de años. Los ríos de lava de antaño han dado lugar a profundos barrancos. La vegetación en los valles es exuberante, siéndolo menos según nos acercamos a las alturas. Raiatea es una isla fértil: los productos principales son la vainilla y la copra. Por otro lado su laguna es rica en frutos del mar y los científicos tratan de desarrollar la ostricultura en Utoroa.

Raiatea, cuyo nombre en tahitiano significa «cielo raso», podría haber sido la primera isla del archipiélago de la Sociedad en ser habitada por los maoríes. Parece ser que desde Raiatea los maoríes se desplazaron a otras islas del Pacífico. La tradición literaria da testimonio de ello y confiere a Raiatea un carácter sagrado. Encontramos además abundantes maraes entre ellos el de Taputapuatea, el más renombrado de las islas Sociedad. El ari'i de Raiatea regaló al jefe de Tahití el umete

que más tarde pasaría a manos de Máximo Rodríguez.

Tahaa está a 20 minutos en barco de Raiatea. Dignos de visitar son el marae sagrado de Taputapuatea donde el culto al dios Oro tuvo en esta isla su epicentro y las excursiones a los montes Temehani, donde florece la flor tiare apetahi, y el Tapioi, desde donde se divisa una impresionante panorámica de las islas de Sotavento. Sin olvidar los fondos marinos muy ricos en todo tipo de corales y peces tropicales. Tahaa es la isla donde la vainilla aparece en todo su esplendor. Es una isla pintoresca por sus sitios naturales con varios restos arqueológicos.

Tahaa comparte con su isla hermana muchas cosas. Por ejemplo sus hondas bahías -Apu, Haamene y Hurepiti-, que no tienen nada que envidiar a las de Raiatea. En el interior de las bahías se alzan pequeños poblados, entre los que destacan los de Patio y Tiva. La isla vive de la pesca y un poco de ostricultura. También dedica parte del suelo a cultivos como la copra, la vainilla y las sandías. Los habitantes de Tahaa van con sus mercancías a Uturoa, a donde también acuden con productos artesanos, objetos trenzados de palma o esculturas en madera (esta artesanía se trabaja asimismo en Raiatea).

En el aspecto religioso Tahaa destaca por tener numerosos seguidores de la religión tahitiana tradicional. Históricamente Tahaa ha dado poco que hablar, pues ha vivido casi siempre a la sombra de Raiatea. El antiguo nombre de Tahaa, Upori, desvela que esta isla, fue habitada por maoríes, al igual que sucedió en Raiatea.

Hace poco ha podido ser verificada una de las historias fantásticas que circulaban en la isla: En 1863, un barco chileno que reclutaba mano de obra esclava, naufragó cerca de las costas de Tiva. Antes de llegar los servicios de socorro, varios miembros de la tripulación desaparecieron. Los escapados se refugiaron en el pueblo y acabaron casándose con las lugareñas. Se convirtieron así en los antepasados de los «Fetii Paniora» de Tahaa, «el clan español». Hoy sus descendientes viven en Tiva y son renombrados por su belleza.

Bora-Bora

Es, sin duda alguna, la isla más famosa del mundo, la isla que todo el mundo sueña con visitarla y disfrutarla. Es una isla mítica, la más espectacular de las islas de la Sociedad. Su silueta, claramente diferenciable por su cono basáltico, que emerge desafiante, su maravillosa laguna y su exuberante vegetación, es reproducida en maravillosos pósters y calendarios suscitando el deseo de conocerla y vivirla.



Atardecer en el lagoon de la isla de Bora Bora

La isla fue descubierta por el holandés Roggeveen en 1722, más tarde pasaron por la misma el mítico Cook y el español Domingo de Bonechea, que ignorante de que hubiera sido ya descubierta la bautizó el 10 de enero de 1775 como “Isla de San Pedro”. Cook la llamaba Bola-Bola. Lo cierto es que los Tahitianos pronuncian la “p” y no la “b”. Es “tapú” y es Pora-Pora, para que nos entiendan. Confusión fácil de comprender sabiendo que las consonantes polinesias son ocho solamente (f, h, m, n, p, r, t, v). Eso sí, las vocales cinco.

La isla fue elegida para rodar en 1931 un film mítico, “Tabú”, con indígenas de la isla a las órdenes del famoso director del cine F.W. Murnau y el documentalista, Robert Flaherty. Durante el rodaje surgieron desavenencias entre ambos directores, por lo que finalmente fue Murnau quien lo finalizó. Sin embargo, no pudo acudir al estreno de su película el 1 de agosto de 1931, ya que moría el 11 de marzo, víctima de un accidente de circulación en Los Ángeles. Fue enterrado en Berlín y a su

funeral sólo acudieron once personas, entre ellos: Robert Flaherty, Emil Jannings, Greta Garbo y Fritz Lang que pronunció unas palabras durante su entierro. El estreno del film supuso para muchos el descubrimiento de un paraíso en la Tierra, aunque fuera censurado en Estados Unidos, ya que en él, las nativas mostraban sus pechos como era costumbre en la isla. Años más tarde, otro acontecimiento esta vez bélico colocaría a la isla como uno de los mitos soñados por los estadounidenses, Hawai aparte. Quizás el lector habrá podido comprobar que, en varios filmes estadounidenses algún personaje tiene la fijación de “ir a Bora Bora”, escapar a Bora Bora. ¿Por qué Bora Bora precisamente? Ciertamente es una de las islas más bellas del mundo, pero debe su fama a la II Guerra Mundial, cuando Estados Unidos en la guerra del Pacífico, tras el desastre de Pearl Harbour acaecido el 7 de diciembre de 1941, contraataca y elige esta isla, en situación estratégica, para suministrar material a los navíos que marchaban camino de otras islas en poder de los japoneses. Estos jamás llegaron a atacar la isla, a pesar de que se diga que algún submarino estuvo rondando por los alrededores. Es pura leyenda. Pero lo que sí es cierto es que ya en diciembre de 1941 desembarcaron en la isla, ante los ojos asombrados de los polinesios, cinco mil marineros, convenientemente rasurados, cosa que despertó la hilaridad de los atónitos polinesios. Aseguran que en la isla había cien mujeres y tres homosexuales. Se fueron, cuatro años después, arrojando a la laguna todo el material bélico que de nada había servido, y también 80 niños rubios, que ahora se han constituido en Federación para reclamar legalmente sus derechos a sus padres, que viven en los Estados Unidos. Las bodas estaban prohibidas.

Durante muchos años muchos veteranos soldados iban a Bora Bora a contar in situ su “batallita” a sus hijos y quizás luego a sus nietos. Pero los veteranos han ido muriendo y algunos nietos han olvidado las batallitas. Resultado: ya son muy pocos los norteamericanos que llegan a la isla en busca de vestigios de “guerra”. Los “cañones de Bora Bora” eran muy famosos y lugar obligado de visita. Eran 8 grandes cañones y dos baterías antiaéreas. Algunos cañones todavía son de fácil acceso pero otros están ocultos por la maleza y se encuentran en terrenos privados. Con la ayuda de dos guías y el permiso necesario, llegué hasta los cañones ocultos y conseguí unas fotografías. También “descubrí” los

bunker en que hacían guardia los centinelas y las chimeneas de los respiraderos. Ya nadie parece acordarse de aquella guerra ni de aquellos niños, ahora unos hombres adultos que quieren conocer a su papá... Pero los estadounidenses no dejaron sólo niños rubios de recuerdo. También construyeron un magnífico aeropuerto en uno de los “motu” (islotes coralinos) que circundan la isla y que ahora sirve, empequeñecido, de pista para los vuelos comerciales. Fue el primer aeropuerto de toda la Polinesia y hasta 1961 no se construiría el de Faaa, en Papeete, que enlaza con el de Bora-Bora en la actualidad.

La llegada en avión a la isla es espectacular. La pista de aterrizaje, situada en uno de los “motu” que la circundan obliga luego a los pasajeros a embarcarse en canoas rumbo a sus diferentes hoteles de destino. Probablemente, el destino más usual sea la capital, Vaitape, punto de salida de las excursiones por la isla que tiene una carretera de 32 km. Excursión obligadísima para admirar todos los rincones.

Partiendo desde la plaza principal de Vaitape, la ruta conduce a Farepiti, cuya punta corona la bahía de Faanui. En este pueblo vivía la familia reinante de la isla. Se encuentran varios “marae”. Luego, llega la parte menos atractiva de la isla.

Sobrepasados los viejos muelles de la antigua base naval USA, se llega hasta la punta sur de Matira, la más turística, atravesando antes el pueblo de Anau. Magníficas playas y preciosas vistas de la laguna, y para los más animados, caminata para contemplar los cañones instalados durante la II Guerra Mundial. Luego, la majestuosa bahía de Pouvai, con una vista impresionante. Ningún kilómetro tiene desperdicio. Obligada una excursión en 4x4 a la montaña, aunque también se puede sobrevolar la isla en helicóptero.

Tetiaroa

A 40 kilómetros y a escasos minutos en avioneta de Papeete está la isla de Tetiaroa. Es el único atolón que existe en las llamadas islas de Barlovento. Su arrecife de coral es prácticamente inabordable y por eso los barcos “boniteros” que llegan a la isla, lo tienen que hacer a través de una pequeña entrada excavada en el arrecife. De este atolón emergen

trece islotes o motu, de los cuales sólo uno, Tiaraunu, está habitado. Algunos de sus motus albergan las colonias de pájaros marinos más importantes del Pacífico, tanto por su cantidad, como por su variedad. Uno de los “motus” más visitados es el llamado significativamente “la isla de los pájaros”. La laguna que baña el atolón también esconde riquezas marinas.

Pero los turistas lo que pretendían hace unos años era hablar con la dueña del hotel, que no era otra que Tarita, la bella nativa que se casó con Marlon Brando, tras el rodaje de la película “Rebelión a bordo”. El gobierno tahitiano les concedió la isla por 99 años y la pareja construyó un hotel, que se puso muy de moda. Pero tras el fallecimiento de Marlon Brando en el año 2004, la viuda abandonó el hotel y la isla, trasladándose a Los Ángeles, donde escribió una biografía que levantó muchas ampollas. Anteriormente la isla había pertenecido al doctor Williams, el único dentista de Papeete durante décadas. Fue Pomare I quien en 1904 regaló Tetiaroa a este doctor, en agradecimiento por haberle curado un terrible dolor de muelas.

En la actualidad, la cadena hotelera Intercontinental está construyendo un hotel ecológico y exclusivo.

Maupiti

Se encuentra a cuarenta kilómetros de Bora Bora y desde la cual se divisa cuando no hay bruma. Tiene un pequeño aeródromo.

Maupiti, con sus 25 km cuadrados, es la isla más pequeña de Sotavento. 315 km la separan de Tahití y apenas 40 de Bora Bora. Ha sido la isla olvidada de la Polinesia. Su relativa lejanía de Papeete y un acceso difícil por mar -el único paso que rompe el arrecife está sometido a fuertes corrientes-, hacen que la isla quede con frecuencia fuera de los circuitos turísticos. Sin embargo, actualmente, Maupiti es una isla de moda.

Los restos arqueológicos hallados en Maupiti testimonian que la isla ha estado habitada desde tiempos lejanos. En el motu Paeao, al norte de Maupiti, fueron descubiertos un conjunto de sepulturas datadas entre

850 y 885 d.C. En su interior se encontraron azuelas, anzuelos y cebos, insignias hechas con dientes de cachalote... hallazgos que podrían tener relación con los materiales encontrados en la excavación de Waiarau en Nueva Zelanda, y que contribuyen una vez más a reconstruir los movimientos migratorios en la antigüedad por los Mares del Sur.

Si célebre es Maupiti por estos hallazgos, no lo es menos por la simpatía de sus gentes. Todos cuantos visitan la isla coinciden en destacar la hospitalidad y gentileza de los habitantes. Al tratarse de una isla pequeña, es fácil establecer contacto con los lugareños, quienes conservan además muchas tradiciones. Una de las más curiosas es la de dejar toda la noche las luces encendidas para ahuyentar a los malos espíritus, los «tupapau».

Otra tradición que se recuerda en ocasiones en Maupiti es la de la «pesca real», también conocida como «pesca a la piedra o a la guirnalda». Esta forma de pescar era practicada en distintas islas del archipiélago de la Sociedad cuando se recibían las visitas de personajes ilustres. Para su ejecución, a orillas de la laguna, era necesaria la movilización de todo el poblado. Provistos de una inmensa red hecha de palmas y sujetando cada pescador una piedra atada a una cuerda, se trataba de golpear cadenciosamente el agua con el fin de aturdir a los peces y concentrarlos en el espacio delimitado por la red. La operación la iniciaban los piragüistas remando desde lo hondo de la laguna al tiempo que otros golpeaban el agua para arrastrar al mayor número de peces hacia la orilla donde eran aprisionados. La laguna de Maupiti, al ser poco profunda, se prestaba muy bien a este tipo de pesca.

Y, además de pescar, en Maupiti se cultivaba el taro, el ñame, la mandioca, bananas; se preparaba la copra y se trabajaba el burí. Desde hace unos años se ha introducido el cultivo de sandías y melones en los grandes motu para su exportación. El aeródromo, situado en el motu Tuanai, ha favorecido estas exportaciones.

La vuelta a la isla se puede hacer caminando en dos o tres horas. Siguiendo la carretera costera (9,6 km) atravesaremos los dos poblados de la isla, Vaiea y Farauru, nos acercaremos a los numerosos marae del norte y nos dejaremos seducir por las maravillosas playas de arenas blancas en el este. También es aconsejable una visita a alguno de los

grandes motu que circundan la isla.

Maupití posee bellas piedras grises, las traquitas (de origen volcánico) que sirvieron en el pasado para dar forma a los «penu», esos morteros y platos utilizados para amasar la pasta del fruto del árbol del pan.

Fue en esta isla, que los nativos denominaban Maurua, donde Máximo Rodríguez tuvo conocimiento de la existencia de una “batea de piedra negra”, que estaba en poder del ari'i Tu y que fue construida en esta isla para el jefe de Raiatea. (Ver “Grandes mitos: Máximo Rodríguez y el umete de piedra”).

Archipiélago de las Tuamotu

Está integrado por 76 islas con una superficie total de 900 km cuadrados esparcidas en más de 20.000 km de mar. La mayoría son atolones e islas volcánicas.

Los primeros europeos que conocieron estas islas fueron los españoles cuando atravesaron el océano Pacífico. El año 1591 Fernando de Magallanes, el portugués al servicio de la Corona de España, descubrió Fakahina. Cinco años más tarde, la carabela “San Lesmes”, integrada en la desdichada expedición de García Jofre de Loaisa, llegaba a Amanu, y en 1606, otro portugués al servicio de los españoles, Quirós, descubría Hao. Esta última isla junto a otras dos, Moruroa y Fangataufa, constituyen en la actualidad tres “islas-tabú” de recuerdo políticamente incorrecto por las pruebas nucleares que, desgraciadamente, el Gobierno francés llevó a cabo en ellas en las últimas décadas del siglo pasado. En 1996 se terminó por dismantelar la base militar de Hao, último reducto del Quinto Regimiento del Pacífico, ya disuelto también.

Tras los españoles fueron llegando holandeses, británicos y, por supuesto, franceses quienes incorporaron el archipiélago a sus dominios.

A las Tuamotu llegó en 1947 la famosa expedición de la balsa Kon-Tiki, comandada por Thor Heyerdahl. Exactamente a la isla de Puka-Puka, tras avistar antes Raroia. Trataba de demostrar que la cultura polinesia podía provenir de Iberoamérica. No lo consiguió. Años más tarde, en 1988, repetiría la misma hazaña el aventurero español, Kitín Muñoz.

En la actualidad los turistas visitan de este archipiélago cuatro islas, las cuatro muy bien equipadas para recibirles: Rangiroa, Manihi, Fakarawa y Tike-Hau.

Las cuatro responden a esos mitos que los folletos turísticos describen a base de tópicos repetidos hasta la saciedad: interminables playas de arena blanca o rosada, transparentes aguas color turquesa, vegetación

lujuriosa... Todo ello es cierto, pero como bien señala la escritora Annie Baert, afincada en Papeete: “Es en el fondo un cuadro mítico bastante alejado de la realidad porque la vida allí es dura y marcada por la precariedad: las perlas no crecen solas, hay que criarlas y cuidarlas porque están expuestas al ataque de enfermedades y virus no conocidos; como en todas partes, los pescados no saltan solos al plato y el mar se los hace pagar a los pescadores, y las playas pueden convertirse en auténticos infiernos cuando asoma un temporal, por no hablar de ciclones”.

Rangiroa

Rangiroa es el atolón más grande de la Polinesia con 230 km de circunferencia. De tal manera, que la vista no abarca el otro lado. Tiene ochenta kilómetros de largo por treinta y cinco de ancho y podría contener la isla entera de Tahiti. Situada a 350 km al noroeste de la misma, solamente cuando se llega en avión, se puede comprender la magnitud del segundo atolón más grande del mundo.

Rangiroa se hizo famosa por la película titulada “El lago azul” y los documentales rodados por el comandante Cousteau.

“El lago azul” se estrenó en 1980 y la interpretaba unos jovencísimos Brook Shields y Christopher Atkins. A muchos cautivó la edulcorada historia de aquellos dos robinsones que descubrían el amor sin más testigos que los enormes cangrejos que pululaban y pululan por las playas. Tuvo tal éxito que once años más tarde se rodó un mediocre remake. Fue entonces cuando se puso de moda la oferta de “abandonar” a una pareja de turistas durante varios días en el lugar del rodaje, con víveres, una nevera y un inodoro oculto entre la maleza.

Causó tal estrago esta modalidad que cientos de “motus” -como se llaman aquí a los islotes- se convirtieron en lugares escogidos para vivir unas idílicas jornadas amorosas.

En los años 80, del siglo pasado, sólo aterrizaban en su pequeño aeropuerto dos minúsculos aviones al día. En el modesto hotelito en el que me instalé –ahora convertido en otro más moderno había un cartel

que decía: “prohibido cruzar la pista cuando se dirija a la playa”. Y es que, en Rangiroa, hay dos playas: la interior y la oceánica, nada recomendable por la fuerza de sus olas. Excepto para los amantes del surfing, claro está. Ahora bien, el buceo es la actividad recreativa que ha transformado a este atolón en uno de los paraísos para los amantes de las bellezas marinas.

Si actualmente hay una población de 3.384 habitantes, en mi primer contacto no llegaban ni al millar. La instalación de un Instituto de enseñanza media para todos los escolares del archipiélago ha ido transformando la vida social y económica. Ahora se trabaja en las granjas de perlas, en la pesca, en la recogida de la copra y de conchas para la fabricación de collares y posterior venta a los turistas.

Pese a su largura, la vida de la población se desarrolla solamente entre los dos “pasos” que permiten el acceso al océano: Tiputa y Avatoru, situadas en los extremos. Recorrer los escasos km que separan Tiputa de Avatoru en bicicleta sigue siendo tan atractivo ahora como cuando yo la conocí por primera vez. También los turistas siguen descubriendo los fondos submarinos a bordo de embarcaciones con fondos de vidrio. No puede eludirse la excursión en lanchas rápidas por el famoso “lago azul”, un auténtico acuario natural con gran diversidad de especies.

Manihi

Situado a 520 km de Papeete, Manihi se ha convertido en una de las islas de moda en Polinesia. Una vez más se nos ofrece el grandioso espectáculo de cielos límpidamente azules, playas de arenas blancas, mares sin fin y lagunas rebosantes de peces coralinos. Pero la verdadera fuente de riqueza de Manihi, que ha hecho de ella una comunidad próspera, es el cultivo de perlas negras. Toda la laguna de la isla se dedica a tal fin. De cien ostras, sólo siete producirán las perlas deseadas.

Los habitantes de Manihi se concentran en dos largas «calles» con suelo de arena y casas encaladas. Los manihinianos presumen de sus casas por sus bonitas fachadas y los patios decorados con flores,

arbustos y conchas. Todas las viviendas están rodeadas con muros de piedra para alejar a las bandas de perros famélicos que merodean en los poblados de Polinesia. El orgullo de Manihi es un enorme árbol que preside la plaza del pueblo en la que los viejos se reúnen a charlar.

Fakarava

Este atolón es el segundo de la Polinesia francesa por su tamaño, después del de Rangiroa. Actualmente es un atolón protegido que forma parte de una reserva de la biosfera clasificada por la UNESCO.

Situada a 450 km de Papeete, el avión tarda una hora y diez minutos en realizar el vuelo hasta la isla, considerada la meca del buceo. Al igual que Rangiroa, tiene dos “pasos”: el paso norte de Garuae es el más grande de la Polinesia, pues tiene 800 metros de anchura y permite la observación de grandes peces en buceo a la deriva. También los macizos coralinos son de excepcional calidad, especialmente en el “paso sur” de Tumakohua. Es éste lugar de refugio de los famosos tiburones grises de arrecife conocidos como “rairas”, de rayas y delfines tursiops.

Cuando volví a Fakarava en 1998, tuve especial curiosidad en acudir a la iglesia católica construida en coral en 1874. Ya no estaba al frente de su parroquia mi amigo el sacerdote Patrick Cayre, que en los tiempos del prepotente Gaston Floss fue víctima del mismo por oponerse a los desmanes cometidos en la construcción del hotel que ahora se yergue en Rotoava a orillas de la laguna.

El padre Patrick fue “desterrado” a Roma, donde se doctoró en Derecho Canónico tras dos años de estudio. Tuve ocasión de saludarlo en la Ciudad Eterna y posteriormente la dicha de volverlo a ver en Papeete, ejerciendo su labor pastoral. Pero, en 1997, de nuevo abandonó Tahití por disensiones al parecer con las autoridades eclesásticas. En la actualidad ejerce su apostolado en unos pueblecitos perdidos de los Alpes franceses.

Tike-Hau

Quizás sea Tike-Hau el atolón más tranquilo de toda la Polinesia. Muy

cercano a Rangiroa, pues tan sólo le separa una decena de km, Tike-Hau semeja a una inmensa piscina natural -26 km de diámetro- con su casi circular laguna azul y sus playas de arena rosa.

Tienen fama sus aguas de contar con los más abundantes bancos de peces del mundo.

Aquí, la industria perlífera no se ha desarrollado como en otras islas. Un solo paso, denominado “Tuheiava”, permite acceder a su laguna, que alberga unos soberbios islotes donde habitan colonias de pájaros multicolores.

Otra de las grandes atracciones de Tike-Hau es el buceo. El inevitable comandante Cousteau, en el año 1987, declaró a su laguna como el “mayor banco piscícola de la Polinesia Francesa”.

Pero no solamente de peces viven los “paumotu”, es decir, los habitantes de las Tuamotu. Los cocoteros surgen espléndidos y la industria de la copra ha jugado desde siempre un papel fundamental en la economía de la isla... hasta que recientemente han construido un maravilloso hotel de lujo y algunos han dejado de trepar por los cocoteros y son ahora camareros.

Archipiélago de las Marquesas

El archipiélago polinesio más próximo al Ecuador se localiza entre los 7' y 10' de latitud sur y los 138' y 141' de longitud oeste, a unos 1500 km de distancia de Tahití. De las 14 islas que emergen del océano sólo seis están habitadas: tres del grupo norte -Nuku Hiva, Ua Pou y Ua Huka- y tres del sur -Hiva Oa, Tahuata y Fatu Hiva. Los marquesanos llamaban a su tierra «Te Henua» que significa «La tierra del hombre». Cuando en 1595 el navegante español Alvaro Mendaña descubrió las islas, las llamó «Marquesas» en honor a la esposa del virrey del Perú, y con este nombre han llegado hasta nosotros. Las primeras islas pobladas de la Polinesia francesa fueron las Marquesas hacia el 300 d.C. y las islas de la Sociedad en torno al 600 d.C. Las Marquesas cubren una superficie total de 1300 km cuadrados y la población global es del orden de 6550 habitantes. Todas las islas tienen un origen volcánico y, salvo Ua Pou, forman parte del mismo conjunto geológico -una larga cadena submarina de 360 km de longitud orientada del noroeste al sudeste.

La naturaleza se exhibe aquí poderosa a través de empinadas montañas, estrechos valles y acantilados que se precipitan sobre el mar. El paisaje es tortuoso y la erosión muy fuerte, tanto en las montañas como en la costa. Las Marquesas no cuentan con la protección de arrecifes y lagunas frente a la fuerte marea del Pacífico. Por esta razón, los habitantes han dependido más para su sustento de los frutos de la tierra que de las riquezas del mar. En cuanto a la climatología decir que las temperaturas son ligeramente más altas y el régimen de lluvias variable, llegando a producirse largos períodos de sequía.

Las numerosas excavaciones efectuadas en las islas desde los años 50 parecen confirmar que los primeros pobladores provenían de Samoa y Tonga, siendo los descubridores del Pacífico Oriental bastantes años antes de la era cristiana. Desde las Marquesas se extendieron al archipiélago de la Sociedad, Mangareva, la lejana isla de Pascua y las islas Hawaii en el norte.

La cultura marquesana presenta algunas variantes con respecto a la de las islas Sociedad. Por ejemplo, en el dialecto conservan ciertos

aspectos fonéticos arcaizantes que han evolucionado en el tahitiano. Respecto a los lugares de culto, los grandes maraes marquesinas se componían de varias terrazas (pae pae) escalonadas en el flanco de una colina. En la terraza principal se practicaban toda clase de sacrificios, incluido el de seres humanos. Se sabe que el canibalismo, bien como sacrificio de carácter público, bien como comida ritual reservada a una pequeña elite, se practicó en las Marquesas hasta el siglo XIX. Oficialmente la última festividad de este género ocurrió en 1879 en Hiva Oa. Por otro lado, y al igual que en Tahití, hay que hacer una diferenciación entre los lugares de culto familiar (llamados aquí Ahu Ikoa) y los maraes comunes a la tribu o «Ahu Henua».

Hoy en día la población de las Marquesas es esencialmente católica en contraste con la mayoría protestante del país.

Nuku Hiva

Cuando llegué a Nuku Hiva, una de las diez islas que componen el archipiélago de las Marquesas, tras cuatro horas de vuelo desde Papeete, la capital de Tahití, me sentí fascinado por lo que vi antes de aterrizar. Nuku Hiva es la isla más importante de las Marquesas y también el centro económico y administrativo del archipiélago. Tiene una superficie de 340 km cuadrados para una población de 2.798 habitantes. Nuku Hiva es una isla muy montañosa y con un litoral accidentado. Debe su configuración a las erupciones de tres volcanes hace millón y medio de años. Del más antiguo de ellos subsiste una cadena montañosa al norte de la isla con alturas entre los 900 y los 1200 metros, figurando los 1224 metros del monte Tekao como cumbre principal. Las laderas escarpadas de las montañas dominan la «Tierra desierta» al noroeste y las grandes bahías del norte. El segundo volcán ha dejado en el centro de la isla una sucesión de montes y colinas '800 metros de altitud media-, separados de los anteriores por la amplia meseta de Toovii. Esta meseta constituye la reserva principal de agua de la isla. Finalmente, los restos del tercer volcán forman un anfiteatro grandioso por encima de Taiohae, la capital.

Numerosos veleros rumbo a Tahití o al continente americano hacen escala en las aguas de Nuku Hiva. Hay playas muy bellas, pero atención

a los “nono”.

Atravesar la isla dirección noroeste-sudeste, esto es, desde el aeródromo situado en la llamada «Tierra Desierta» hasta la capital, Taiohae, puede resultar toda una aventura si pretendemos hacerlo por tierra. El camino es tan tortuoso que lo más práctico y seguro es tomar un ferry desde el mismo aeropuerto y desembarcar en la capital. Afortunadamente Taiohae posee un magnífico puerto natural, con lo que no se nos presentarán más complicaciones.

Dos columnas rocosas que los marinos llaman «Sentinelles» abren paso a un paisaje de verdes montañas, arenas negras y casitas diseminadas. Taiohae recibió durante mucho tiempo la visita de balleneros y militares. Los primeros, porque apreciaban los cachalotes del lugar (Nuku Hiva y Tahití eran dos puntos de destino tradicionales). El aceite obtenido de estos cachalotes era de una gran calidad, así como los dientes de marfil, sin olvidar la abundante carne que proporcionaban. La masacre de cetáceos en menos de cien años ha llevado a la desaparición de varias especies en el Pacífico Sur.

Las Marquesas fueron evangelizadas por misioneros católicos de la orden del Sagrado Corazón. La influencia del catolicismo ha sido grande y sigue vigente hasta nuestros días. En fechas relativamente recientes, allá por 1974, se construyó en Taiohae la catedral llamada, como no podía ser menos, «Notre Dame». Es la iglesia más grande del archipiélago, con magníficos relieves decorando su interior.

A 10 kilómetros al oeste de Taiohae se encuentra la bahía de Hakatea donde muere uno de los tres grandes ríos de la isla. Está dominada por altos acantilados que se prolongan en promontorios rocosos. Penetrando en el interior nos dirigimos hacia el valle de Hakavi, en cuyo seno rompe una impresionante cascada de 340 metros. Es la cascada gigante Ahue, que cae en picado y de un solo salto en una poza medio oculta por la vegetación y las rocas.

La parte central de la isla está ocupada por la fértil meseta de Tovii. Tiene una altura de 800 metros y está rodeada de montañas. En estas tierras el Gobierno ha puesto en marcha un vasto proyecto de explotación. 1500 hectáreas están siendo forestadas reemplazando a la

maleza y 300 hectáreas han sido reservadas cómo pasto para el ganado bovino. De esta forma se pretenden conseguir tres productos que suelen escasear en Polinesia: la madera, la carne, la leche y sus derivados. Entre los montes que rodean Tovii se encuentra el Tekao (1224 m.) y el Muake (864 m.). Desde éste último disfrutaremos de una vista excepcional sobre las bahías de Taiohae y Hatiheu y de los valles en los que se precipitan las cascadas.

Nuku Hiva fue fuente de inspiración para Herman Melville y Robert Louis Stevenson. El primero desertó en 1842 del ballenero en el que viajaba -y de cuya experiencia nació su mejor novela, «Moby Dick»-, para pasar unas semanas en Nuku Hiva. Melville fue a parar a uno de los valles más hermosos de las Marquesas, el de Taipivai, en el interior de la Bahía del Controlador. Este valle fue otrora conocido por el coraje y la ferocidad de sus guerreros. Un sendero nos conduce a los viejos templos llamados «pae pae», custodiados por tikis de fondo rojo y bastante mutilados. En un rincón apartado descubrimos un pozo cuadrado al que eran arrojados los deshechos de los festines, entre ellos los de carne humana. Cuando Melville desembarcó en las costas de Nuku Hiva no se le ocurrió pensar que estas gentes refinadas, tal y como las definió, pudieran ser caníbales. Tuvo que huir al poco tiempo y partió hacia Papeete. Sin embargo, dejó constancia de sus vivencias en el valle de Taipie en una de sus primeras obras, «Typee», publicada en 1846.

En la bahía de Hatiteu, al norte de la isla, hizo escala en 1888 Robert Louis Stevenson, de camino a Tahití. Stevenson, a quien todos recordamos por la célebre «Isla del tesoro», viajaba a bordo de su propio yate. Con toda seguridad debió quedar impresionado ante los grandiosos acantilados de Hatiteu, elevados como agujas de más de 600 metros y con cierto aire de fortificación. Entre las alturas asoma, frágil y misteriosa, una Virgen blanca colocada allí a finales del siglo pasado por ágiles parroquianos.

Es obligada también una visita a las bahías de Anaho, Akapa o a la Tierra Desierta en la punta norte. A Anaho para contemplar sus aguas calmas y con colores de «lagon». Ello es así porque una formación coralina (poco frecuente en las Marquesas) la protege de las mareas. En Akapa descubriremos los vestigios de un «tohua» (plaza) que podía

albergar a varios miles de personas, lo que parece confirmar la importancia de la población de Nuku Hiva en el pasado. Y en la Tierra Desierta contemplaremos con emoción contenida a los caballos salvajes que pastan en libertad.

Hiva Oa

Desde Nuku Hiva a Hiva Oa, los pequeños aviones invierten media hora. Y es que el tamaño del aparato tiene una explicación que la confirmé, cuando llegamos a su pequeño aeródromo que está emplazado en la cima de una montaña, frecuentemente cubierta por nubes. El pequeño avión comenzó a “zangalotear”, como cuenta que le sucedió a Mario Vargas Llosa cuando llegó a la isla atraído por Paul Gauguin y tomaba notas para su libro “El Paraíso en la otra esquina”. Esto ocurrió el año 2003. Aterricé prácticamente con un ejemplar de la novela en la mano, junto a otro precioso libro de fotografías de su hija Morgana. Suponía que serían los primeros ejemplares que llegaban a Hiva-Oa. Así fue. Se los llevaba de regalo a Guy Rauzy, el alcalde. Cuando me presenté ante él no me reconoció. Y es que habían transcurrido siete años largos desde que nos conocimos. Pero sabía que diciéndole “¡Viva Congosto, viva el botillo!”, este santo y seña resultaría infalible. Sonrió y me preguntó por los amigos que tiene en nuestro país. La amistad surgió en un viaje de Madrid a Ponferrada y Congosto, en noviembre de 1995 durante la inauguración del monumento a Mendaña y que culminó con un gran banquete.

Hiva Oa es la isla más grande de las de Sur. Fue descubierta por el navegante español Alvaro de Mendaña en 1595 bautizándola como Dominica. Sus 2.310 habitantes están distribuidos entre la capital Atuona y los valles de Puamau, Eiaone, Nahoe, Hanapaoa y Hanaiapa. Es una isla montañosa.cuyas cumbres más elevadas son: Temetiu (1276 m), Vaiumete (1210 m) y Feani (1126 m).

A veinte minutos de marcha del poblado se encuentra el tohua Pekekua, la tumba de la última reina de las Marquesas, escoltada por dos pequeños tiki. Un poco más lejos y en pleno bosque se halla el marae Oipona, célebre por sus tiki gigantes, el mayor de 2,35 m. Estas figuras aunque más pequeñas que las de la isla de Pascua, y similares a

otras de las islas Australes están relacionadas entre si dentro de la estatuaria polinesia. Según los marquesanos los tiki de Oipona tenían los siguientes nombres: Takaii, el tiki rijo; el tiki sin cabeza, Topoi (la cabeza se halla en el Museo de Berlín); el que tiene la cabeza girada hacia atrás es un tiki femenino, llamado Tetokotokoifenua, diosa de la Tierra y la célebre escultura conocida como Makii Taua Pepe cuyo significado se desconoce. Desgraciadamente han desaparecido varios tiki más pequeños que han sido robados. Otro centro de interés de la isla es Taaoa, a 7 km de Atuona, donde está el marae más grande de la Polinesia Francesa.

La capital, Atuona, se encuentra en la única bahía abrigada de la isla – la “Bahía de las Flechas” y en su perfil sobresale la silueta del monte Temetiu de 1276 m. Con sus más de dos mil habitantes es el segundo núcleo urbano de las Marquesas, por detrás de Taiohae. Se asemeja a cualquier pueblo francés con su gendarmería, su oficina de correos, sus bares y restaurantes, su gran almacén colonial que frecuentaba Gauguin, pues vivía muy cerca, el colegio de monjas, el edificio más sobresaliente de Atuona es el pensionado de jóvenes marquesanas, regentado por las monjas de Saint Joseph de Cluny y el célebre cementerio donde reposan Paul Gauguin y Jacques Brel, muy cerca el uno del otro.

A escasos kilómetros de Atuona encontramos otro lugar cargado de historia: el valle Tahauku, que fue la primera explotación colonial de las islas Marquesas a mitad del siglo XIX. Un avispado inglés, John Hart, compró 800 hectáreas de tierra en el valle cuando aún se batían allí las tribus caníbales. Reclutó trabajadores chinos de los Estados Unidos y mandó plantar algodón, café, cocoteros y limoneros. También crió ovejas y ganado bovino. La propiedad, administrada por la Sociedad Comercial de Oceanía que dirigían unos alemanes, fue confiscada durante la Primera Guerra Mundial. El dominio quedó abandonado hasta su recuperación, mucho después, por la familia Rauzy.

Una visita obligada es Puamau, en la costa nordeste, a dos horas y media en un 4 x 4, pues ofrece una riqueza arqueológica excepcional. A veinte minutos de marcha del poblado se encuentra la tumba de la que fue última reina de las islas Marquesas, Vahinetitoiani, en un sarcófago

de piedra escoltado por una pareja de tikis, Manu y Paulo. Curiosamente la reina se hizo enterrar con su querida bicicleta, regalo del Gobierno francés.

Tahuata

Desde Hiva Oa, alquilando un barco bonitero, se puede llevar a cabo una visita a la isla de Tahuata, separada de la anterior por el canal Bordelais, de 3 a 5 km de ancho. El volcán que dio origen a la isla ha desaparecido parcialmente bajo las aguas, quedando al descubierto unas tierras montañosas sólo accesibles por barco. Tampoco se puede llegar desde el interior a muchas de las bellas playas de arenas frecuentadas por algún que otro yate.

Fue descubierta y visitada por la expedición de Álvaro de Mendaña, quien la bautizó como Santa Cristina. Cuando la visité el año 1997, tuve ocasión de saludar a Tetahi, otro alcalde que también estuvo en Congosto y que ya se había jubilado. De nuevo pronuncié el grito berciano y se emocionó muchísimo. Al despedirnos se empeñó en regalarme ristras de plátanos dulces cocidos para sus amigos españoles. He sabido que ha muerto recientemente.

La población, de 706 habitantes, se concentra principalmente en la capital Vaitahu y en Motopu, a orillas del canal. La especialidad de Tahuata es la fabricación del monoi (aceite vegetal): monoi de sándalo para aliviar los dolores, monoi de flores y plantas aromáticas para el cuidado del cabello y del cuerpo, etc.

En Vaitahu conviene visitar la iglesia de bellas vidrieras y el pequeño Museo que contiene además de piezas etnológicas una placa conmemorativa de la presencia española en esa isla, donada por una Delegación española que participó en los Actos del IV Centenario del descubrimiento de las Marquesas (1595-1995). Otros lugares de interés es la villa de Hapatoni, que tiene un pequeño monumento en memoria de Etienne Marchand, y el valle de Hanatehau donde existen importantes petroglifos.

A pesar de su reducido tamaño y aislamiento, en Tahuata han

acontecido interesantes episodios históricos, como el de la celebración de la primera misa católica de Polinesia. Esta tuvo lugar en 1595 ordenada por el navegante español Mendaña al descubrir la isla. Dos siglos después, en 1797, los pastores protestantes de la «London Missionary Society» protagonizaron un divertido incidente: al desembarcar en Tahuata fueron recibidos con honores y nombrados guardianes del fuego del rey», ignorando que tal cargo incluía la obligación de satisfacer los deseos de la reina en ausencia de su esposo. Sus negativas a punto estuvieron de costarles la vida y tuvieron que partir.

En 1838 se conocieron el almirante francés Dupetit-Thouars y el viejo jefe de Tahuata, Lotete. Este personaje, que lucía unos soberbios tatuajes en su cuerpo, quedó admirado ante los vistosos uniformes y la buena comida de a bordo. Tanto fue así que aceptó firmar un acuerdo reconociendo la soberanía de Francia sobre su tierra. Los franceses se instalaron en una colina en donde apostaron una guarnición. Pero al cabo de un tiempo las circunstancias adversas (enfermedades desconocidas, incomprensión mutua) llevaron a Lotete a romper el acuerdo. Y todo acabó en un baño de sangre. Una modesta placa frente al mar evoca la memoria del comandante Halley y sus hombres, caídos en septiembre de 1842.

Fatu Hiva

Desde Hiva Oa parten las embarcaciones camino de Fatu-Hiva. Al avistar la isla experimenté una gran emoción. No tanta, obviamente, como la que seguramente sintieron el berciano Álvaro de Mendaña y su gente. Era tan maravilloso su paisaje, que creyeron que era la tierra prometida por Mendaña, es decir, las islas Salomón. Pero cuando el mismo Mendaña observó a los indígenas, que se acercaban en sus piraguas, se percató de que se había equivocado. El encuentro de las civilizaciones no acabó en un abrazo. Más bien en un cruel enfrentamiento. El escritor británico, Peter Graves lo cuenta muy bien en su libro, “Las islas de la imprudencia”. Álvaro de Mendaña decidió abandonar la isla y dirigirse a una muy cercana Tahuata.



Bahía de las Vírgenes. Fatu Hiva. Islas Marquesas

Situada en el sureste del archipiélago, Fatu Hiva es la isla más meridional de las Marquesas, y también la más húmeda debido a los vientos alisios. Los 80 km cuadrados de Fatu Hiva están cubiertos de una espesa vegetación y la población de 629 habitantes se concentra en la capital, Omoa y en la célebre «Bahía de las Vírgenes» de Hanavave. El origen volcánico de la isla se remonta a más de 6 millones de años; la caldera del antiguo volcán reposa bajo las aguas de la bahía de Omoa. El punto más alto de la isla era popular entre los balleneros hacia la mitad del siglo XIX por quedar lejos de la vigilancia de las autoridades.

Fatu Hiva es la única isla en la que se fabrica la «tapa» (vestimenta tradicional) a partir de la corteza del árbol del pan u otros. En la época precolonial se utilizaban estas grandes piezas como vestido, tal cual o teñidos en rojo y amarillo. Actualmente las mujeres de Omoa pintan en los «tapa» motivos decorativos de su propia cosecha o tomados de documentos antiguos, como los tatuajes. Fatu Hiva era célebre por sus tatuadores y existía la costumbre de enterrar a los muertos ilustres completamente tatuados.

Otros artesanos, que no faltan en ningún rincón de las Marquesas, son los talladores de madera. En las tiendas de Omoa se venden sus grandes tikis. También se vende el «monoi» (aceite) de sándalo, tiare o espinacardo mezclado con piña.

En la bahía de Omoa hay un monolito con dos placas

conmemorativas, una de ellas española, recordando a los marinos españoles que navegaron por el Mar de Sur, colocadas en 1995 durante la celebración de los Actos del IV Centenario, lo mismo que en Tahutata. Hay interesantes restos arqueológicos en la bahía de las Vírgenes en el valle de Hanavave. Es la isla de los artesanos del tapa, vestimenta tradicional antigua que se hacía a partir de la corteza de árbol, y hay también buenos talladores en madera así como excelentes tatuadores.

Ua Pou

Quienes dispongan de tiempo y quieran conocer todas las islas del sur de Las Marquesas, pueden subir a un helicóptero en el pequeño aeropuerto de Nuka Hiva que se les trasladará a dos pequeñas islas: Ua Pou y Ua Huka.

Se halla a 30 km al Sur de Nuku Hiva y a 100 km de Hiva Oa. Tiene cuatro picos que se ven desde la lejanía, son Oave (1232 m), Pan de Azúcar (988 m), Pumaka (955 m) y Poutoko (846 m). La isla según los datos de las prospecciones estratigráficas estuvo poblada desde el año 150 a.C. La mayoría de la población actual, 2.246 habitantes, reside en Hakahau, donde se construyó la primera iglesia en piedra de las islas Marquesas en 1859. En su interior los artesanos locales han tallado un magnífico altar de madera sobre la base de un tronco, que representa la proa de un barco que arrastra una red llena de peces recordando la “pesca milagrosa” de Cristo. A veinte minutos de marcha al oeste de Hakahau se encuentra el valle de Hakahetau, famoso por su producción de copra, pero lo ideal es hacer una excursión en barco y ver desde el mar los impresionantes “pilares” y acantilados que bordean la isla. Ua Pou significa ‘pilares’.

Ua Huka

Con sus 77 km cuadrados, es la isla más pequeña del archipiélago. Situada a 40 km al este de Nuku Hiva, tiene una población de 557 habitantes que residen la mayoría en Vaipae, donde está la alcaldía, correos y un interesante Museo de Arqueología que muestra importantes objetos antiguos y reproducciones de piezas realizadas por artistas

locales. En el valle de Hane hay restos arqueológicos de los primitivos pobladores y donde se pueden contemplar tres hermosos tiki.

Grandes mitos

En el prólogo y en los itinerarios por las diversas islas descritos en el presente libro, se hace alusión a personajes y acontecimientos históricos que con el tiempo convirtieron a Tahití y sus islas en un “MITO”. A continuación, relatamos los más significativos en riguroso orden cronológico.

El “Lago Español”

los primeros europeos que tuvieron contacto con los habitantes de las islas polinesias fueron los españoles. Así relata Herrera el descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa del Océano Pacífico, también llamado “Mar del Sur”: “Finalmente, llegaron a la cumbre de las más altas sierras, el 25 de Septiembre de 1513, de donde la mar se parecía; y un poco antes que Vasco Núñez a la cumbre llegase, le avisaron los indios de Querequé cómo estaba muy cerca; mandó que todos allí hiciesen alto. Subió sólo y visto la Mar del Sur se hincó de rodillas y alzando las manos al Cielo dio grandes alabanzas a Dios por la merced tan grande que le había hecho, en que fuese el primero que la descubriese y viese”.



Salida de la expedición de Jofre de Loaysa del puerto de A Coruña. Autor: Pablo de Uranga (1922). Diputación de Guipúzcoa. San Sebastián.

Trescientos ochenta y seis años después España arriaba su bandera, la última bandera clavada en el Pacífico, el 14 de junio de 1899. Por 25.000.000 de pesetas cedió al imperio alemán las islas Marianas, menos Guam, que se la quedó Estados Unidos y más al Sur hacía lo mismo con las Carolinas y las Palao. El abandono del Pacífico fue denunciado por el historiador Joaquín Costa, y lo reprochó a los políticos con una frase lapidaria: “No tienen valor ni para soñar”.

El tratado de Tordesillas de 1494 delimitó las zonas de expansión de España y Portugal en la llamada “línea de demarcación”. La ciudad de Tordesillas se encuentra en la provincia de Valladolid, España -a 201 kilómetros de la frontera hispano-lusa-. Fue el lugar elegido por el mediador el Papa Julio II que ratificó el acuerdo el año 1506 en un palacio que hoy día se muestra a los visitantes y lleva el nombre de “Palacio del acuerdo”. En la actualidad, la localidad es tristemente famosa por la celebración de la fiesta El Toro de La Vega, que cada año encuentra una mayor oposición de los grupos defensores de los animales y de la sociedad en general. Con la firma de este Tratado las naves españolas tenían que navegar obligatoriamente hacia el poniente para alcanzar las islas de las especias, conocidas por el Maluco o las islas Molucas, visitadas en 1512 por marinos portugueses en viaje desde la India. España optó por buscar una nueva vía.



Placa conmemorativa en el atrio de la iglesia Maria No Te Hau, Tautira (Isla de Tahití).

Una expedición castellana comandada por Díaz de Solís partió en 1515 desde el puerto de Sanlúcar en busca de un paso por mar que permitiese continuar rumbo a poniente para llegar al Maluco, pero fracasó al ser atacada por los indios guaraníes en el río de la Plata.

En 1518, el portugués Hernando de Magallanes, que antes había estado en Sumatra, obtuvo de Carlos I de España la autorización de llevar naves españolas a las Molucas por occidente. La expedición

estaba compuesta de cinco naves con una tripulación de 240 hombres. Zarpó de Sevilla el 10 de agosto de 1519 y renovaron provisiones en la islas Canarias, siguiendo rumbo a Brasil por la ruta de Solís, hasta el río de la Plata. Después de muchas penalidades, el 27 de noviembre de 1520 sólo tres naves lograron pasar el estrecho que bautizaron como Todos los Santos, pero al que los historiadores han dado el nombre del capitán de la expedición en recuerdo de su hazaña y que todo el mundo conoce hoy como “Estrecho de Magallanes”.

Separándose de la costa chilena y continuando rumbo noroeste, navegaron por los archipiélagos polinesios de las Tuamotu y Sociedad, descubriendo algunas de sus islas. Una vez pasada la línea ecuatorial y en dirección norte ven nuevas islas del archipiélago actual de las Marianas, que bautizaron de las Velas Latinas, por las velas triangulares de las piraguas que usaban los indígenas o de los Ladrones, por el robo continuo de los isleños en las naos magallánicas. Allí vieron también la forma de guerrear de los naturales que les arrojaban piedras y “varas tostadas”, refiriéndose a las lanzas. Continuaron viaje a Filipinas, donde murió Magallanes en la isla de Mactán, sucediéndole como capitán de la expedición Juan Sebastián Elcano, quien fue el que finalizó la primera vuelta al mundo. De los 240 hombres que comenzaron aquella expedición sólo regresaron 18 tripulantes.

Abierta esta ruta la corona española envía nuevas expediciones al Pacífico. Las primeras partieron directamente desde España, pero las siguientes, la mayoría, zarparon desde puertos americanos. A la de Magallanes-Elcano le siguió la de Jofre de Loaísa en 1525, quien con una flota de siete naves partió de La Coruña. Únicamente cuatro de ellas lograron pasar el Estrecho de Magallanes. Dos, después de atravesar el océano Pacífico, llegaron a las Molucas y a la isla filipina de Mindanao, respectivamente. Otra, arribó en julio de 1526 a las costas mexicanas de Macatbán y la carabela San Lesmes se dio por perdida.

Una vez descubierto el Pacífico por vía terrestre (Panamá) y marítima (Estrecho de Magallanes), viene la proyección hacia esta nueva zona, que tiene como núcleos principales en América, el territorio de América Central y poco después Perú.

La expansión en dirección a las Molucas pasaba a su vez por los

archipiélagos de las Carolinas, Marianas, Palaos y Filipinas. Hernán Cortés, con visión geopolítica, extiende el dominio español por mar y tierra hacia el Perú, centro principal para futuras expediciones a islas del Pacífico. Surgen los primeros problemas con las naos que parten del virreinato de Nueva España en el tornaviaje, incluyendo también los ataques de los piratas ingleses que atraviesan el Estrecho de Magallanes, poniendo en peligro las incipientes colonias de las costas sudamericanas.

Perú es el virreinato que toma el mando de las expediciones a las islas situadas al poniente. Por la documentación del siglo XVI sabemos que los indígenas peruanos notificaron a los españoles la existencia de unas islas en pleno Océano Pacífico, cuyos naturales llegaban a las costas de Arica en dos meses de navegación, y que en aquellas tierras la fantasía indiana decía que estaban habitadas por gente que tenía barba al igual que los españoles, había mucha riqueza y que la población vivía en grandes edificios.

Estos rumores, más las narraciones hechas por tripulantes de algunas naves virreinales desviadas en el océano y que meses después llegaban a puerto contando mil fantasías e historias de tierras descubiertas, hicieron que en el último tercio del siglo XVI el gobernador del Perú, Lope García de Castro, organizara una expedición al mando de su sobrino Álvaro de Mendaña. Dicha expedición partió del puerto del Callao en 1567 descubriendo las islas Salomón y otras pequeñas islas del Pacífico Norte, recalando casi dos años después en las costas de la Baja California y más tarde en las de Méjico, en el puerto de Santiago. En este lugar recuperaron fuerzas la escasa tripulación que quedaba y consiguieron víveres suficientes para llegar al puerto peruano del Callao el 11 de septiembre de 1569, donde habían partido.

Las noticias que contaron los expedicionarios, sirvieron de apoyo al mismo Mendaña para promover otro viaje a aquellas islas tan lejanas. Dos de los puntos principales en que se basaba esta expedición eran la conversión de aquellos indígenas a la fe de Cristo y la de crear un asentamiento español en aquellos territorios.

En 1595 parte Álvaro de Mendaña desde el Perú con cuatro naves en las que había 378 personas embarcadas, contando mujeres, niños,

criados y esclavos, además de gente armada. Entre los personajes más conocidos de este viaje sobresalen: la mujer de Mendaña, Isabel Barreto, que más tarde por fallecimiento de su marido ocupó el puesto y título de Adelantado de esta expedición y el piloto mayor Pedro Fernández de Quirós. Descubren las islas Marquesas, cuyo nombre Marquesas de Mendoza, fue dado en recuerdo de la esposa del virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza, bajo cuya tutela se hizo la expedición. Mendaña bautizó las islas descubiertas con los nombres de Magdalena (Fatu Hiva), San Pedro (Motane), Dominica (Hiva Oa) y Santa Cristina (Tahuata). Tras comprobar que aquellas islas, no eran las Salomón prosiguieron el viaje en busca de estas últimas. No olvidemos que era tarea ardua y muy difícil, pues los instrumentos náuticos no medían la latitud y a pesar de contar con un buen piloto mayor como lo era Pedro Fernández de Quirós.

Llegaron al archipiélago de Santa Cruz, donde encontró la muerte Álvaro de Mendaña a causa de unas fiebres, haciéndose cargo del mando su mujer, Isabel Barreto. Tras una penosa travesía llegaron a las Filipinas y de allí regresaron a Méjico. Se ha escrito mucho en torno a este viaje y a las supuestas maldades e injusticias cometidas por Isabel Barreto, pero el hecho cierto es que supo llegar a buen puerto de manera heroica.

A finales del siglo XVI es Pedro Fernández de Quirós quien a fuerza de tesón, viajes, proyectos (escribió más de cincuenta memoriales a Felipe III) y reuniones con importantes personalidades de su época, logró que no se parasen las campañas oceánicas y que una nueva expedición capitaneada por él partiese, una vez más, desde el Perú. En diciembre de 1605 tres naves bajo sus órdenes zarparon con una misión: “pacificar” a los naturales de aquellas islas y “descubrir” nuevas tierras. La expedición dio sus frutos porque avistaron varias islas del archipiélago de las Tuamotu, entre ellas San Telmo (Marutea), la Conversión de San Pablo (Hao), Decena (Tauere), Sagitaria (Rekareka) y Fugitiva (Raroia).

La presencia de naves españolas disminuyó notablemente en el Mar del Sur durante el siglo XVII. Posiblemente los virreinos nacientes tuvieron mucho que decir en la sequía de dichos viajes, justificada por

las noticias negativas, que recibían de la corte española.

En el siglo XVIII, las naves europeas comienzan a desarrollar una mayor actividad en el Pacífico. Han mejorado tanto en su construcción naval como en adelantos técnicos. España crea y construye apostaderos en lugares de las colonias tan dispares como, Montevideo, Valparaíso, Callao, San Blas, Cartagena, Veracruz, La Habana o Manila. La cartografía con paralelos, meridianos y curvas de nivel ayuda a los marinos al descubrimiento de nuevas tierras, situándolas en sus lugares exactos.

Por parte española, Perú se convirtió en el centro de las expediciones a la Polinesia en tiempos del virrey Amat, preocupado con los descubrimientos llevados a cabo por ingleses y franceses en el Pacífico. Ciertamente, hasta entonces los reyes españoles habían dado escasa importancia a todas esas islas perdidas en el gran Océano. Pero la Iglesia urgía, pues aquellos indígenas necesitaban ser evangelizados y también era necesario poner orden ante tanta invasión extranjera, bien en forma legal o pirata y vandálica como estaba sucediendo.

Cuatro fueron los viajes a la Polinesia en tiempos del virrey Amat: El primero a cargo del capitán Felipe González de Haedo (1770) a la isla de Pascua y los tres restantes a Tahití, al mando de Domingo de Bonechea (1772 y 1774) y Cayetano de Lángara (1775).

Desde la expedición de Álvaro de Mendaña de abril del 1595 y la de Pedro Fernández de Quirós en 1605, jamás se había organizado otra expedición de tales ambiciones, como la de Domingo de Bonechea. En 1770 el capitán Felipe González había llegado a la Isla de Pascua a la que dio el nombre de isla de "San Carlos". Tras el éxito de esta expedición, el virrey del Perú, el catalán Manuel Amat, informó al Rey resaltando la importancia de la isla de San Carlos (Pascua) para la seguridad del Perú y Chile. La respuesta no se hizo esperar, recibió varias órdenes reales en las que se le recomendaba la presencia de colonos y misioneros en dicha isla. A su vez, tuvo noticias de que el buque del capitán Cook había estado en Tahití y que los ingleses pretendían asentar colonos en ella en próximos viajes. Estas noticias hicieron que el virrey Amat cambiara sus planes y pospuso con todo secreto el viaje a la isla de San Carlos sustituyéndolo por el viaje a Tahití.

Ordenó que se equipara la fragata Santa María Magdalena, alias el Águila, de treinta y cuatro metros y medio de eslora (60 codos) y de 22 cañones para la expedición. El mando de la misma fue dado al capitán Domingo de Bonechea y de segundo se nombró al teniente Tomás Gayangos. Como primer piloto iba Juan Antonio de Hervé, que ya había navegado a la isla de San Carlos en la anterior expedición, y dos franciscanos misioneros del Convento de Ocopa, el catalán fray José Amich, que también era piloto y fray Juan Bonamó, de Lieja.

El 26 de septiembre de 1772 zarpaban del puerto del Callao con destino a la isla de San Carlos. Así se difundió la noticia, pero la realidad es que sus oficiales, una vez leídas las órdenes del virrey Amat, acordaron ir primero a Tahití, después navegar a Valparaíso para dar noticias de la expedición y conseguir víveres, y de regreso al Callao visitar la isla de San Carlos.

Tras el éxito de esta primera expedición culminada el 20 de diciembre de 1772, dos más tarde, en 1774, Bonechea vuelve esta vez para establecer una misión católica en Tahití con dos Padres franciscanos misioneros, el catalán Fray Jerónimo Clota, natural de Olot (Gerona) y el extremeño Fray Narciso González, nacido en la villa de Montemolín (Badajoz), junto al intérprete Máximo Rodríguez, que sería el autor de un famoso Diario de su estancia en la isla que duró casi un año.

En este segundo viaje se transportaba una casa de madera que se había fabricado en el Callao para ser transportada en piezas a Tahiti. Destinada a ser la habitación de los frailes, se alistó la misma fragata Santa María Magdalena, conocida como El Águila y el paquebote del comercio de Lima llamado Júpiter, con su correspondiente equipo y tripulación y al mando de la expedición el mismo capitán Domingo Bonechea.

Tras fondear en la playa de Taiarapu en la parte oriental de la isla y ante las dificultades de mantenerse en la misma por las fuertes mareas y gran oleaje, buscaron un lugar más favorable y encontraron la playa de la Santa Cruz de Ojatutira, actualmente llamada la ensenada de Cook, al oeste de Tautira.

Al llegar nuevamente a tierra, Bonechea trató con los jefes de distrito

((ari'i) y con Heri Otu, el lugar adecuado para la instalación de la casa que transportaban, siendo de acuerdo general la instalación de la misma. Para el último día del año 1774 la misión estaba instalada y se colocó una gran cruz que había sido traída desde Perú.

El 1 de enero de 1775 el padre fray Jerónimo Clota celebró la primera misa católica en Tahiti. Una vez finalizada, se entonó el Salve Regina y la tropa realizó descarga de fusilería, correspondiendo la fragata con una salva de 21 cañonazos.

El día 5 de enero de 1775 se celebró una reunión en la casa-misión de Tautira entre los oficiales españoles y los principales jefes de Tahití. En dicho acto se reconoció entre otros asuntos la soberanía española sobre la isla y la defensa de sus habitantes, quienes a su vez declaraban lealtad y obediencia al rey de España. Se levantó acta de este convenio y el documento se encuentra en el Archivo General de Indias de Sevilla.

Aunque debe reconocerse a Wallis como el primer descubridor europeo de Tahití en 1767, este marino no llevó a cabo pacto alguno de soberanía con los jefes tahitianos.

Los siguientes días del mes fueron aprovechados en el reconocimiento y descubrimiento de nuevas islas. A la vuelta de esta nueva exploración el capitán Domingo de Bonechea se encontraba gravemente enfermo. Murió repentinamente el día 26 de Enero de 1775 en la ensenada de Tautira a bordo de su fragata El Águila.

Al día siguiente fue enterrado enfrente de la misión fundada, al lado de la cruz. Fueron innumerables los nativos que acudieron a la novedad del entierro. Previamente, el cadáver se había introducido en un ataúd, según la costumbre cristiana.

El teniente de navío Tomás de Gayangos tomó el mando de la expedición, las dos naves zarpan hacia el Callao donde atracan el 8 de abril de 1775 primeramente el Águila y cinco días después el Júpiter. De nuevo los españoles regresaron a Tahití en noviembre de 1775 al mando de Cayetano de Lángara para recoger a los Padres misioneros, así como al intérprete. El pacto de Tautira se mantuvo mientras estuvieron en la isla los misioneros y el intérprete. Todos los requisitos fueron cumplidos,

pero no tuvo valor permanente debido a que el gobierno español no pudo atender como había prometido estas posesiones del Pacífico Sur. Los continuos alzamientos de independencia de los países americanos, los problemas políticos europeos, el abandono de la misión y la interrupción de viajes a Tahití hicieron que todo quedara olvidado, pero por fortuna nos han quedado para la Historia los escritos de los españoles que estuvieron allí.

Dos años después, en su cuarto viaje a Tahití, Cook señalaba que siempre que los indígenas hablaban de los españoles lo hacían con expresiones de amistad y respeto. Como bien subraya Paul Hoder, autor de una monumental historia religiosa de Tahití, “con Bonechea y Cook se acabó la era de los valientes navegantes, de los exploradores”. Luego vendrían los aventureros, los colonos, los piratas y corsarios, los negreros, los balleneros, los desertores...

La presencia española en Tahití no volvería a hacerse patente hasta el siglo XIX, concretamente el año 1865, cuando la fragata Numancia huyendo del desastre del Callao arribó al puerto de Papeete.

Curiosamente, Benito Pérez Galdós escribió en sus célebres Episodios Nacionales, un capítulo “La vuelta al mundo en la Numancia”, sin haber estado jamás en los Mares del Sur. Seguramente don Benito elaboró su novela escuchando narraciones de los oficiales del barco de guerra y leyendo sus diarios de a bordo. Refleja el periplo recorrido por la nave tras abandonar el puerto de El Callao y salir indemne de la batalla naval a la que los condujo Don Casto Méndez Núñez, el 2 de mayo de 1866. Antes de la batalla el Almirante pronunció una frase que pasaría a la historia: “Más vale honra sin barcos que barcos sin honra”. La Numancia llegó a Tahití y atracó en Papeete y don Benito habla de la Reina: “conservaba a la sazón de figurón una señora reina llamada Pomaré IV, morenita y bella, del mejor tipo de la raza”. Los marineros se lo debieron pasar de maravilla, al igual que los de la Bounty, pues cuenta don Benito, “en aquel remanso vieron los españoles turba de mujeres que gozosas y picoterías se bañaban. Las que en la orilla se disponían al baño y natación no se vestían del verde lampazo, sino que habían soltado la vestidura, quedándose como vinieron al mundo”. Tras una estancia de dos meses, la Numancia completó su periplo imitando en

parte al realizado por Juan Sebastián Elcano.

Un siglo más tarde el buque-escuela Juan Sebastián Elcano, en su 55º crucero, atracó en visita oficial en los muelles de Papeete. Por vez primera en su historia, el periplo lo había iniciado el 15 de octubre de 1972 y lo finalizó el 19 de julio de 1973. Al parecer un incidente de los guardiamarinas, en permiso en tierra, con las indígenas provocó enfrentamientos que obligaron al barco a zarpar antes de lo previsto. Después, algún que otro navegante en solitario, ha atracado en el puerto de yates de Papeete. En 1988, Tahití registro la llegada del aventurero Kitín Muñoz con su balsa “Uru”, emulando la hazaña de la “Kon-Tiki”. En la actualidad, de vez en cuando, en el puerto de Papeete, atraca alguna embarcación de recreo con bandera española. Pero ya es puro turismo.

Álvaro de Mendaña e Isabel Barreto

El 25 de noviembre de 1995 en Congosto, León, se inauguraba un monumento de cuatro metros de altura, que recuerda que en dicho pueblo berciano nació Álvaro de Mendaña y Neira, ilustre “adelantado de los Mares del Sur” y más concretamente el descubridor de las islas Marquesas, que él bautizó así en homenaje a la Marquesa de Mendoza, esposa del Virrey que le envió en una segunda expedición que salió desde Paíta, puerto peruano en el que Miguel de la Quadra Salcedo y sus muchachos de la “ruta Quetzal” rindieron homenaje a don Álvaro ese mismo año.



Alvaro de Mendaña 1541-1595 en una recreación de la época.

De Álvaro de Mendaña hasta hace escasos años se sabía solamente que era gallego y el historiador Marcos Jiménez de la Espada habla de su anterior descubrimiento, las islas de Salomón, como “el

descubrimiento de los cuatro gallegos”, es decir, el pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa, Álvaro de Mendaña y Neira, sobrino del gobernador del Perú, don Lope García de Castro y el piloto mayor de la expedición del año 1567, gallego de nacimiento y apellido. Hasta el año 1980, los historiadores situaban el nacimiento de Álvaro de Mendaña en Galicia. En aquella fecha apareció un documento que el adelantado empleó para poder viajar a Las Indias y en el que se aclaraba que su lugar de nacimiento era la localidad berciana de Congosto en 1542. Este descubrimiento lo realizó el profesor de Cacabelos, Vicente Fernández Vázquez. Sin embargo, en 2007 el historiador bembibreño, Manuel Olano Pastor situó el lugar de nacimiento en Villar de los Barrios, otra localidad cercana a Ponferrada.

Estuvieron presentes en el acto de Congosto tres alcaldes de las islas Marquesas. Y junto a ellos, la religiosa española de la orden de San José de Cluny, Sor María Mallo, que ejerció durante treinta años una labor educativa en Hiva Oa, en las islas Marquesas. Daba gusto escucharla en Congosto y oírla hablar de mi admirado Jacques Brel como un gran amigo de la comunidad religiosa de Hiva Oa, donde reposa el famoso cantante belga. Le comenté que resultaba curioso que en la tumba de Brel, aparezca su rostro junto al de una mujer, la que fuera su compañera sentimental. “¿Reposan los dos juntos?”, le pregunté. “No”, me dijo, “ella vive en la Costa Azul...”

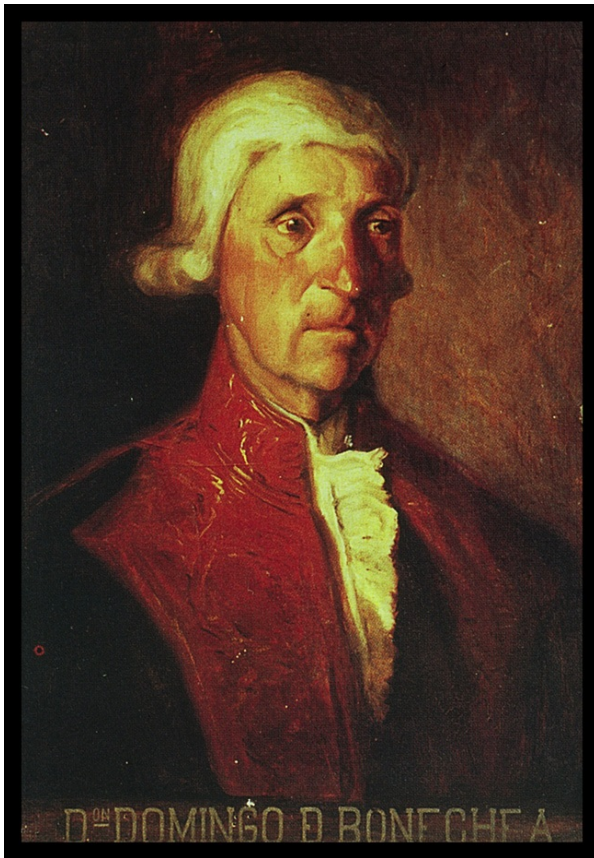
Vi en el Bierzo emocionarse a los alcaldes marquesanos, hombres ya cincuentones, que jamás habían visto la nieve, cuando la vislumbraron en las cimas circundantes de la comarca berciana. Y mientras los observaba con la mirada fija en las cimas del increíble y bello circo berciano, recordaba el espíritu aventurero de nuestros hombres, de esos españoles que lo dejaban todo por la aventura, por el riesgo, por el dinero y la riqueza de allende los mares. ¿Cuántos relatos podrían escribirse en torno a estos hombres? Curiosamente, el único libro de aventuras basado en datos históricos sobre la expedición de Mendaña, está firmado por el famoso escritor inglés Robert Graves. Recomendando vivamente la lectura de su obra “Las islas de la imprudencia”. El autor de “Yo, Claudio” narra la aventura de Mendaña. Esta obra tiene su secuela y complemento en el libro que la investigadora francesa Annie Baert ha escrito y que lleva por título Isabel Barreto: Marquesa de la Mar del Sur.

Es una biografía novelada, en torno a la que fuera mujer de Álvaro de Mendaña y que, tras el fallecimiento de éste en las Islas Salomon, culminó un periplo marítimo. Fue tanto la proeza del viaje en sí como el ser una mujer quien dirigiera el último tramo de la expedición que les conduciría hasta las Islas Filipinas lo que llamó la atención de la autora.

Doña Isabel Barreto fue una mujer excepcional. De las primeras generaciones criollas, nació y murió en el Perú virreinal. Su vida que discurrió entre la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, presenta unas características únicas aún para la época. El libro de Annie Baert no ha encontrado desgraciadamente una editorial, pero figura en el catálogo de la biblioteca del Museo Naval de Madrid.

El “Tesoro” de Bonechea: la leyenda

Todos los años, el día 1 de enero, festividad de Año Nuevo, en Tautira, en la isla de Tahití, se celebra una misa, recordando la primera misa católica celebrada en Tahití y sus islas y con especial recuerdo al comandante de fragata Domingo de Bonechea (sería gratuito utilizar la “tx” ya que el mismo Bonechea jamás utilizó la versión euskera). Para los tahitianos católicos constituye todo un símbolo la fecha y Bonechea, sobre todo porque los protestantes siempre han ignorado este acontecimiento religioso y celebran y reivindican la llegada del cristianismo con los misioneros protestantes del Duffy. De ahí que a los turistas que visitan Tautira, les llame poderosamente la atención que en el atrio de la Iglesia parroquial de María No te Hau (Nuestra Señora de la Paz) haya una inscripción tallada a mano y en madera de nogal escrita en cuatro idiomas- francés, castellano, polinesio y euskera- en recuerdo de Domingo de Bonechea. Y sobre la placa una efigie presunta del guetariano. Ambas obras fueron donadas el año 2002 por el artista zarauztarra, Braulio Buenetxea Manterola y talladas a mano en una sola pieza de madera de nogal.



Retrato recreado de Domingo Bonechea 1713-1775 atribuido a Elias Salaverria. Ayuntamiento de Guetaria.

Desgraciadamente, no existe rastro alguno de su tumba, ya que en 1906, un maremoto que asoló Tautira hizo desaparecer la misma. Detrás de cada marino siempre existe una leyenda o un misterio, que hace catapultar al personaje a la categoría de mito. Bonechea no podía ser menos y desde su muerte se ha mantenido viva en Tahití la leyenda del “tesoro de Bonechea”.

De un pueblo, en aquel entonces, casi perdido en los mapas, Guetaria partió un día Juan Sebastián de Elcano con su destino ya marcado: ser el primero que diera la vuelta al mundo, conforme lo atestigua el lema *Primus circumdedisti me* entregado en mano, a su vuelta, por el emperador Carlos V en Valladolid. Dos siglos y medio más tarde, saldrá rumbo a los Mares del Sur, otro guetariano, Domingo de Bonechea.

También el padre de Elcano se llamaba Domingo, curiosamente. Pero, hay algo mucho más dramático que los unirá en el recuerdo histórico: ambos murieron en aguas del Océano Pacífico. Mejor dicho, murieron en

sendos barcos. Elcano según la tradición marinera, tras su fallecimiento, fue arrojado al mar. Está anotado así en el Diario de Urdaneta: “Lunes, a seis días de Agosto de 1526, falleció el magnífico señor Juan Sebastián de Elcano”.

Dos siglos y medio más tarde, su paisano Domingo de Bonechea moría en la fragata “El Águila”. Luego sería trasladado a tierra, para ser enterrado en Tautira, en cuya bahía estaba atracado el navío. Nueve meses después su muerte, llegó la noticia a su pueblo natal, Guetaria. La partida que certifica su defunción se encuentra en el libro 7º de finados folio 5º vuelto de la Parroquia de San Salvador. Está firmada por el párroco Manuel Antonio de Echave y dice así:

*En veinte y ocho de Octubre de mil setecientos se/
tenta y cinco vino la noticia de aver fa/
llecido en una de las Islas de la mar del/
Sur, descubiertas por el mismo Dn. Do/
mingo de Bonechea. Capitán de Navío/
de Su Majestad, natural de esta Villa en cuia/
Parroquial se le hizo el 3º día un oficio normal/
Nada se sabe de su disposición y firmé.
D. Manuel Antonio de Echave.*

Domingo de Bonechea Andonaegui nació en Guetaria (Guipúzcoa). Bautizado en la Iglesia Parroquial de San Salvador el 21 de Septiembre de 1713, pocos podían imaginar entonces que aquel niño llegaría casi 300 años después a tener la relevancia y el reconocimiento que hoy se le concede en el archipiélago polinesio. Perteneció a una ilustre familia de marinos profesionales del siglo XVIII donde destacan su hermano Francisco, teniente de fragata que fue llamado a ultramar por Carlos III y navegó en diferentes misiones por todo el Atlántico, falleció en Puerto Cabello –Venezuela asimismo el padre de ambos Juan Bautista, y un tío Francisco Bonechea Aramburu, fueron capitanes de navío, éste último emparentado por su matrimonio, con la ilustre y noble familia guetariarra de los Barroeta y Aldamar.

Domingo de Bonechea, no procedía de la compañía de guardias marinas sino de la clase de pilotos a la que pertenecía desde 1732, con tan solo 19 años de edad. Tras ocupar diversos puestos de responsabilidad en diferentes buques de la Armada, navegó por el

Mediterráneo, por el Océano Atlántico y las costas de América tanto septentrional como meridional. Hizo corso y transporte de avituallamiento y pertrechos, luchando contra los berberiscos en las costas africanas del mediterráneo y contra los ingleses en La Habana.

En 1762 figura al frente de la nave Marte, de 18 cañones, siendo ascendido de cargo por méritos navales en 1766 por Carlos III, quien le nombra capitán de fragata y comandante del navío “Santa María Magdalena” apodado “El Águila” siendo enviado a su nuevo destino, el apostadero de Lima.

El navegante partió de El Ferrol rumbo al puerto de El Callao, donde recaló tras realizar escala en Montevideo y atravesar el Cabo de Hornos.

Recorrió casi todos los mares del mundo, pero su reconocimiento vino a raíz de sus dos grandes expediciones a Tahiti.

Doscientos dieciocho años después, un solemne acto histórico y religioso tenía lugar el 11 de mayo de 1992 en Tautira, a 25.000 kilómetros de distancia de Guetaria. El emotivo y entrañable acto discurrió en la iglesia católica de Nuestra Señora de la Paz (en tahitiano “María no te Hau”). La iglesia se yergue muy cerca de la cruz que conmemora la llegada de Domingo de Bonechea y constituye para sus habitantes todo un símbolo. Un testigo permanente y fehaciente de que la primera religión que se implantó en los Mares del Sur fue la Religión Católica, Apostólica y Romana.

Todo ello lo recordó el ya fallecido arzobispo de Tahití, monseñor Michel Coppenrath, figura ilustre de la isla, tras una solemne misa concelebrada en la iglesia de Nuestra Señora de la Paz o la más antigua de Tahití (construida en 1860) y que ha resistido los embates de maremotos y ciclones de los últimos 150 años.

Presidieron el acto, por la parte polinesia, el Vicepresidente de Tahití y sus islas, M. Michel Buillard; el ministro de la Mar, Eduard Fritch; y el alcalde y diputado de la asamblea francesa, M.Tutara Salmón, acompañado por los diez concejales del distrito. Por la parte vasca, el alcalde de Guetaria, Mariano Camio y Eusebio Larrañaga, en aquel entonces director de difusión cultural, del Departamento de Cultura del

Gobierno Vasco. El arzobispo alabó las virtudes de Bonechea, de su dignidad sobre paganos, con una gran “flexibilidad mental” y aludió al famoso capitán inglés Cook, su gran rival en estos mares, que siempre lo reconoció y supo que en Tahití guardaban de él un gran recuerdo.

Ya en el atrio de la iglesia, el alcalde de Tautira, Tutaha Salmon pronunció un magnífico discurso al que siguió otros de Mariano Camio cerrando el acto. El alcalde de Guetaria pronunció el discurso en euskera, traducido posteriormente al tahitiano y francés, agradeciendo el homenaje del pueblo polinesio al ilustre hijo de Guetaria. Y sobre todo que siga manteniendo vivo su recuerdo y presencia en la isla. Subrayó el hecho de la asistencia de dos culturas como la vasca y la polinesia a través de los siglos, especialmente a través de un idioma propio que curiosamente ofrece numerosos casos de coincidencias onomatopéyicas. En medio de una salva de aplausos, terminó diciendo “eskerrik asko”, que quiere decir “gracias” en castellano, y “mauruuru” en tahitiano. A continuación, el alcalde de Tautira, ofreció una recepción popular y hubo el habitual intercambio de regalos típicos. Los representantes vascos se llevaron a su tierra sendos y magníficos remos tallados que nada tienen que ver con los utilizados por los “arrantzales” vascos. Ambos resaltaron, en los discursos la calidad y emotividad de los cánticos de los habitantes del lugar, que dieron todo un recital

Por último, el alcalde de Tautira mostró a los representantes vascos el lugar donde algunos suponen que se encuentran los restos de Bonechea, que desaparecieron tras el maremoto de 1906.

Tras los actos de Tautira, se llevó a cabo en Guetaria, exactamente 90 días más tarde, el 9 de agosto de 1992 la inauguración de una plaza que lleva el nombre de Domingo de Bonechea. Si en Tautira el acto resultó pomposo y larguísimo, a la manera tahitiana de hacer las cosas, en Guetaria todo fue breve pero emotivo... ¡y folclórico!, porque ese día se celebraba el “día del niño”, y el alcalde oficial dejó paso a un “niño alcalde”, como es costumbre tradicional. Esto motivó que se reunieran cientos de niños, de “dantzaris”, Los guetarianos, y los “txistularis” acompañaron a la comitiva oficial hasta la nueva plaza. Se pronunciaron sendos discursos, se procedió a la bendición de la misma y al descubrimiento de una placa. Todo terminó con un alarde de bailes

regionales. Al igual que en Tautira, presidieron el acto Mariano Camio y Eusebio Larrañaga. Tuve el honor de clausurar el acto con unas palabras dirigidas a los asistentes y en las que recordé los actos vividos tres meses antes en Tautira.

Quisiera también referirme a las vicisitudes vividas por las tres placas que fueron colocadas sucesivamente en el atrio de la iglesia de María No Te Hau en Tautira. La Revista Española del Pacífico denunció lo que definió en el breve titular de una nota como: “Fraude histórico”, el hecho de que no fue el día 26, sino el 27 de enero de 1775 cuando fue enterrado en Tautira. Así como, la referencia del segundo apellido porque no estaba documentalmente comprobado. Y por lo que respecta al blasón, una preciosidad realizada por un notorio artista vasco, de Zarauz, llamado Braulio Buenetxea, tampoco era auténtico. Debo confesar, en mi defensa, que la partida de nacimiento la localicé en el Archivo Diocesano de San Sebastián, basándome en una biografía de Bonechea, firmada por don Ignacio Urquijo, Conde Ospín de Urquijo, en el libro España y el mar en el siglo de Carlos III.

Percatado de estos errores históricos, me puse en contacto con Monseñor Coppenrath y el párroco de Tautira. El blasón y la placa me fueron devueltos, con la condición de que un día volverían a Tahití, concretamente a Tautira, con la fecha auténtica de su nacimiento, con sus apellidos documentados y un blasón autenticado. Gracias a las investigaciones de Juan María Garate Ibarrola, que siguió las indicaciones de Francisco Mellén Blanco, por fin se dio con las partidas de nacimiento y defunción de Domingo de Bonechea y Andonaegui. Efectivamente era natural de Guetaria y no vizcaíno. Años más tarde, el 4 de octubre de 1998, colocaba en el atrio de la mencionada iglesia, una nueva placa conmemorativa con todos los datos exactos. La Revista Española del Pacífico reconoció y agradeció la rectificación llevada a cabo. Posteriormente, tal como lo he indicado al inicio, el año 2002, el artista Braulio Buenetxea envió una placa y una efigie “figurada” del marino, talladas a mano, que son las que se exhiben en la actualidad. Y es que la climatología había deteriorado gravemente la placa de metal colocada en 1998.

Y ahora llegamos al momento de explicar con detalle la famosa

leyenda del “tesoro de Bonechea”. Hace referencia a la inhumación del marino vasco y narra que lo enterraron juntamente con un “tesoro” el año 1775, cuando murió en el barco y fue trasladado a tierra, a Tautira, en el distrito de Taiarapu, al sudoeste de Tahití.

En 1837 el investigador Moerenhout escribía en su libro Viaje a las islas del Gran Océano que, una vez que los españoles dejaron la isla los tahitianos profanaron las tumbas de Bonechea y del marinero Vázquez, para apoderarse de los clavos y telas que tenían los féretros. Cuesta creer esta historia, pues conociendo al pueblo tahitiano respecto al culto de los muertos es poco probable que hubiera sucedido esto.

En 1906 hubo un maremoto y una ola gigante barrió la península de Tautira. Fue entonces cuando desaparecieron las tumbas. Dos años después, en 1908, el historiador Bolton Glanvill Corney, uno de los primeros investigadores extranjeros que visitó Tahití y que se interesó por las expediciones de Bonechea se acercó hasta Tautira en un intento de localizar la Casa-Misión española y la tumba de Bonechea. Al parecer halló una gran losa que cubría el féretro.

Curiosamente en 1926 llegó a Tahití una catalana casada con un ingeniero suizo. Se llamaba Aurora Bertrana. Permaneció en la isla tres años y aprovechó la estancia para conocer Moorea, Huahine y Bora Bora. Pero sobretodo escribió un precioso libro que tituló “Islas de ensueño” y subtitó “Tres años entre los indígenas de la Polinesia”. El libro está ilustrado con sesenta y cinco fotografías en blanco y negro de la propia autora. Lástima que no se acercó hasta Tautira. Así lo confesaba en Madrid cuando tras su regreso ofreció en 1933 una conferencia y le preguntaron por la sepultura de Bonechea. Su respuesta fue que ella nada más llegar trató de informarse de este punto, pero “supo con desolación que un enorme temporal que sufrió la isla pocos años antes arrasó por completo la playa y sus inmediaciones, donde estaba, sin dejar rastro alguno de la tumba del insigne marino, cuyos restos se llevó el Pacífico para unirlos a los de Elcano...”. Aurora Bertrana, sin duda alguna, no debió leer los trabajos de Corney, porque de haber sido así, se hubiera acercado a Tautira para contemplar la citada losa.

En 1928 Charles Pugeault, un agente comercial afincado en Huahine,

rebatía a la historiadora tahitiana Teuira Henry, que en un trabajo titulado “Ancient Tahiti”, publicado en el Boletín número 48 de ese mismo año del “Bernice Pauahi Bishop Museum” de Honolulu, afirmaba que “nada más irse los españoles, los indígenas violaron la tumba del Comandante para apropiarse de la sábana roja que sirvió de sudario”. También añadía que “salieron pulgas” - las primeras de la isla- y que no tardarían en expandirse por toda la isla.

“No es verdad”, afirmaba Pugeault, “Máximo Rodríguez y los dos misioneros franciscanos guardaron religiosamente la tumba y Cook nos cuenta que en 1777, dos años después de la salida de los misioneros y de Máximo Rodríguez, la Misión se conservaba intacta y la tumba no había sido violada”.

En 1929, el Padre Rougier, entonces presidente de la Sociedad de Estudios Oceánicos, encargó al comandante francés Gaston Lidín, que vivía jubilado en Tautira, que buscara el emplazamiento de la casa de los misioneros franciscanos y las tumbas de Bonechea y de un marino de su tripulación que falleció en la isla. Lidín llevo a cabo el encargo haciendo las prospecciones en el terreno donde presuntamente estuvo la Misión. En el mismo Tautira, el 8 de septiembre de 1929, escribía que “constaba que las tumbas, la de Domingo de Bonechea y la del marino muerto accidentalmente, no habían sido respetadas”. Sus trabajos se publicaron en los números 33 y 34 del Boletín de la Sociedad de Estudios Oceánicos, correspondientes a los meses de septiembre y diciembre del citado año 1929. Su informe es muy exhaustivo y venía acompañado de unos planos muy ilustrativos con datos precisos de la posible ubicación de la misión y de las tumbas.

Habrían de pasar muchos años para que se volviera hablar de Bonechea y del “tesoro”. El año 1962 un famoso abogado de Tahití, Anthony Brambidge, puso en peligro su prestigio y fortuna personal, al tratar de dar con la “tumba de Bonechea”, siguiendo las indicaciones de un brujo del lugar. De todo esto tuve ocasión de saber muchas cosas más y con detalle, cuando treinta años más tarde, en 1992, me trasladé a Tautira, en calidad de guionista, con un equipo televisivo vasco. La misión era rodar un episodio de la serie “América y los vascos” para la ETB, dedicado a Domingo de Bonechea. Creí muy interesante introducir

en el guión y posterior rodaje, una entrevista con uno de los que trabajaron en la búsqueda del presunto tesoro. Por curiosidad transcribí lo que confesaba Pifao Roraiti, ante la cámara y en el lugar exacto de las excavaciones, ahora borradas totalmente por la vegetación:

“Yo fui un jornalero del Sr. Tony Bambridge, gran propietario de tierras en la isla de Tahití, durante todo el tiempo que duraron los trabajos. Éramos alrededor de 50 obreros bajo la dirección de Tahua, un brujo, cavando diariamente para hacer un agujero que al cabo de los meses cobró proporciones enormes. Se diría que eran las de un cráter volcánico.

Pasadas unas semanas, tuvimos cada vez más dificultades para continuar nuestro trabajo, pues nos encontrábamos con capas de agua subterránea que hicieron preciso la instalación de bombas para vaciar el agua que salía a la superficie. Después nos topamos con una inmensa roca de coral y tuvimos que llamar a unos compresores para demolerla. Tahua decía al Sr. Tony Brambridge: “Ahí debajo es donde encontraremos la puerta del tesoro”.

El lugar de los trabajos se transformó, a lo largo de los días, en una verdadera zona industrial. Había líneas eléctricas, telefónicas, barracas para los obreros e incluso guardias armados. El Sr. Brambridge vivía y dormía en el lugar. No había, en esa época, como ocurre hoy en día, ni carreteras ni alojamientos cercanos.

El acceso era muy difícil, el trabajo duro. Me recordaba a mi juventud y, aunque no hayamos encontrado nada, conservo un gran recuerdo de todo ello, además estoy persuadido de que algún día se terminará por encontrar, aquí o en otro lugar, el tesoro del capitán Bonechea”.

Todo esto ocurrió el año 1962 y los trabajos duraron casi un año. En todo Tahití sólo se hablaba de los buscadores del tesoro de Bonechea. Pero se preguntarán: “¿Y quién era ese rico propietario llamado Anthony Brambridge?”. Pues un miembro de una de las familias más importantes de Tahití. En los libros editados en torno a los personajes más importantes que sobresalieron en su historia, figura Georges Brambridge, que fue alcalde de Papeete desde 1933 a 1941. Habría de ser uno de sus sobrinos, el que se lanzara a esta loca aventura de la

búsqueda del tesoro. De la familia Brambridge quedaba solamente una hermana del buscador de tesoros, llamada Mathilda Brambridge. Gracias a las gestiones de Monseñor Coppenrath, logramos contactar telefónicamente con ella el año 1992, pero se negó en rotundo a hablar del tema del tesoro de Bonechea, alegando que no sabía nada y que estaba muy enferma. Mathilda ya ha fallecido.

Curiosamente las famosas “Guide Bleu” de Hachette, durante muchos años, al referirse a Tautira incluían una minuciosa relación de lo sucedido con los españoles en dicha localidad, hablando de la tumba de Bonechea y de la presunta localización de la misma, así como de la leyenda del tesoro. Pero ya en la década de los 80 del siglo pasado, en posteriores ediciones, la referencia había desaparecido. Se lo comenté al entonces redactor-jefe de la colección en París y respondió que habían suprimido todas las “referencias colonialistas”. Pensé que también, los franceses podrían haberse borrado del mapa del Pacífico, sobre todo tras las experiencias nucleares de Mururoa.

Domingo de Bonechea fue enterrado frente al hospicio, al pie de la palmera que mató al marino Manuel Vázquez. Esto lo confirma también en su Diario el alférez de navío Juan Pantoja, señalando que se le enterró delante de la casa misión.

El entierro de un oficial en aquella época consistía en vestir al fallecido con su uniforme correspondiente, acompañado de su bastón de mando y su espada. El bastón era de madera o caña, y en sus extremos iba adornado por un metal, probablemente plata. La espada, de acero, con una guarnición que generalmente era del mismo metal.

El ataúd de madera del Comandante Bonechea fue cubierto con tierra y unas piedras planas, posiblemente de algún marae cercano. Dentro del ataúd no había moneda alguna. Por lo tanto es falso que la expedición española enterrara un tesoro en el féretro de Bonechea ni en otro lugar. La persona o personas que manifestaron esto desconocían totalmente la misión que tenía la expedición española a Tahití.

Los manuscritos de esta expedición indican que el Comandante de la fragata el Águila llevó desde el Perú 100 monedas de medio real y otras 100 de un real de plata, que en su anverso tenía el busto del rey Carlos

III. Las monedas estaban perforadas por un agujero, sirviendo de adorno al collar que los marinos españoles regalaron a los tahitianos. Creemos que todavía pueden existir algunas de estas monedas en Tahití. Según Máximo Rodríguez, la misión estaba a unas 70 varas del río Vaitepiha. (Una vara equivale a 0,835 m.) Por lo tanto las 70 varas equivalen a 58,45 m. En consecuencia cabe suponer que al marinero se le enterró a la distancia de 3 varas(2,5 m.) frente a una esquina de la misión.

La casa de la misión, según Pantoja, tenía de frente 20 varas (16,7 m.) y de fondo 29 varas (24,2 m.). La huerta tenía de frente 20 varas (16,7 m.) y de fondo 100 varas (83, 5 m.). Para Gayangos, que reemplazó a Bonechea cuando este murió, la misión tenía 25 varas (20,8 m.) de frente, SO. 1/4 S. 1/4 N. y 100 varas (83,5 m.) de fondo, SE 1/4 S. NO. ¼ O., distante de la playa cuadra y media, y un poco más del río.(aprox. 135 m.).

Seguramente el Comandante Lidin excavó en terrenos de la misión, pero no sobre la tumba de Bonechea, la cual permanece sin ser localizada y no violentada como algunas personas creen. Comparte esta opinión la investigadora tahitiana Flora Devatine, descendiente del clan Teva y residente en Tautira.

El año 2000 el historiador e investigador Francisco Mellén Blanco llevó a cabo una curiosa comprobación contando con la colaboración del departamento de Cartografía de la Universidad Autónoma de Madrid. La comprobación consistió en superponer unas modernas fotografías aéreas obtenidas por aviones franceses, con uno de los planos levantados por los pilotos de Bonechea durante su estancia en la isla. El resultado fue comprobar que la ubicación coincidía con la zona ya delimitada y rastreado por el mencionado comandante Lidín en 1929. Solamente habría una diferencia de unos cincuenta metros cuadrados. En cambio denunciaba el error cometido por los operarios del Sr. Anthony Brambridge que solamente se guió por la intuición de un brujo del lugar. De todas maneras no andaba muy descaminado el tal brujo. Se equivocó en quinientos metros aproximadamente.

Las últimas pesquisas llevadas a cabo sobre el terreno, las realicé durante el mes de abril del año 2003. Mientras revisaba algunas revistas y libros en la biblioteca del archivo arzobispal de Papeete, descubrí

adjunto a los ya citados números 33 y 34 del “Boletín de la Sociedad de Estudios Oceánicos”, un plano realizado a mano por el entonces Vicario apostólico Athanasi Hermel de Tahití, en 1919 siguiendo las indicaciones del comandante Lidín en los dos artículos que publicó en la mencionada revista. El plano indica claramente el punto exacto donde se halla la tumba de Bonechea. Este punto coincide con la llamada “Cruz del jubileo”, que se yergue a la entrada del pueblo de Tautira. El actual arzobispo de Tahití también coincide con esta opinión, y es más: ha tratado de adquirir los terrenos para reconstruir la misión católica y edificar un pequeño museo dedicado a la llegada de los primeros misioneros católicos a Tahití. La dueña de la parcela estaba de acuerdo, pero sus hijos no opinaron de la misma manera. No quieren remover la tierra de sus antepasados, pues temen siempre la venganza del “maná”, es decir de las fuerzas del mal. Ya sobre el terreno, con el plano localizado en los archivos arzobispaes, la ayuda del cuentakilómetros del coche de la investigadora y escritora hispanista Annie Baert y la valiosa presencia del párroco de Tautira, llegamos a un punto muy próximo en el que cabe suponer se encuentra la tumba. No hay mucha distancia entre los dos supuestos lugares, quizás unos doscientos metros.

Llegados a este punto, el mes de diciembre del 2005 las investigaciones se dieron por concluidas. Solamente resta llevar a cabo sobre el terreno, con los pertinentes permisos de las autoridades y de los dueños del terreno, las excavaciones. La lógica y la razón nos dice que el ataúd del guetariano Domingo Bonechea no encierra tesoro alguno, pero posiblemente estarán sus restos. Con el fallecimiento de Monseñor Michel Coppenrath, en 2008, parece, de todos modos, haberse diluido el interés por hallarlo.

Máximo Rodríguez y el umete de piedra

Nacido en Lima, posiblemente en 1750, fue soldado-intérprete al servicio de España en las expediciones al Pacífico Sur (Pascua y Tahití), al mando de Felipe González de Haedo y Domingo de Bonechea. Tras su año de estancia en Tahití (1774-75), Rodríguez recorrió por mar y tierra toda la isla y en su “Diario” anotó muchos de los acontecimientos que vio, además de otros ritos, usos y costumbres que fueron recogidas en un extracto, donde se incluía también una breve gramática tahitiana y un vocabulario, que se considera perdido en Lima, pues Rodríguez lo envió al virrey Amat, pero no debió llegar nunca a sus manos.



Cuenco o umete de dolerita negra. Museo Nacional de Antropología. Madrid.

Podemos decir que su relato de la vida tahitiana es mucho más amplio y profundo que el aportado en el diario de Cook durante su estancia en Tahití. Gracias al diario de Máximo Rodríguez los investigadores de todo el mundo conocemos mejor la vida social tahitiana de aquellos tiempos. Bengt Danielsson dio una gran importancia a este diario y lo calificó como histórico, ya que fue el primer escrito en torno a la sociedad tahitiana y del cual no supo de su existencia la mayoría de los investigadores hasta 1919, cuando Bolton Glanvill Corney publicó una de las copias del diario que estaba en la biblioteca de la Real Sociedad

Geográfica de Londres. En 1928, Charles Pugeault lo tradujo al francés y en 1992 lo publiqué en español en la colección de Crónicas de América, nº 69 de Historia 16, con el título Españoles en Tahití. En ese tiempo se descubrió en la Biblioteca Nacional de París el “Diario” original de Máximo Rodríguez acompañado de un “Prólogo”. La Dra. Catherine Orliac me comunicó el hallazgo y con el traductor Horacio Belçaguy hicimos un análisis comparativo de los dos ejemplares del “Diario” hasta ahora conocidos, añadiendo las notas correspondientes a pie de página e incluyendo el “Prólogo” hasta entonces inédito. El trabajo fue publicado en 1995 por la Société des Océanistes con el título de Les Espagnols à Tahiti. Este Diario fue el que envió el virrey Teodoro de Croix a Antonio Valdés en 1788, y que durante la guerra de la Independencia contra los franceses debió salir de España. Parece ser que en 1888 estaba en manos de un librero francés y que se lo vendió al príncipe Roland Bonaparte.

Rodríguez fue un personaje con cierta cultura, debía tener relación con personas ilustradas de Perú y con otras de países extranjeros que arribaban en barcos al puerto del Callao. Merece citar entre ellos al geógrafo y naturalista Alexander von Humboldt, que en una de sus cartas lo nombra como “Don Máximo”, en relación a una consulta de los isleños polinesios.

Rodríguez se casó dos veces y tuvo varios hijos, para atender las muchas necesidades económicas vendió la mayoría de los objetos que obtuvo en Tahití, así como algunas copias de su diario. Falleció en Lima hacia 1820.

El ari'i que tenía dominio sobre Maupiti en tiempo de Máximo Rodríguez era Puni, quien desde Bora-Bora gobernaba la isla, así como la de Tahaa y otras islas menores. El umete fue enviado a Tu por el jefe de Raiatea y por cortesía del ari'i Puni, como un hermoso regalo debido a su singular artesanía.

El 10 de julio de 1775, Máximo Rodríguez en el viaje de reconocimiento a la isla, solicitó a Tu que le regalara el umete de piedra para su rey Carlos III, petición que el poderoso ari'i le concedió. El citado umete se encontraba en el recinto del marae Taputapuatea, en Punaauia, actualmente en ruinas. El marae estaba dedicado al dios Oro

y en él se celebraba el juramento al ari'i.

Dado el gran valor para los tahitianos, Máximo Rodríguez fue acompañado por Hinoi, el hermano de Tu en el momento de la entrega que se llevó a cabo el 12 de julio. Debido a su peso tuvo que ser transportado por cuatro hombres hasta su canoa. El limeño cuenta en su diario que, al día siguiente, un tío de Vehiatua le robó el umete, enterrándolo en la arena con la intención de llevárselo más tarde. Gracias a la ayuda de otros tahitianos localizó el lugar donde estaba enterrado y pudo recuperarlo. Durante su viaje, por mar y tierra, de varios días alrededor de la isla de Tahití, estuvo siempre vigilándolo hasta llegar a la casa-misión de Tautira.

El 10 de noviembre, fue transportado a la fragata Aguila, al mando de Cayetano de Lángara, quien lo hizo llegar al puerto del Callao (Perú), el 18 de febrero de 1776.

Por ser un regalo del ari'i Tu al Rey de España, Carlos III, el umete de piedra fue llevado a presencia del virrey Amat, quien debía encargarse de enviarlo a la residencia real española. Amat, que en aquellas fechas estaba preparando su salida del Perú, al saber que iba a ser relevado de su cargo, se olvidó de mandar dicho regalo. El umete debió quedar apartado en algún lugar del palacio virreinal, y después de la salida de Amat, el mayordomo del virrey, Jaime Palmer, se apropió de él, llevándolo a su casa y utilizándolo en su cocina como pila de fregar platos.

Máximo Rodríguez tuvo noticia en 1784 de que el capitán Cook le citaba en el libro de sus viajes con el nombre de Mateema atribuyéndole cosas que él no hizo. Rodríguez denunció esto al nuevo virrey, Teodoro de Croix y aprovechando el escrito, le informó del paradero del umete. Recuperó el diario que años antes había enviado al virrey Amat. Añadió un "prologuito", defendiéndose de lo escrito por Cook, y adjuntó un memorial de su carrera militar presentándolo todo al virrey De Croix.

Conocemos por una carta conservada en el Archivo General de Indias de Sevilla, que el umete fue enviado junto al diario de Máximo Rodríguez a España, inicialmente a Cádiz y luego a Madrid. Estuvo primero en el Gabinete de Historia Natural del Museo de Ciencias Naturales, y por ser

una pieza etnográfica pasó al Salón de Historia Natural del Museo Arqueológico Nacional. En este Museo estuvo catalogada dentro de la sección cuarta o Etnográfica y expuesta en la Sala III, correspondiente a Oceanía.

En 1912, Bolton Glanvill Corney localizó el umete en Madrid, anotando sus medidas y fotografiándolo para su libro. Asimismo, envió una foto del umete al ari'i de Papara, Tati Salmon, publicada más tarde en el Journal de Máximo Rodríguez. El historiador cita que unos nativos de Taiarapu habían visto trozos de un umete de piedra en Teahupoo y también los amotinados de la Bounty encontraron a "large stone bowl" en la isla de Pitcairn, entre los restos de un antiguo poblado indígena.

Debido a la dureza de la dolerita y al excelente trabajo artesanal, existen diversas hipótesis de cómo fue esculpido el umete. Hay autores que dicen fue hecho con herramientas líticas del mismo material de dolerita o de tipo basáltico. Sin embargo, otros señalan que por su dureza fue labrada con instrumentos metálicos, transportados posiblemente por europeos. De esta opinión es el australiano Robert Langdon, quien indica que tripulantes de la carabela San Lesmes, de la expedición de Loaísa, perdida en el Pacífico Sur en 1526, tuvieron contactos con los polinesios viviendo con ellos y teniendo descendencia en varias islas. En la tripulación de la San Lesmes predominaban los marineros gallegos que, por supuesto, conocían el trabajo de la piedra por ser su región cuna de los mejores canteros de España. Apoyándonos en la hipótesis de Langdon, no sería extraño que alguno de ellos o sus descendientes labraran el umete de Maupiti.

Corney recoge una narración que un isleño contó a los científicos del Endeavour. Al parecer en tiempos del abuelo del tahitiano, un barco con hombres blancos naufragó en Raiatea, algunos tripulantes pudieron salvarse, pero una vez en tierra fueron asesinados por los nativos, quienes posiblemente pudieron obtener objetos metálicos de los restos de la embarcación. No debemos olvidar también que desde tiempos antiguos el intercambio de diferentes mercancías entre islas pudiera incluir alguna pieza metálica proveniente de expediciones españolas del siglo XVI, y que fue utilizada por los nativos de Raiatea para hacer esta pieza.

En la antigüedad, los umete eran utilizados como recipientes domésticos o sagrados. En nuestro caso, al estar situado en un recinto próximo a un marae hace pensar que debía ser un objeto de rito, dedicado a su dios (Atua). Sin embargo, Máximo Rodríguez no especifica su uso, mientras que Corney indica que nativos de Tahití, Raiatea y Bora-Bora identificaron este artístico ejemplar como un umete raáu moá o “cuenco sagrado medicinal, en el cual se hacían pociones triturando las hierbas, hojas y raíces con un majador de piedra llamado penu. Otra versión recoge que era utilizado para hacer infusiones calientes al introducir piedras incandescentes en la poción. Una de las teorías que tiene más fundamento es que sirvió como cuenco ceremonial de la bebida ava o kava en las grandes fiestas folclórico-religiosas, celebradas en el marae Taputapuatea de Punaauia.

Este umete, una de las piezas etnológicas más importante del arte polinesio y única en el mundo, hecho en dolerita negra, se conservaba en el Museo Nacional de Arqueología de Madrid desde 1940. Este año fue trasladado al actual Museo Nacional de Antropología y Etnológico de Madrid. Fue un regalo del ari'i Tu al rey español Carlos III, gracias a la solicitud del soldado intérprete Máximo Rodríguez, durante su estancia en Tahití en 1775. Seis años antes, en julio de 1769, los científicos Joseph Banks y Daniel Solander, que viajaban en el Endeavour con James Cook, vieron un umete de piedra negra más pequeño que el que años después recibiría Máximo Rodríguez cerca del marae de Opoa, en Raiatea. Banks y Solander señalaban que en el umete de piedra hacían popoi, una mezcla de uru, taro o fei, todo ello cocinado y triturado con los penu.

En octubre de 1977, salió por primera vez de España para exhibirlo en la exposición de Los dos mundos de Omai en la Art Gallery en Auckland (Nueva Zelanda). En dicha isla se hicieron tres reproducciones, dos para museos locales: el Auckland War Memorial Museum en Auckland, y el Canterbury Museum en Christchurch, y otra destinada al Museo de Tahití y de las Islas. F.M.

San Lesmes, la carabela perdida

Desde el paseo del Parrote, al pie del jardín de San Carlos, junto a las murallas de la Ciudad Vieja, la visión de la ría de La Coruña sigue siendo muy atractiva; pero resulta muy difícil imaginar la belleza panorámica de aquel lugar el 24 de julio de 1525 a los ojos de los marineros, muchos de los cuales jamás volverían a ver la ensenada de San Amaro, embarcados en las siete naves al mando del comendador de la Orden de San Juan, García Jofre de Loaisa. Partieron desde este puerto rumbo a las Molucas, por la ruta descubierta por Magallanes y Elcano en el primer viaje de circunnavegación de la Tierra.



El escritor y periodista australiano Robert Langdon, en el Museo Naval de Madrid (Marzo de 1999).

Precisamente, Juan Sebastián Elcano iba al frente de una de las siete naves. En su fuero interno, quizás el vasco se sentiría enormemente

decepcionado, porque esperaba más de los favores del Rey, tras su gran hazaña, pero los designios del Señor monarca son muchas veces inescrutables y se pierden por los pasillos palaciegos y cortesanos. Algunas de las naves había sido construidas en los astilleros de la propia Coruña y eran la admiración de todos los que habían acudido a despedirles en aquella mañana de julio.

Quizás el más contento de todos los que agitaban la mano era Loaisa, al que el emperador había nombrado capitán general de la Armada meses antes, el 5 de abril, por Cédula dada en Madrid. Le encarga que se dirija a La Coruña, tome el mando de la Armada y se haga a la mar y a la vela hasta llegar a dichas islas. Las cuatro naos más grandes habían sido preparadas, artilladas y abastecidas en Portugalete (Vizcaya). En febrero habían zarpado hacia el puerto gallego, bajo el mando de Elcano. Desde el mismo día de la partida, Loaisa se hacía acreedor a un salario anual de 2.920 ducados, de los cuales había recibido la mitad días antes, a través de la Casa de Contratación de La Coruña, como adelanto, para proveer las cosas necesarias para el viaje. El resto -¡Oh, optimismo real!- lo cobraría cuando regresara a estos reinos. Además, percibiría quinientos ducados más como ayuda de costas de la Armada.

No todas las manos que se agitaban en El Parrote eran inocentes y ajenas a los intereses crematísticos. Mercaderes y banqueros observaban con atención la partida, porque esperaban alcanzar pingües beneficios. Habían arriesgado importantes cantidades en la aventura. Los Füegger, banqueros alemanes del emperador y don Cristóbal de Haro, que ya había participado en expediciones portuguesas, se apuntaron como importantes inversores.

Las siete naves zarpaban atiborradas de víveres y vituallas, artilladas y provistas de armas y se habían adquirido las mercancías de rescate, lencería, paños, buhonería para el trato con los naturales. La nao capitana, la Santa María de la Victoria, de 300 toneles (el tonel equivalía a 5/6 de tonelada), estaba comandada por Loaisa; la Sancti Spiritus, de 230 toneles, por Juan Sebastián Elcano; la Anunciada, de 200, por Pedro de Vera; la San Gabriel, de 160 toneles, por Rodrigo de Acuña; la carabela San Lesmes, por el cordobés Francisco de Hoces, de 80 toneles, los mismos que la carabela Santa María del Parral, con Jorge

Manrique de Nájera al frente. El patache Santiago, de 45 toneles, con Santiago de Guevara al mando, completaban la flotilla. Ignoraban todos ellos lo que el destino les tenía reservado.

La relación presentada al emperador Carlos V por Andrés de Urdaneta en Valladolid el 26 de febrero de 1537 contiene los sucesos de la armada del comendador Loaisa, acaecidos desde el 24 de julio 1525 hasta el año 1535. Gracias a Urdaneta supieron que Loaisa había muerto el 30 de julio y días más tarde, falleció Elcano, el 4 de agosto de 1526 y que las siete naves arribaron a las costas brasileñas. Costeando tierra, llegaron al Cabo de las Once Mil Vírgenes, tras pasar ante el estuario del Río de la Plata, el 25 de enero de 1526. Hasta aquí, todo había ido muy bien. En los acantilados del Cabo de las Vírgenes la Sancti Spiritus queda destrozada por culpa de una tempestad, sucumbiendo nueve tripulantes. Al llegar al estrecho de Magallanes, dos naves se separaron del resto. De la Anunciada nunca más se supo y San Gabriel, tras muchas peripecias, llegaría al puerto gallego de Bayona el 28 de mayo de 1527. Sus tripulantes serían los primeros que pudieron contar a sus compatriotas en España parte de lo que había ocurrido a la expedición.

Al océano Pacífico, por tanto, desembocando del estrecho, sólo llegarían cuatro naves: Santa María de la Victoria, Santiago, Santa María del Parral y San Lesmes. Seis días después de doblar el Cabo Deseado a la salida del estrecho de Magallanes - el primero de junio de 1526-, otra terrible tempestad dispersa en el Pacífico a las cuatro naves. La Santa María del Parral tuvo un triste fin. Tras cruzar el Pacífico, los marineros, sublevados, asesinaron a los mandos. Más tarde, la nave, tras largas peripecias, embarranca en la isla de Sanguin, situada entre la punta septentrional de Célebes y Mindanao y sus habitantes, a su vez, asesinan a toda la tripulación. El patache Santiago, poniendo la proa de manera decidida en dirección a las costas mexicanas, consigue llegar el 25 de julio al pueblecito de Tehuantepec, en el golfo del mismo nombre, con los tripulantes convertidos por el hambre y las penalidades en auténticos espectros. Sólo la Santa María de la Victoria, la nao almirante, pudo alcanzar las islas Molucas, con más de cien hombres, el 1 de enero de 1527.

Del San Lesmes y sus 70 tripulantes, no se supo nada, pero es posible

que el misterio de su suerte comenzara a desvelarse dos siglos y medio más tarde, cuando Domingo de Bonechea, encontró en la isla de Anaa, en el archipiélago Tuamotu, de Polinesia, una cruz de hechura antiquísima. En 1837, el historiador Martín Fernández de Navarrete sugería que la cruz bien pudiera haber sido erigida por los tripulantes de la “San Lesmes”.

El año 1929 ocurrirá algo muy curioso. Fortuitamente, en el archipiélago de las Tuamotu, en el atolón de Amanu, el capitán francés François Hervé descubre un viejo cañón, del que nadie conjetura su procedencia. La casualidad surge cuando en los años sesenta el general De Gaulle decide iniciar experimentos nucleares en dicho archipiélago.

El escándalo que suscita la decisión es enorme. Todavía no habían surgido asociaciones ecologistas importantes como Greenpeace, pero los hombres de la cultura protestan. Langdon escribe un artículo muy polémico en un diario tahitiano, llamando la atención sobre los “tesoros ocultos” que la Polinesia guarda, y cita el caso del viejo cañón. Leen el periódico dos oficiales de la Marina francesa, con destino en Papeete, y recorren pacientemente Amanu. Es el año 1969 y descubren otros dos cañones. Más tarde se descubriría un cuarto. Informado Langdon, se traslada rápidamente a Papeete, exactamente a Punta Venus y examina los cañones. Yo también tuve la oportunidad de verlos, en mi primer viaje en 1988. Más tarde fueron trasladados a París para ser examinados con “scanner”. De los cañones no supo nunca nada más. En la actualidad, al parecer se encuentran en un cobertizo de la isla de Tahiti. Langdon tuvo una corazonada: los cañones pertenecieron a la carabela “San Lesmes”. El “scanner” parecía darle la razón porque los análisis revelan que los cañones habían sido fabricados en la primera mitad del siglo XVI y aparte de la carabela “San Lesmes”, no se tienen noticia alguna de ningún barco que hubiera podido desaparecer por aquellos años en aquellas islas.

Según la hipótesis de Langdon, encalló en Amanu, y para sacar la nave de los arrecifes la tripulación arrojó por la borda las cosas de más peso, entre ellas los cañones. Como narra Francisco Mellén, “si esto fue así, posiblemente la embarcación no naufragó, como generalmente se dice, sino que encalló, es decir, dio fondo con los arrecifes, y para salir

de ellos tuvieron que arrojar las cosas pesadas. Si los cañones son de principios del siglo XVI, Langdon, puede tener razón de que la nave llegó a las Tuamotu y después la tripulación pudo quedarse a vivir en aquellas islas teniendo descendencia con mujeres polinesias. Pero, investigaciones recientes apuntan a que son cañones del siglo XVIII y nada tienen que ver con los transportados en la San Lesmes. Sin embargo seguiría viva su hipótesis con la cruz de Anaa, pues la nave continuando su viaje arribaría a esta isla donde posiblemente los tripulantes colocaron la cruz en su ruta hacia las Molucas”.

“Otro posible derrotero -sigue escribiendo Mellén- seguido por la San Lesmes, sería el presentado por el conservador de la Biblioteca Nacional francesa, Roger Hervé, quien afirma que la San Lesmes debido a la tormenta siguió rumbo sur-oeste para después subir hacia el norte, llegando a la isla de Nueva Zelanda y desde allí pasar a Australia. Según Hervé, en la zona sur australiana debió naufragar la carabela y la tripulación construyó algún tipo de embarcación que recorrió toda la costa este australiana hasta el cabo York, donde según Hervé fueron hechos prisioneros por alguna nave portuguesa. Esta hipótesis es admisible, pero navegar por debajo de los 45° Sur es muy complicado y peligroso. Es más correcto navegar sobre los 25° a 30° y después bajar”.

“He seguido con interés la historia de su descubrimiento en 1929 por François Hervé, administrador de las Tuamotu, la muestra del primer cañón descubierto y entrega de unas piedras al navegante americano Gifford Pinchot, el seguimiento por Langdon y los cañones recuperados por el comandante Claude Maureau, diversa correspondencia entre varios investigadores relacionados con el tema de los cañones, los buenos dibujos de uno de los cañones por D.M. Guerout, los análisis en el Centro de Estudios de Monthléry de Francia y por último los nuevos hallazgos de diversos objetos de cerámica, vidrio, piedras de lastre, piezas de metal, obtenidos por el G.R.A.N. (Groupe de Recherche en Archeologie Navale), dirigido por Robert Vecella, incluidos en un interesante informe”.

“Respecto a la situación actual de la búsqueda de otros restos, a unos 50 metros al sudoeste de donde se recuperaron los últimos cañones por el comandante Claude Maureau en 1969, el G.R.A.N. (Groupe

Recherche en Archéologie Navale) ha encontrado recientemente piedras de lastre y fragmentos de botellas y vasijas. Estos nuevos restos parece que pertenecen a un naufragio ocurrido en 1826 del buque mercante inglés Hércules, que transportaba útiles de cocina y herramientas a la isla de Pitcairn. Habría que conocer si este mercante llevaba cañones, por si hubiera una posible relación con los descubiertos por Hervé. Sería necesario continuar las prospecciones submarinas para conseguir localizar uno de los cañones que falta, visto por Hervé en 1929”.

“Una parte de esta documentación la envié al Director del Museo Militar de Melilla, D. Antonio Sousa y Francisco, Coronel de Artillería, una de las pocas personas especialistas en artillería antigua que hay en España, para que hiciera un estudio de estos cañones”.

“Una vez realizado el trabajo, y tras investigar la documentación del viaje de Loaísa, mi opinión es que dichos cañones no pertenecieron a la San Lesmes, por ser de una época más moderna, y que coincide con la de Sousa, que los incluye en el siglo XVIII, entre los años 1765 a 1784. Este trabajo fue presentado en el VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios del Pacífico en el año 2002, y publicado en el libro “Traspassando fronteras: el reto de Asia y Pacífico”, tomo I, págs., 393-402”.

“Hasta hace poco se creía que sólo la nave San Lesmes había encallado en los arrecifes de Amanu, pero en la Biblioteca Alexander Turnbull, de Wellington (Nueva Zelanda) se conserva un diario donde se da cuenta de dos naufragios más a principios del siglo XIX, uno de los cuales fue el del navío mercante inglés Hércules en 1826, que posiblemente tenía estos cañones a bordo”.

“Cabe pensar que por todo lo dicho anteriormente los cañones rescatados de las aguas del atolón Amanu y años más tarde expuestos en el promontorio de Punta Venus de Tahití, no pertenecen a la “San Lesmes”, y por tanto no debió naufragar en ese atolón. Esto no destruye la hipótesis de que la San Lesmes navegara por esas aguas, pues queda como apoyo la cruz de madera encontrada en la isla cercana de Anaa, señal que los expedicionarios de Loaísa tenían para indicar su paso por las tierras desconocidas. Pudo ocurrir que desde estas islas navegaran hacia el sur-oeste llegaran a las costas neozelandesas y de

allí a las australianas”.

La cruz de Anaa

La cruz de madera vista en 1774 por el teniente de navío de la Armada española Tomás Gayangos en la isla de Anaa (bautizada como “isla de Todos los Santos”), acaeció durante la segunda expedición de Domingo de Bonechea a Tahití.

Dicha isla sufrió varios ciclones a finales del siglo XIX y principios del XX, en uno de ellos fallecieron todos sus habitantes. La cruz de Anaa, en el caso de que también exista estará enterrada y lo más seguro muy descompuesta, de no ser la madera de una especie que haya podido resistir las inclemencias del tiempo y a los insectos. El lugar sería fácil de localizar, pues descubrí un plano del siglo XVIII donde señala la zona en que fue vista por los españoles y allí posiblemente se pueda hallar algún objeto que puede darnos una sorprendente respuesta a la presencia española en esa isla.

Sería muy interesante que algún organismo francés como el G.R.A.N., explorara el lugar donde estaba la cruz de Anaa, por si hubiera una olla o recipiente enterrado con algún documento manuscrito español, donde supuestamente debería indicar la ruta que siguieron los tripulantes que dejaron el presunto mensaje. De hallarse dicho documento daría respuesta a las diversas hipótesis de quien colocó la cruz en una isla totalmente desconocida para las naves europeas. F.M.

El motín de la Bounty

El 27 de octubre de 2009, en presencia de 82 descendientes de la tripulación de la famosa fragata y residentes casi todos ellos en Norfolk (EE.UU.) y en la isla de Pitcairn, Tahití conmemoró el 220º aniversario del motín. El más mítico de la historia de la navegación. La Bounty fue enviada por el Gobierno británico a la Polinesia a la busca y captura del “árbol del pan” y viviría la insurrección más popular y famosa que jamás se haya conocido. El motín ocurrió exactamente el 28 de abril de 1789.



Motín a Bordo (The Bounty Roger Donaldson 1984). En la imagen la escena del castigo, con el fondo paisajístico de Tahití.

Quizás la rebelión de la Bounty no se hubiera hecho tan famosa en el mundo entero de no haber sido por el impacto mediático. Fundamentalmente a través de los libros y de las películas rodadas sobre el tema.

Cuántos ríos de tinta se han escrito y cuántos metros de celuloide se han rodado, contando las crueldades sin límite del capitán William Bligh y la bondad innata del segundo oficial Fletcher Christian que, al no querer eliminar tras el motín al capitán y sus fieles seguidores - dieciocho en total -, propició, al dejarlos abandonados a su suerte en una chalupa, y sin armas, “el más azaroso viaje que se registra en los anales del mar”.

Hasta la fecha la referencia imprescindible sobre lo que ocurrió con la Bounty, era la trilogía de libros escritos por los estadounidenses James Norman Hall y Charles Nordhoff. Sus títulos son Rebelión a bordo, Hombres contra el mar y La isla de Pitcairn. Siempre han gozado de enorme popularidad, aunque no pasaran a la historia de la literatura por su calidad.

En esta trilogía se basaron cuatro de los cinco filmes rodados hasta la fecha. Existe una versión muda, dirigida por un australiano en el año 1917 y rodada en las playas de Sydney. Las cuatro versiones restantes son de todos conocidas: en 1934, se rodó *In the Wake of the Bounty*, dirigida por Charles Chauvel, con el tasmaniano Errol Flynn de protagonista, en el papel de "Fletcher Christian". Un año más tarde, en Hollywood, se realizó "Rebelión a bordo", con una pareja mítica: Clark Gable y Charles Laughton. En 1961, por vez primera se acude a los mismos lugares donde ocurrió el drama, en Tahiti, con Marlon Brando y Trevor Howard. Terminaría, en la vida real, con la boda del irascible y ya fallecido actor estadounidense y la bella Tarita, la protagonista indígena del filme, con la que tendría dos hijos y compraría una isla para ellos solos, Tetiaroa. Y por último, en 1984, Mel Gibson y Anthony Hopkins protagonizaron "Motín a bordo". El filme fue rodado en Moorea, justo frente a Tahiti, a una hora de "ferry" y siete minutos de vuelo regular en avioneta. Su versión difiere de las anteriores, pues se basó en las actas del juicio celebrado en Londres. Dirigida por Roger Donaldson, refleja o se acerca más a la verdad histórica. Por ejemplo, el capitán William Bligh y Fletcher se conocían porque habían viajado juntos anteriormente, hecho que no registran las versiones precedentes.

El tema de la Bounty se puso de nuevo en candelerero con la aparición de una nueva novela de John Boyne, titulada "Motín en la Bounty". En esta obra el protagonista es también un niño, pero no lleva un pijama a rayas, sino el uniforme de la marina de S.M. británica. El grumete se llama John Jacob Turnstile y narra los hechos que supuestamente vivió. También Boyne se ha basado en las actas del juicio.

Como novela, su planteamiento no resulta muy original. Recordaremos a Dick Sand, el grumete protagonista de la novela de Julio Verne "Un capitán de quince años". Verne, el escritor francés de tantas fantasías

premonitorias, escribió que “hay hechos reales que la imaginación no sabrá superar”. Y, subyugado por la historia del “Bounty”, escribió un precioso relato, “Los amotinados del Bounty”, tomado -como todo lo que se ha escrito del famoso barco- de los archivos históricos británicos, con la historia completa, que incluye el trágico final de los que escaparon a la justicia inglesa refugiándose en la isla de Pitcairn.

Igualmente, no podemos olvidar a otro grumete “Gabriel Araceli”, el protagonista de la primera serie de los “Episodios Nacionales” de Benito Pérez Galdós, que arranca con Trafalgar. El escritor canario narra a través del joven la batalla.

Cuando parecía que todo se había dicho, escrito, filmado y aclarado, con el devenir de los años, en torno a aquella increíble aventura, que mezcló tragedia y heroísmo, desertiones y castigos, amores y odios, el libro de Boyne vuelve a suscitar la polémica. Pero antes sepamos lo que ocurrió...

La “Bounty” salió del puerto inglés de Spithead el 23 de diciembre de 1787 comandado por William Bligh y tras muchas vicisitudes fondeó en Tahití el 25 de octubre de 1788 en la bahía de Matavai.

Aquí vino por vez primera el capitán Bligh el 13 de abril de 1769, a las órdenes del famoso Capitán Cook, con la misión de registrar el paso de Venus ante el sol, paso calculado en aquel entonces para el 3 de junio, como sucedió, y que serviría para obtener cálculos astronómicos.

Quién le iba a decir a Bligh que casi veinte años más tarde, en 1788, volvería a esta isla en busca del “árbol del pan”, alimento que los científicos británicos calculaban podrían alimentar a los esclavos de las Antillas, de manera abundante y económica.

El 4 de abril de 1789, tras una estancia de cinco meses en esta isla paradisíaca, la “Bounty” salió de nuevo a la mar, con gran pesar de la mayor parte de la tripulación, pues muchos de ellos ya tenían sus “novias” tahitianas y se sentían muy felices. Embarcaron 1.015 “árboles del pan”. Veinticuatro días después estallaría el motín contra el capitán William Bligh, encabezado por el segundo oficial, Fletcher Christian.

Los estudiosos del famoso motín no acaban de ponerse de acuerdo

sobre los verdaderos orígenes de la rebelión a bordo de la “Bounty”.

Una de las hipótesis barajadas es la soterrada rivalidad Bligh-Fletcher, a la que se unió el rigor con que el primero castigaba la más leve indisciplina de sus subordinados, privándoles, por ejemplo, de su correspondiente ración de ron.

Lo cierto es que el segundo oficial decidió tomar el mando del “Bounty” el 28 de abril de 1789. El levantamiento se efectuó sin derramamiento de sangre, gracias a que Fletcher no quiso - como deseaban muchos de sus seguidores - ajusticiar al capitán Bligh. Optó por facilitarle una chalupa y abandonarlo en alta mar con los 18 hombres que le permanecieron fieles.

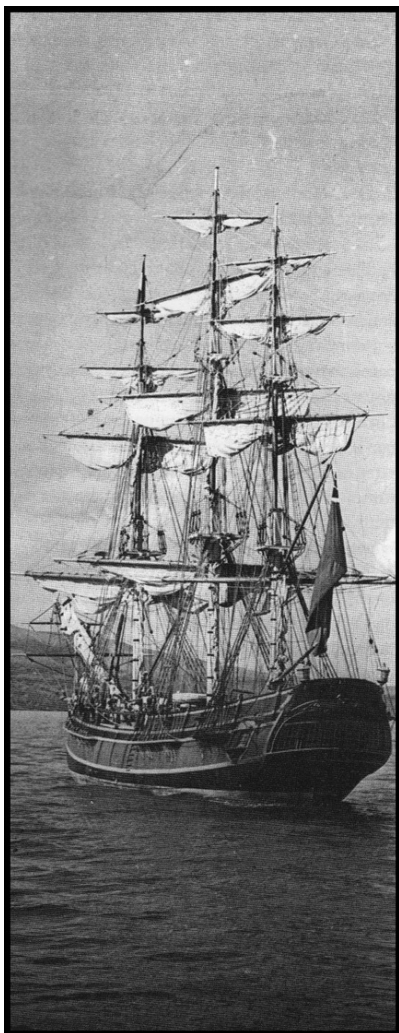
A partir de ese momento, se sucedieron dos aventuras: la del “Bounty” con el nuevo oficial, y la de la chalupa, dirigida por Bligh. La suerte de unos y de otros fue muy desigual. Bligh recorrió unas 4.000 millas antes de llegar a Timor, y de allí fue trasladado a Inglaterra. En 1805 fue nombrado gobernador de Nueva Gales del Sur. Un motín lo depuso y estuvo encarcelado hasta 1810. Al año siguiente volvió a Inglaterra, donde fue nombrado contraalmirante y vicealmirante. Murió en 1817.

Fletcher Christian se dirigió con el “Bounty” a Tubuai, donde sus hombres mantuvieron un encuentro sangriento con los nativos y se vieron forzados a subir al barco precipitadamente. Ya a bordo, se desató una lucha entre ellos, por lo que Fletcher obligó a 16 hombres a desembarcar en Tahití; fue con los nueve restantes a la isla de Pitcairn.

Dos de los que quedaron en Tahití fueron asesinados y los otros 14 capturados por el comandante Edwards, del “Pandora”. De regreso a Inglaterra para ser juzgados, cuatro murieron en la travesía; de los diez sometidos a consejo de guerra, tres fueron ajusticiados.

Al grupo que se quedó en Pitcairn no le fueron las cosas mucho mejor. Al dejar Tahití, subieron a la “Bounty” con 12 mujeres y 6 hombres tahitianos. No se tuvieron más noticias de ellos hasta veinte años después, cuando un barco de la marina inglesa dio por casualidad con una isla que no figuraba en su cartografía. Dado que era difícil el acercamiento a la isla por su orografía, fueron los indígenas quienes con

sus barcas se acercaron al barco, algo muy habitual en esos fondeos. Pero, lo asombroso fue cuando descubrieron que entre los niños indígenas había más de uno de cabellera rubia. Esto sucedía el año 1808. Así se pudo completar la historia de la “Bounty”, es decir se supo que Fletcher Christian, que ordenó incendiar la “Bounty” y que había muerto, al igual que sus compañeros, excepto uno, Alexander Smith, que se hacía llamar John Adams. Bajo su mandato - se ha dicho que rigió Pitcairn con sentido justo y religioso -, la isla prosperó en paz y orden. Redescubierta, los ingleses dejaron a Smith al frente de la colonia, por considerar que ya había redimido su crimen de sedición. En su estancia en la misma fotografiaron a Smith, imagen que se exhibió en la exposición londinense del bicentenario que se exhibió el National Maritime Museum en Greenwich. Todo parecía estar en orden hasta que año 2004 un escándalo sexual conmovió a Gran Bretaña: los descendientes de Smith no parecía que hubieran seguido el ejemplo de su antepasado, pues algunos fueron denunciados por cometer abusos sexuales con menores. Quizás los británicos ignoraban que desgraciadamente en la Polinesia los abusos sexuales a menores, por parte del cabeza de familia siguen produciéndose. Sin embargo, no habría que escandalizarnos tanto, en la medida que en la vieja Europa, de vez en cuando la prensa denuncia escándalos de este tipo.

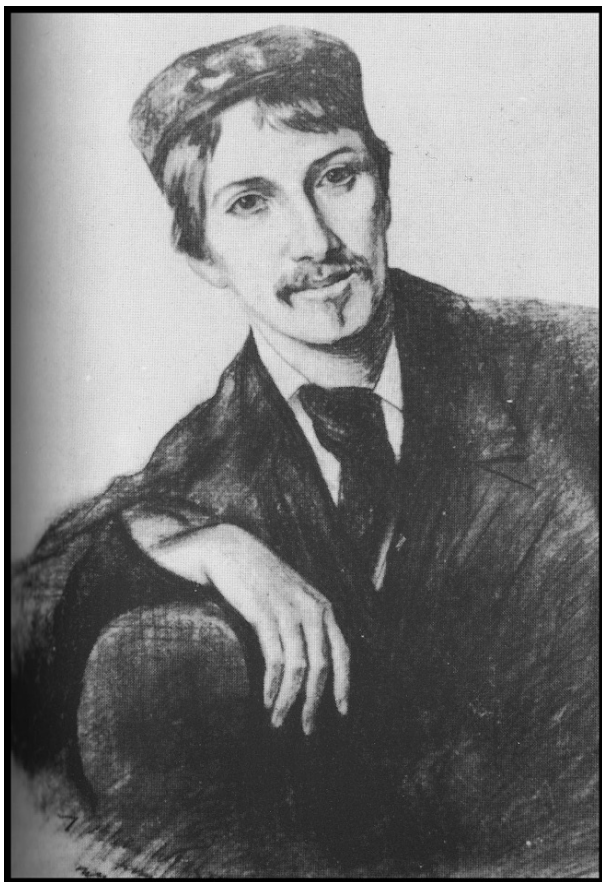


Replica de la Bounty en la bahía de Matavai en 1960.

Hoy día si algo de verdad puede justificar aquella aventura, aquel gesto por supuesto desesperado de unos marineros, de unos hombres que no querían volver a Inglaterra porque habían descubierto en vida el paraíso, es precisamente el conocimiento del mítico Sur, de sus habitantes y en todo caso de las tahitianas que siguen encandilando a los turistas. Para algunos por ejemplo, los lectores de la Trilogía de James Norman Hall y Charles Nordhoff, la historia romántica se impone a la lógica. Para otros más racionales como John Boyne, la ley es la ley y no había que quebrantarla. Quizás el mejor resumen lo haya escrito la profesora francesa Annie Baert, afincada en Papeete desde hace treinta y cinco años cuando afirma que no puede entender como una acción tan canalla se pudo convertir en algo épico.

Robert Louis Stevenson

En Tautira vivió durante dos meses, en 1888 Robert Louis Stevenson, buscando calor y el sol como remedio a su congénita tuberculosis. Llegó en un precioso yate, el Casco, con su mujer Fanny, desde el que inició su periplo por el Océano Pacífico. Dedicó parte de su tiempo a escribir la novela El Señor de Ballantrae, que años más tarde, en el 1953 sería llevada al cine con Errol Flynn de protagonista. Había ganado mucho dinero con La isla del tesoro y El doctor Jeckyll y Mister Hyde y se permitió este lujo. Le trataron muy bien los indígenas del lugar. Cuando en 1888, abandonó el lugar, escribiría que “era el pueblo más amable del mundo”. Se conserva en la iglesia protestante, un servicio de plata para la Comunión, regalo de su mujer. Stevenson, enfermo ya de tuberculosis, pero ebrio de fama y gloria, y también de dólares, cumplió con su familia el sueño de recorrer los Mares del Sur. Con su yate había pasado antes por las Islas Marquesas. En Hiva Ova no se encontró con Paul Gauguin, porque el genial pintor francés llegaría diez años más tarde a la isla que sería su tumba. El 3 de diciembre de 1894, moría a los 44 años de edad en la isla de Upalu (Samoa), su último refugio. En el monte Vaea se alza su tumba, que exhibe en la roca su poema “Requiem”: “Bajo el inmenso y estrellado cielo, cavad mi fosa y dejadme yacer...” Había escrito antes de morir “no es la vida la que amamos, sino el vivir”.



Robert Louis Stevenson dibujado por su mujer, Fanny Ousburne.

Paul Gauguin

Dos escuetas lápidas resumen, engañosamente, la vida de un genio atormentado llamado Paul Gauguin. Una se encuentra en París, la segunda en el cementerio de Atuona, capital de la isla de Hiva Oa, una de las siete islas que integran el archipiélago de las Marquesas. En el número 56 de la rue de Nôtre Dame de Lorette, una casa típicamente parisina de finales del siglo XIX, una lápida dice: “Paul Gauguin, pintor, escultor, escritor. Muerto en Atuona (8-V-1903). Nacido en París (7-VI-1848)”. En el cementerio de Atuona la lápida solamente señala: “Paul Gauguin. 1903”.



Paul Gauguin en 1891.

Cuando el 19 de julio lo bautizaron en la iglesia que da nombre a la calle, nadie podía imaginarse que esa ceremonia católica y sus

consecuencias le darían el derecho a ser enterrado en “tierra sagrada” en el cementerio de Atuona, con gran disgusto del obispo monseñor Martin, a juzgar por la lacónica nota que envió a sus superiores en Francia: “Y por aquí no hay nada más que reseñar que la muerte súbita de un triste personaje, llamado Paul Gauguin, artista de renombre, enemigo de Dios y de todo lo que sea honestidad”. Ahora la tumba del Obispo está muy cercana a la de Gauguin. Gauguin forjó un mito, sin que él se percatara de ello: la del hombre europeo que, harto de este mundo, busca otros horizontes remotos y lejanos, un paraíso quizás perdido; abandona todo, trabajo, familia, mujer, hijos, amigos... para encontrarse a sí mismo y realizar su sueño dorado: pintar. Con el paso de los años los biógrafos han ido desmitificando, el “mito Gauguin” para dejarlo en sus justos y normales límites.

Lo que nadie discute es su genialidad, incomprendida para la sociedad que le rodeaba y que tanto le hizo sufrir. Meses antes de su muerte, escribió: “Esta noche pasada soñé que estaba muerto y, cosa curiosa, era precisamente el momento en que me sentía feliz”. Está escrito en Atuona, donde está su tumba. Muy cerca reposan también los restos de otro artista francés, gran admirador suyo, el cantante Jacques Brel, que, víctima de un cáncer, vivió en la isla mucho tiempo. Murió en París y pidió ser enterrado junto a Gauguin. Su deseo se cumplió.

Evocar a Paul Gauguin a través de sus escenarios requiere una gran voluntad viajera. Los amantes del arte de Gauguin, incluidos fetichistas y mitómanos, pueden completar un itinerario turístico maravilloso siguiendo sus huellas y localizando los escenarios de sus cuadros. En ese itinerario no pueden faltar París, La Bretaña y la Provenza. Pero, la gran atracción son Tahití y las Marquesas. Ciertamente la Polinesia que se nos muestra hoy día no es la misma que acogió a Gauguin, pero quedan los paisajes que reflejó y los descendientes de aquellos hombres y mujeres que se dejaron retratar, mejor diría, inmortalizar.

Contar en breves líneas la agitada vida de Gauguin resulta muy difícil, pero son muy recomendables la biografía de David Sweetman, así como la novela de Mario Vargas Llosa, “El paraíso en la otra esquina”. Seguramente que a Gauguin la inquietud por moverse en la vida la heredó de sus padres que decidieron abandonar Francia por razones

políticas cuando Paul tiene un año y trasladarse a Lima. Pero su padre no llegará a su destino pues muere en Puerto del Hambre, en Punta Arenas, en tierras chilenas. La mujer con los dos niños llega a Lima, ahora viuda, y cinco años más tarde consigue volver a Francia, a Orleans, primeramente, donde Paul estudia, y a París, después. Paul quiere ser marino, pero no puede ingresar en la Escuela Náutica porque sobrepasa la edad. Quiere conocer mundo y en 1865 parte hacia Río de Janeiro. Luego volverá a Perú -el país que le vio crecer-, Chile, navegará por todo el Mediterráneo y llegará al Círculo Polar. En 1872 piensa que ha llegado el momento de sentar cabeza y consigue una modesta colocación en una agencia de Cambio y Bolsa. Al año siguiente conoce a la danesa Mette Gad y se casan por lo civil el 22 de noviembre. Posteriormente lo harían en la iglesia parisina luterana de la rue Chauchat. Resulta muy curiosa y recomendable una visita a esta iglesia que se conserva estupendamente.

En sus ratos libres, pinta. Ya tenemos el retrato típico del “pequeño burgués”, convertido en pintor dominguero sin mayores ambiciones, que tras ser padre de dos hijos -Emile y Aline, su adorada hija- consigue exponer por vez primera en su vida, sin éxito alguno, en 1876.

En 1879 cambia de empleo y se pone a trabajar en una Compañía de Seguros. Le nace el tercer hijo Clovis Henri. Aquí es cuando hay que romper y aclarar el mito “melodramático” del hombre que abandona su “brillante” trabajo como agente de bolsa -ahora le llamarían “broker”- y decide dedicarse de lleno a la pintura, con todos los riesgos consecuentes. En primer lugar, jamás llegó a ser agente de bolsa, tampoco se quedó en la calle por el crack que sufrió la Bolsa, ni se marchó. La realidad fue más prosaica: le despidieron de la Casa de Seguros donde llevaba tres años trabajando.

En el paro, Paul trata de olvidar sus penas y miserias con los amigos pintores. Conoce a gente interesante, tan muertos de hambre como él, charla, discute, se apasiona, intuye que tiene que renovarse y que hay que renovar la pintura. Su mujer no soporta la situación y decide irse con sus hijos a su país, a Copenhague. Con los suyos, en su patria, podrán comer todos los días. Paul, abandonado por la familia -¡cómo se escribe a veces la Historia!- decide dedicarse por completo a su pasión y en

1886 toma una de las decisiones más importantes de su vida: irse a una perdida localidad bretona, llamada Pont-Aven para poder pintar tranquilamente, llevar a la práctica sus revolucionarias ideas sobre el Arte... y pagar lo menos posible en la pensión donde se hospeda, con una patrona que ignora que se hará muy famosa por albergar a tanto pintor hambriento.

Los senderos junto al río y el canal, se conservan en algunos puntos tal como los reflejara el pintor. Cuatro veces estuvo en tierras bretonas Gauguin. En Pont-Aven se conservan y se exhiben el “Cristo Verde” y el “Cristo Amarillo”, y ese paisaje junto al río que le serviría a Serusier, otro gran pintor alumno suyo, para poner en práctica los consejos de su maestro: “Si ves verde, pinta verde; si ves azul, pinta azul...”. El paisaje sigue intacto y la emoción que se puede experimentar, inenarrable. Y luego está la iglesia de Trémalo, cercana al pueblo, a la que todo el mundo acude en peregrinaje para ver al Cristo que le sirvió de modelo para la versión “jaune”, con ese mar azul de fondo que encontró en Le Pouldu, otro pueblo costero muy cercano, que hay que visitar sin ningún tipo de excusas.

Y en otra iglesia cercana, la de Nizon, en el “Calvario” encontraremos el modelo de su “Cristo Verde”. Al párroco de esta iglesia le dio casi un síncope cuando Gauguin le mostró el cuadro que pretendía venderle para su iglesia, su famosa “Visión después del sermón”. Se quedó aterrorizado y escandalizado por aquel rojo de la pradera contrastando con el blanco de la cofia de las mujeres bretonas, ésas que no encontraremos en toda la Bretaña a no ser que coincidamos con alguna manifestación folclórica.

En noviembre regresa a París y conocerá a un artista fundamental en su vida y carrera: Vincent Van Gogh, otro genio desesperado, que le invita a conocer el pueblo donde se ha instalado, Arles, en la Provenza. Gauguin, lo hará tras una segunda estancia en Pont-Aven, en la que pinta su famoso cuadro “La vision après le sermón”, que intenta vender sin éxito al párroco de una iglesia. Pero antes, en 1887, vive otra aventura allende los mares. Empeñado en conocer tierras vírgenes e indígenas salvajes, en “toda su pureza” -su manía, su obsesión-, se acerca primeramente a Panamá, donde vive su hermana, casada, y

trabaja para la Compañía que construye el Canal. Quiere conseguir algún dinero para encontrar la “isla de sus sueños”. Cree haberla hallado en la isla de la Martinica, llamada Taboga, pero los indígenas le explotan tanto a él como a su amigo y fiel admirador, Laval. Y, además, contrae la malaria y el paludismo. A duras penas y con gran esfuerzo, consigue pintar una docena de cuadros. Regresa a París y no consigue vender ni uno.

En octubre de 1888, Gauguin llega a Arlés. Van Gogh le prepara una habitación en la famosa “Maison Jaune”, adornada con un cuadro: “Los Girasoles”. Por desgracia, esta casa desapareció junto con todo el barrio que la acogía durante los bombardeos aliados en la II Guerra Mundial. Por primera vez oír de boca de su amigo Van Gogh, que le ha invitado a su modesta y humilde casa, el relato que le ha de llegar al alma. Se trata de una novela de de Pierre Loti, ambientada en Tahití y titulada “El matrimonio de Loti”. Se supo que, tras calentarle la cabeza a Gauguin en torno a los Mares del Sur, descritos con exhuberancia y cierto alimibaramiento, tuvieron la famosa discusión que provocaría que Van Gogh se cortase una oreja y se la regalara a Raquel, una prostituta a la que amaba con pasión. Sucedió el 23 de diciembre. Y lo que ocurrió solo lo sabemos a través de las declaraciones de Gauguin a la policía. Todo ello se narra en el film “El hombre del pelo rojo”, en el que Kirk Douglas da vida a Van Gogh y Antony Quinn a Gauguin.

Gauguin no se portó bien con Van Gogh -¡y pensar que Van Gogh ante la llegada de su amigo y para decorar su habitación pintó ex-profeso su famoso cuadro “Jarrón con girasoles”-, lo dejó abandonado a su suerte y a su locura y regresó a París al día siguiente de su mutilación. Algún historiador llegó a escribir recientemente que fue el propio Gauguin quien le cortó la oreja. Durante los cuatro meses que duró la estancia de Gauguin en la Provenza pintó 17 telas, y quizá la más conocida sea la titulada “Los alyscamps”, un parque bellísimo al que ambos acudían a pintar y que hoy en día se puede contemplar.

El mismo año de la muerte de Van Gogh, Gauguin conoce a una costurera, Juliette Huet, que termina siendo su modelo y amante. Al año siguiente va a Copenhague para visitar a su familia y a despedirse porque ha decidido irse a vivir a la Polinesia.

El día 1 de abril de 1891 Gauguin embarca en Marsella y el 9 de junio llega a Papeete, la capital de Tahití. Los indígenas pronto le apodan “Taata Vahine” que significa “hombre-mujer” porque nunca habían visto a un blanco con cabellos tan largos. Pronto se enterará de que en París la costurera ha tenido un hijo suyo. Pero Paul ya tiene otros quehaceres, otras fatigas, otros amores. Ha conocido a Titi, una anglo-tahitiana que pronto le abandona. Se instala en Mataiea y toma como compañera a la bella “Teha’amana” y sus trece años. En Mataiea, Gauguin pintó en 1892 el célebre cuadro que figura en el Museo Thyssen-Bornemisza, titulado Matamua y que aparece numerosas veces escrito erróneamente con dos palabras: Mata Mua. En castellano significaría “otra vez” y no “erese una vez”.

En Mataiea, vivió desde 1891 a 1893, en su primera estancia en la isla, pero no queda vestigio alguno. El escritor británico Somerset Maugham, en una visita que llevó a cabo a la isla en 1916, buscando inspiración para su novela “La luna y seis peniques”, que más tarde sería llevada a la gran pantalla con el título de “Soberbia” una versión libre de la vida de Gauguin, se encontró casualmente con una pintura realizada por Gauguin sobre una puerta con vidriera. Se la compró a un indígena por unos escasos dólares. Se lo llevó a su chalet en la Costa Azul, en Cap-Ferrat. Años más tarde, lo vendió a un millonario norteamericano por 17. 000 dólares.

Gauguin pinta, se desespera porque no tiene un franco y su salud no marcha bien. Tiene frecuentes vómitos de sangre y es internado en el hospital de Papeete. Estas serán siempre sus constantes: miseria económica, falta de amor y de salud... En 1893 regresa a Francia. Cuando llega a Marsella sólo tiene cuatro francos. De nuevo en París, trata de vender sus cuadros, de sobrevivir. Es un incomprendido pero cree en lo que pinta. Un nuevo amor escandaliza a todo el mundo: Annah “la javanesa”, una muchacha de trece años, de la Malasia, a la que inmortalizará en el cuadro que lleva su nombre, con un monito a sus pies. Juliette se entera y la bronca entre las dos mujeres es terrible. Paul decide irse a Pont Aven con Annah y su mono. Ambos se hartan y dejan al pintor. Éste y sus amigos sostienen una terrible riña con unos marineros. Le rompen la pierna, está inmóvil y toma morfina. A partir de este momento y tras haber percibido una indemnización, decide volver a

Tahití.

Meses después toma la decisión más importante de su vida: volver a los Mares del Sur. Ignoraba que allí moriría.

El 9 de septiembre llega a Papeete. Se instala en una localidad cercana a la capital, Punaauia, en un “fare”, la casa típica de los tahitianos, hecha con cañas y hojas de palmera. La única fotografía que se conserva de las residencias de Gauguin es la de esta casa, obtenida por Jules Agostini en 1897. En la actualidad, Punaauia es una zona residencial. Desde la playa y sus alturas se divisa la isla de Moorea con sus puestas de sol. Es un espectáculo increíble y maravilloso. El mismo espectáculo que Gauguin contemplaba todos los días. Aquí viviría desde 1895 hasta 1901. El pueblo está muy cerca de Papeete, ya que necesita tener un hospital no demasiado lejos. Soporta un terrible eccema que asusta a Tehaamana, quien le abandona. Tiene sífilis. Los indígenas, al verle en tan lastimoso estado, creen que tiene lepra. Escribe a sus amigos confesando que está al borde del suicidio. Ingresa de nuevo en el hospital. En el registro queda anotado como “indigente”. Transcurre el año 1897, no tiene un franco y de Francia no le ha llegado ningún giro, pero sí una amarga noticia: su hija Aline ha muerto en Copenhague por culpa de una pulmonía. Gauguin escribe una terrible carta a su mujer, que rompe con él. En enero de 1898, tras haber pintado su célebre cuadro de las tres preguntas: “¿De dónde venimos?, ¿qué somos?, ¿a dónde vamos?”, se adentra en el bosque y trata de suicidarse ingiriendo arsénico, pero no lo consigue porque lo vomita todo. Meses después Paura le deja. Paul escribe a su amigo: “He perdido todas las razones morales para vivir”. En 1899 se reconcilia con Paura, que está embarazada de cinco meses. Nace Emilio, el segundo, el tahitiano, que algunos tratarán, sin éxito, de que pinte como su padre.

De todos modos, en Punaauia es donde pintó sus cuadros más valorados, como “Te arii vahine”, “Nave nave Mahana”, “No te aha ce riri”, y también un magnífico autorretrato, “Prés du Golgota”.

En 1900 se inaugura en París la gran Exposición Universal, pero los cuadros que ha enviado no llegan a tiempo para su exhibición. Ese mismo año muere su hijo Clovis, con 21 años. Se queja amargamente porque no tiene dinero para comprar material.

Gauguin decide abandonar Tahití. Le habían hablado de las Islas Marquesas y allá se fue, el 10 de septiembre de 1901.

Gauguin llegó a Hiva Oa en el viejo barco La Cruz del Sur, que hacía el servicio regular entre Papeete y las Marquesas. En Atuona, el pueblo que elige para vivir, construye la “Maison du Jouir”, que en una traducción caritativa al castellano podría ser “La Casa del Gozar” y que provoca un gran escándalo entre la gendarmería y los misioneros. Él creía que encontraría, lejos del mundanal ruido, la paz, la felicidad y la tranquilidad. Nada más lejos de la realidad... Todavía nadie se había percatado de su condición, aunque en su libro autobiográfico, “Escritos de un salvaje” llegará a confesar, en un momento de rabia y desesperación: “Puesto que mis cuadros son invendibles, que se queden sin vender para siempre. Llegará un momento en que creerán que soy un mito...”.

La isla de Hiva Oa constituiría para Gauguin la última batalla contra “los enemigos”, representados por las fuerzas vivas que mandaban en la isla. Tendrá que sobrevivir a un ciclón, que estalla y arrasa la isla entre el 7 y el 13 de enero de 1903. Afortunadamente el ciclón respeta la “Maison du Jouir”. Pero ese ciclón era un presagio... de muerte. El 8 de mayo de ese mismo año muere, a las once de la mañana, sin saber sus biógrafos la causa de la misma. Quizás una fuerte dosis de morfina o de láudano; posiblemente una crisis cardíaca. Tenía 55 años y muchos proyectos, entre ellos, visitar España, pues en cierto modo se sentía español, pues creía ser descendiente de un soldado de los Tercios de Flandes. Afirmaba que se sentía un Don Quijote.

Un siglo más tarde, el 8 de mayo de 2003, Atuona vivió un gran día. Con la presencia de más de 800 invitados llegados desde Papeete en aviones y sendos barcos, el “Paul Gauguin” y el “Ara Nui III”, se rindió un gran homenaje al genial pintor en el centenario de su muerte. Se inauguró, en el lugar donde se erigía su famosa casa, el denominado “Espacio Gauguin”, un complejo que incluye una sala de exposiciones con reproducciones de sus obras y una nueva reconstrucción de la “Maison du Jouir”, con un pozo adjunto que se supone era del pintor. Esa suposición, me lo contaron en el lugar de los hechos, se basó en que en dicho pozo hallaron, profundizando, unos restos de botellas de absenta

de marca francesa. Nadie más que Gauguin podría haber sido el consumidor. Pero hay otras realidades que recuerdan a Paul, como “la bahía de los traidores”, la impresionante montaña Temetiu, que Gauguin amaba con pasión, y a la que resulta difícil ver el picacho pues siempre tiene una aureola de nubes, y la playa en la que siguen correteando los indígenas con sus caballos más o menos salvajes. Lo hacen para los turistas que frenéticamente toman imágenes para el recuerdo. En mi caso personal yo me quedé con el recuerdo de un hombre de cabello blanco que, en medio de un grupo de fieles, seguía a una gran cruz. Era Viernes Santo, llovía y me encontraba en Puamau, el pueblo donde están los mayores “tikis” (dioses) del Pacífico. Jamás pudo verlos Gauguin porque sus piernas gangrenosas y con pústulas le impidieron llegar a esta recóndita localidad situada en el otro extremo de Hiva Oa. Ahora con los 4x4 resulta muy fácil. Le vi de perfil y era idéntico a Paul Gauguin. Era su nieto.

La Kon-Tiki

El 18 de abril de 2002 fallecía en su casa del norte de Italia a los 87 años, víctima de un cáncer, Thor Heyerdahl que, algunos definieron como “El último explorador del siglo XX”. Su primer viaje a la Polinesia francesa lo llevó a cabo en 1937, tenía 23 años y le acompañaba su primera mujer en su viaje de novios. Decidieron pasar su “luna de miel” en la isla de Fatu Hiva en el archipiélago de las Marquesas donde permanecieron un año. Su estancia la reflejó en un libro Fatu Hiva y durante ésta concibe la teoría que diez años más tarde pondría en práctica utilizando una balsa de juncos bautizada como Kon-Tiki. Partió desde el puerto del Callao, (Lima, Perú), el 28 de abril de 1947 con seis compañeros y tocó tierra en una isla del Archipiélago de las Tuamotu, Raroia, el 7 de agosto. Emplearon ciento un días para salvar una distancia de 8.000 kilómetros. La expedición trataba de demostrar que con una embarcación como la suya se podían llevar a cabo grandes desplazamientos por el mar y que, los indígenas de América del Sur podrían haber colonizado las Islas de Polinesia, pero nunca pudo probarlo. Las pruebas de ADN dictaminaron que los polinesios procedían de China o Taiwán. El libro que relata las peripecias de la expedición Kon-Tiki, se convirtió en un bestseller y fue traducido a 66 idiomas. El documental que filmaron, ganó un Oscar en 1951. Thor Heyerdahl siguió intentando demostrar sus insólitas teorías. Años más tarde, algo muy parecido le sucedería al investigador y escritor, Robert Langdon. Tuve ocasión de conocer a Heyerdahl en Madrid con motivo de la presentación en el Círculo de Bellas Artes de su libro Tras los pasos de Adán el 15 de febrero de 2000. Al hablar mezclaba el castellano, el italiano y el inglés y le acompañaba su tercera mujer Jacqueline. Sus últimos años los pasó en las Islas Canarias donde tenía establecida su residencia, pero finalmente quiso morir en Colla Micheri (Italia). En homenaje al explorador, su nieto Olav Heyerdahl repitió el viaje de la Kon-Tiki partiendo el 28 de abril de 2006 y completándolo con éxito en julio del mismo año.

En la tripulación de la Kon-Tiki figuraba un sociólogo también noruego que era el único miembro que sabía hablar español, su nombre era Bengt Danielsson. Francisco Mellén, que le conoció, relata la

personalidad de este hombre que tanto hizo por el mejor conocimiento de Tahití y sus islas:

El 4 de julio de 1997 fallecía en Estocolmo, a la edad de 76 años, el famoso antropólogo que había participado cincuenta años antes en la expedición Kon-Tiki, al mando de Thor Heyerdahl, fallecido cinco años más tarde. Su muerte desgraciadamente coincidió con la celebración del 50º aniversario del viaje de la mítica balsa.

Mi amistad con Bengt se remontaba al año 1984, donde coincidimos en Rapa Nui en el I Congreso Internacional de Isla de Pascua. Desde entonces con intervalos más o menos largos mantuvimos el contacto.

Danielsson estudió Etnografía en la Universidad de Uppsala y participó en la expedición al Amazonas en 1946-47. Realizó un pequeño estudio sobre los jíbaros, para más tarde participar en la famosa expedición de la Kon-Tiki con su amigo Thor Heyerdahl en 1947. Tras este viaje estuvo año y medio viviendo en la isla de Raroia, estancia que le sirvió para conseguir su doctorado con la tesis "Work and Life on Raroia" en 1955.

Viajó por diversas islas de la Sociedad y Tuamotu y también de las islas Marquesas, donde investigó la vida de Gauguin en Hiva Oa. Fijó su residencia en la isla de Tahití, en Papahue, en el distrito de Paea. En 1961 actuó como Consul Honorario de Suecia en la Polinesia francesa y en 1966 fue nombrado director del Museo Nacional de Etnografía de Estocolmo, donde permaneció hasta 1971.

Regresó a Tahití donde sufrió la pérdida de su única hija Maruia. Ocupó el puesto de director, a título provisional, del Museo de Tahití y de las islas, hasta que por sus ideas en defensa de los isleños fue relegado.

Sus constantes y difundidas protestas contra las pruebas nucleares francesas en Mururoa algunas de ellas recogidas en "Mururoa mon Amour" (1974), además de los múltiples artículos sobre antropología social y ambiental de las islas del Pacífico Sur, le hicieron ser reconocido por la comunidad internacional como una de las personas que más defendió los derechos humanos en aquellas islas.

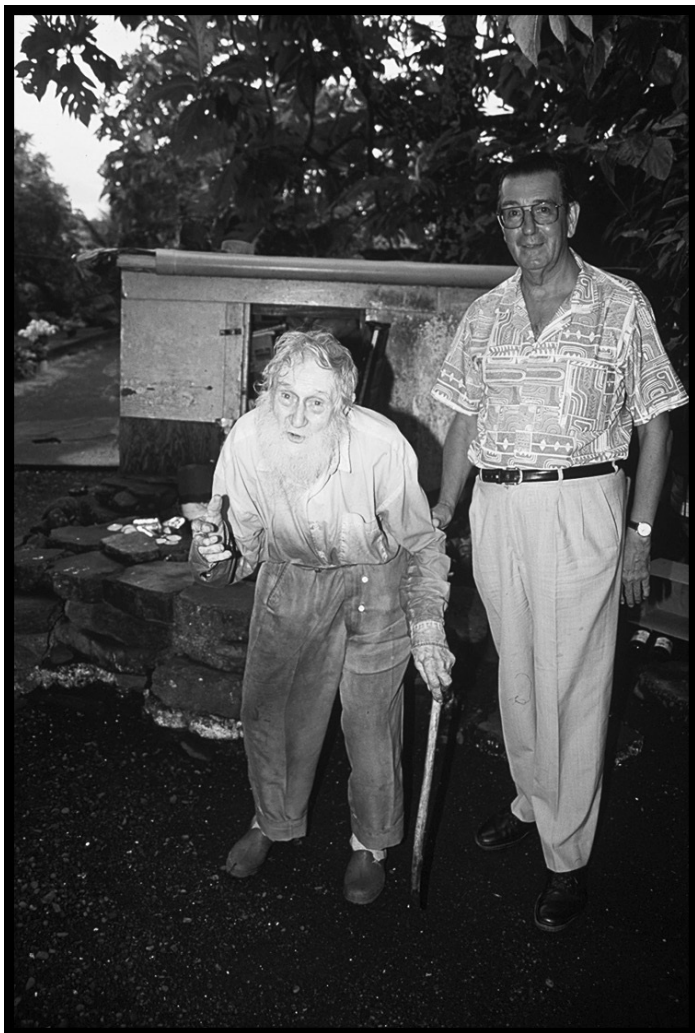
Su biblioteca, es probablemente una de las mejores del mundo de carácter privado sobre el área del Pacífico, contiene numerosas obras

entre las que destacan: *Love in the South Seas* (1956), *Forgotten Islands of the South Seas* (1957), *La isla de la Kon-Tiki*, editada en español en 1964, *Tahiti autrefois* (1981), y especialmente *Le Memorial Polynésien* (1977-79) compuesto de seis volúmenes que tratan de la historia y costumbres del pueblo polinesio.

Le vi por última vez el año 1995 en Papeete con motivo del IV Centenario del descubrimiento de las islas Marquesas por Mendaña.

Los hombres-nature

Los ermitaños fueron un fenómeno religioso muy arraigado en la Europa medieval. Siglos más tarde, a finales del XIX, otra especie de ermitaños surgió, a raíz de la doctrina del filósofo y pensador Jean-Jacques Rousseau. Fueron numerosos los discípulos de estos, diríase ermitaños laicos, los que se trasladaron a Tahití para poner en práctica su pensamiento. Se esparcieron por toda la isla, pero finalmente recalaron en las cuevas y cavernas existentes entre Teahuupoo y Tautira. El más célebre fue Ernest Darling que, vivía absolutamente desnudo, hacía exaltación del nudismo, del pacifismo, del socialismo cristiano, de la ortografía fonética, de la abstinencia y de la dieta frutícola. El escritor Jack London le dedicó un capítulo en su última novela *The Cruise of the Snark*.



Raymond Léglise, el último homme-nature, con Alonso Ibarrola en Tautira.

Tras la II Guerra Mundial, los hommes-nature entraron en decadencia, el mercantilismo, el turismo y las nuevas formas de vida, les hicieron desaparecer progresivamente. Al último de ellos tuve la fortuna de conocerlo personalmente en Tautira. Se llamaba Raymond Léglise, tenía 94 años cuando murió y era francés, nacido en Soullignac (Gironde) el 1 de febrero de 1907. Primeramente vivió en una cueva, pero el 1 de enero de 1984 se trasladó a una minúscula cabaña en Tautira. Así lo conocí: acurrucado en su cubículo, escuchando la radio y anotando en una improvisada agenda los resultados del campeonato de liga francés. Le iban a ver los escolares y le entrevistaban. Tenía una gran cultura, y mucho que contar. Fue radiotelegrafista en la Marina mercante francesa. Un día, harto de tanto viaje, decidió coger el retiro e ir a vivir lejos, muy lejos de su tierra. Cuando llegó el 8 de marzo de 1953 a Tahiti en el

último viaje del paquebote “Sagitario”, y en cuarta clase, los aduaneros le preguntaron: “¿Qué viene usted a hacer aquí?”. El traía consigo 30 kilos de libros, adquiridos en las diferentes escalas que hacían los barcos mercantes donde prestaba servicio. Léglise había oído hablar de los “Hommes-nature” y Raymond quiso vivir como ellos. Hasta que las autoridades vieron peligrar su existencia y le obligaron a acomodarse en Tautira. Asistió al homenaje a Bonechea el año 1994 y luego, le acompañé a su cabaña. Cuando iba a Tautira acudía a saludarle, al despedirse siempre me decía, más bien, me gritaba: “¡Viva Pamplona!”. Y es que aseguraba que su madre era oriunda de la capital navarra, pero que se fue a vivir a Gironde al casarse. Claro que él lo pronunciaba en francés, “Pampelune”. Falleció el 17 de junio de 2001 en el hospital de Taravao. Descanse en paz el último ermitaño del fin del mundo.

Marlon Brando

En 1962 se iniciaba en Tahití el rodaje del film *Rebelión a bordo*. Entre la numerosa troupe cinematográfica figuraba su protagonista Marlon Brando. En aquel momento ignoraba que se encontraría con uno de los amores de su vida, Tarita que, había seleccionada en el casting para ser su compañera de rodaje. La joven que, -luego sería la tercera y última esposa del actor- dejó de fregar platos en el restaurante “Les Tropiques” de Papeete. En aquel momento se consideró la mujer más afortunada del mundo cuando los responsables del casting del film, “*Rebelión a bordo*”, la eligieron entre un centenar de candidatas nativas para el papel de “Maimiti”. Un rodaje la aguardaba y, más tarde, un destino dramático. En sus Memorias, escritas once meses después de la muerte de Marlon Brando en 2004, lo que cuenta son más bien tristezas y desgracias. Antes de conocer a Tarita, el actor había contraído dos veces matrimonio. Con Anna Kashfi estuvo casado desde 1957 a 1959 y con Movita Castaneda desde 1960 a 1962. Ambos enlaces fueron breves, siendo el tercero con Tarita, el más longevo, ya que se casaron en 1962 y se separaron en 1972.

Durante años, los turistas trataban de dar con los hijos de Brando. Por desgracia, quizás recordarán lo que pasó con los hermanos. El 16 de mayo de 1990, Christian Brando –el primogénito del actor-, que entonces tenía 32 años, mató a balazos a Dag Drollet en la residencia de su padre de Mulholland Drive en Los Ángeles. Dag era un nativo, novio de su hermanastra Cheyenne –hija de Tarita-, que estaba embarazada. Fue condenado a diez años de cárcel. Su padre que había dicho solemnemente cuando supo lo de su hijo “El mensajero de la desgracia ha entrado en mi casa”, sabía que su hija le odiaba con toda su alma. Cheyenne amaba Tahití y no quería ir a vivir a Los Ángeles como pretendía su padre. Quienes la conocieron en Papeete me aseguraban que vivió una existencia alocada junto a sus novios de turno. Tuvo muchos al parecer. Se dedicaba a recorrer las calles de Papeete a velocidades temerarias. Le achacaban la muerte de un inocente transeúnte. Cheyenne no pudo resistir tanta tragedia. Perdió a su novio, a su hermano y además estaba embarazada. Seis meses después de la condena, dio a luz a su hijo Tuki. Su padre podría haber sido Drollet.

Nunca lo sabremos. Vivía recluida en una mansión de su padre, en Tahití, y solía acudir al hospital más importante de Papeete, en el barrio de Arúe. Cheyenne se quitó la vida, se ahorcó en un Domingo de Gloria, el 17 de abril de 1995, en el dormitorio de la casa de su madre. Tenía 25 años. El cadáver de Cheyenne fue trasladado discretamente, tratando de evitar flashes y cámaras, a la casa de una hermana de Tarita, en el barrio de Faaa, donde está el aeropuerto. Al parecer, descansa en el cementerio de dicho distrito. Su hermano vivió en libertad condicional, desde enero de 1996, tras haber cumplido la mitad de su condena. Tras salir de prisión, en 2001 se vio envuelto en la muerte de la esposa del actor Robert Blake de la que fue amante y en 2005 fue acusado de maltratar a su esposa, Deborah Presley –de una hija no reconocida del Rey del Rock-. Falleció el 26 de enero de 2008 en un hospital de Los Ángeles de neumonía.

Otras obras de Alonso Ibarrola en formato digital

Relatos 1

Relatos 2

Relatos 3

Relatos 4

Viajes para mitómanos

Italia Mía

amazon.es



Reader Store

nook
by Barnes & Noble

tantamount